This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

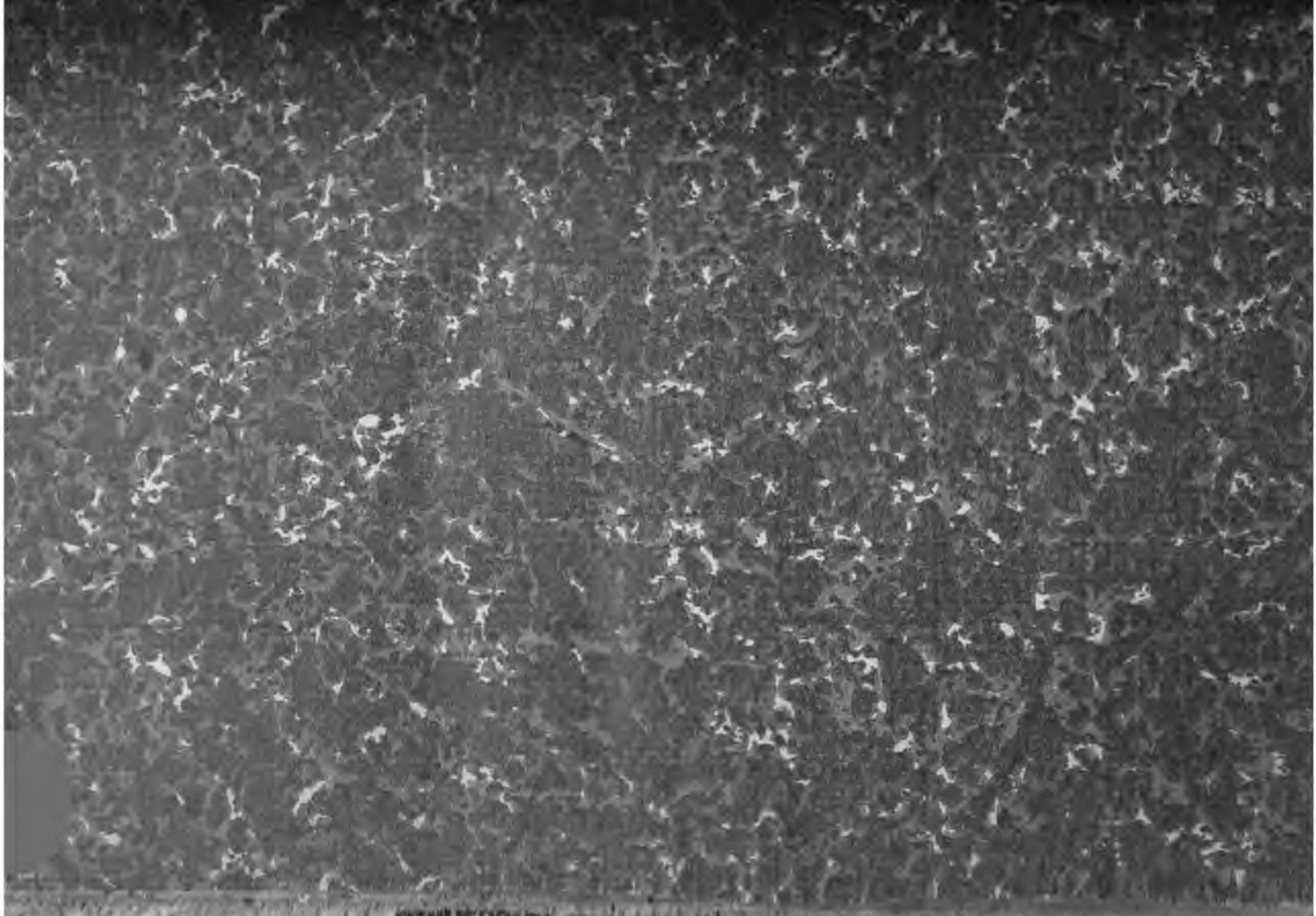
B 863,885

D
137
.C82

University of Michigan Libraries

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS



ENCUADERNACIÓN
E. Y J. RASO
Flora, 6 - MADRID

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

LA

MONARQUIA VISIGODA,

SEGUN EL FUERO JUZGO,

POR

DON FERNANDO CORRADI.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE EL CLAMOR PUBLICO,
À CARGO DE DON DIEGO NAVARRO,
calle del Príncipe, núm. 14, cuarto bajo.

D
137
.C82

63-62144

El objeto que me he propuesto en esta Obra es esplicar la organizacion civil, política y social de la Monarquía Visigoda, cuyos primeros cimientos echaron en nuestra patria el Rey Ataulfo y sus inmediatos sucesores, por medio de las importantes leyes, recopiladas en el *Fuero Juzgo*, considerando este precioso y venerable Código, bajo los varios conceptos que le hacen interesante á los ojos del publicista, del jurisconsulto y del legislador.

Con su auxilio, y penetrándome de su espíritu, he tratado de caracterizar con la debida exactitud los hábitos, las costumbres, las ideas, las creencias, las instituciones, la especial civilizacion, en fin, de aquel pueblo belicoso de raza indo-teutónica, que despues de haber vencido á los Romanos bajo el triunfante pendon de Alarico, vino á constituir en España una nacion poderosa sobre las hacinadas y dispersas ruinas que habian dejado á su paso, como señales inequívocas de su sucesiva y contrapuesta dominacion, primero los Fenicios, los Cartagineses y los Latinos; luego los Suevos, los Vándalos y los Alanos.

Del desempeño de esta Obra juzgará el público ilustrado, á cuyo tribunal la someto. Por mi parte, al escribirla, solo ha sido mi ánimo prestar un corto servicio á los que agenos á la carrera del foro y de las letras, no han podido dedicarse con detenimiento al estudio del antiguo Código que encierra el primitivo derecho y la antigua constitucion de la Monarquía Visigoda.

IV

Pero antes de entrar en tan importantes investigaciones, he creido no solo oportuno, sino necesario, escribir algunos capítulos para que sirvan como de proemio ilustrativo de esta Obra, sobre las verdaderas causas de la disolucion del Imperio, sobre el estado en que quedó el mundo conocido, despues de la multiple irrupcion de los pueblos bárbaros procedentes de la Germania y de la Tartaria, sobre las cualidades que á estos distinguian y su sistema de existencia social, y en fin, sobre el orígen de los Godos y el curso de sus conquistas, hasta que vinieron á erigirse en dueños y señores de la Península.

CAPITULO PRIMERO.

BREVES CONSIDERACIONES ACERCA DE LA DISOLUCION DEL IMPERIO ROMANO.

Las agonías del Imperio romano son uno de aquellos espectáculos providenciales de que no ofrece ningun otro ejemplo la historia de las sociedades humanas.

¿Qué vemos en los gigantescos dominios de los Césares, donde los llamados señores del mundo parecian desafiar la cólera del cielo y los rigores de la suerte, durante aquellos dias de sangrientos trastornos y estrepitosa descomposicion social? Unos hombres que se pervierten y amenguan; una raza que degenera y se corrompe; un culto que se desacredita y desaparece, condenado á la proscripcion, despues de haber servido de arma mortífera en manos de sacrílegos verdugos; un pueblo que se aniquila y perece; un Gobierno que se desautoriza y desploma; un Estado que se desquicia y disuelve; un poder en fin, que se anonada y sucumbe, no tanto por efecto de la demasiada prontitud con que concluyó su obra (1), cuanto por haberse viciado los sanos principios, que aun en medio de otros, absurdos y perniciosos, habian tenido bastante virtud y eficacia para darle vida, preponderancia, grandeza y duracion.

Roma, cuyo solo nombre trae á la memoria multitud de recuerdos, pasó de la Monarquía á la República y de la República al Imperio. Asi como Atenas habia sido en cierto modo un Liceo, Esparta un convento de guerreros y Cartago una factoría armada, Roma fue una colonia agrícola y militar, espe-

(1) Montesquieu.—*Consideration sur les causes de la grandeur des romains et de leur decadence.*

dicionaria y conquistadora. Tuvo por fundador á un aventurero, y á un Pontífice por primer legislador. Nació manchada con la sangre de un fratricidio; se pobló en virtud de un rapto que la hizo dueña de estrañas mujeres; creció en medio de una lucha social y del antagonismo de los dos principios, el democrático y el aristocrático; se formó bajo los auspicios de unas instituciones civiles, políticas y religiosas, que á pesar de su aparente robustez, adolecian de vicios originarios é incurables; se estendió estraordinariamente á beneficio de innumerables conquistas; se enriqueció por medio del saqueo y con los despojos de las demas naciones á quienes absorbia; se descompuso por efecto de la corrupcion de las costumbres, de sus escesos y de la demasiada estension que habia dado á su poder; se transformó de resultas del establecimiento del Imperio y del cambio de religion, que sustituyó el culto católico al de las divinidades gentílicas, y vino á disolverse, en fin, á impulso de sus propios golpes, que le causaron el suicidio, y de los del machete de los bárbaros. Durante su azarosa y agitada existencia, en cambio de los daños que hizo, sirvió para poner en contacto á los pueblos, y en comunicacion á las razas; para difundir todos los conocimientos que alcanzó el género humano bajo la civilizacion pagana; para descomponer al mundo, despues de haberle conquistado.

Leyes, instituciones, costumbres, sectas, cultos, ideas, creencias, afectos, todo cambia, todo se transforma en los dominios romanos. El mundo civilizado deja de ser el patrimonio esclusivo de los orgullosos descendientes de Rómulo, que se creian de una casta privilegiada, y llega para multitud de pueblos oprimidos la hora de su libertad y redencion. Sonó esta, sin embargo, entre agudas y prolongadas convulsiones, porque los achaques á que se halla sujeta la miserable condicion humana, no permiten á los pueblos ni cambiar de suerte, ni producir ninguna de aquellas mejoras sociales que rompen la pesada cadena de ominosas tradiciones, sin dolores parecidos á los que acompañan al acto de la maternidad. El logro de cualquiera reforma útil les cuesta penosos afanes, encarnizadas luchas y prolongados sacrificios. Rara vez recogen el fruto de un principio fecundo ó de una revolucion regeneradora, sin haberlo regado antes con sus lágrimas y con su sangre. Esos grandes sacudimientos, á cuyo impulso se disuelven y se trasforman los Estados, suelen ser indudablemente necesidades del mundo político y social, como las tormentas lo son de la naturaleza, pero no por eso dejan de causar grandes estragos, siempre que ocurren, y ocasionan, mientras duran, dias de luto y desolacion.

Dos causas principales contribuyeron, entre otras, á este general trastor-

no : la decadencia de las generaciones latinas, nacida de su corrupcion, que se trasmitia de padres á hijos, y las victorias de aquellos pueblos primitivos que bajo el nombre de bárbaros, habian ido aglomerándose alrededor de los dominios romanos en el Continente europeo.

El Rhin y el Danubio servian al Imperio de frontera y antemural contra las contínuas irrupciones de tan peligrosos huéspedes. Las orillas de ambos rios, fortificadas y guarnecidas de reductos y plazas fuertes, formaban hácia el siglo II la línea divisoria que separaba el Mediodia, esto es, la Romanía del Norte, esto es, la barbarie, y se interponian entre dos mundos, de los cuales el uno representaba lo pasado, el otro el porvenir (1).

Pero tan completa maravillosa revolucion, por muy pocos bien entendida y generalmente mal apreciada, no se verificó de pronto como uno de aquellos accidentes fortuitos é inesperados que cogen de sorpresa, sino lenta, gradual y sucesivamente. El tránsito del antiguo al nuevo órden de cosas, de la dominacion romana al gobierno de los pueblos bárbaros, no fue, no, obra de un dia, de un momento. Solo la profunda impresion que causó en los ánimos un suceso que cambió radicalmente la existencia de las sociedades antiguas, y la propension natural del hombre á todo lo maravilloso y estraordinario, han podido dar motivo á suponer que las tinieblas de la barbarie sucedieron instantáneamente á la luz de la civilizacion, apenas las tribus germánicas embistieron por varias partes y de diverso modo al moribundo poder latino.

¿Qué fuera del mundo, si aquel enjambre de hordas movedizas, si tan formidable tropel de pueblo-ejércitos, mas aptos para los crueles lances de la guerra, que para gozar de las dulzuras de la paz, cayeran de improviso y coaligados sobre las mal seguras provincias del Imperio? Hubiera sobrevenido el caos en el órden moral, y llegado á reproducirse un nuevo diluvio en el órden físico, siendo muy dudoso que saliera la luz del primero, y el signo de la alianza del segundo.

El Imperio fue descomponiéndose poco á poco y no sin una larga série de transacciones y combates, en que la espada romana hizo muchas veces caer el machete esterminador del brazo de los bárbaros, obligándoles á retirarse á sus primeras guaridas. Su ruina tardó el tiempo necesario para que la transicion fuese menos violenta, terrible y perturbadora. Antes de desplomarse el edificio, empezó á resentirse y cuartearse, cayendo desde luego á los repeti-

(1) Amadeo Tierry.

dos choques que esperimentaba, algunos de sus mas endebles muros y flacos torreones, anuncio fatídico de su inevitable destruccion.

Al cabo el derecho de la fuerza destruyó lo que habia formado el derecho de conquista. La guerra y la política, las armas y las letras, la espada y la palabra dieron á los Romanos el señorío del mundo. Pues bien: los bárbaros no necesitaron ni de política, ni de las letras, ni de la palabra. Bastóles la espada, es decir, la fuerza. Esta fue en sus manos un instrumento destinado á vengar á los pueblos, que habian desaparecido bajo el yugo romano, de antiguas y recientes afrentas, de antiguos y recientes martirios.

En apoyo de esta verdad las pruebas abundan. El famoso Teodorico, Rey de los Ostrogodos, el mas grande de cuantos vieron los pueblos bárbaros en aquellos siglos, no sabia escribir, y se hallaba obligado á servirse, para firmar, de una lámina de oro donde estaban abiertas á punzon y recortadas las cuatro letras Teon, cuyos contornos seguia su pluma (1).

Los Sármatas y Alanos, á ejemplo de los Escitas, tenian por Dios á una espada desnuda, cuyo culto celebraban clavándola en la tierra por el puño, de modo que solo quedase fuera la punta. Los Romanos la bautizaron con el nombre de espada de Marte (2).

Era la espada entre los Germanos el atributo de la virilidad. Quien no la llevase dejaba de tener derecho á considerarse hombre (3).

Como espresion de sus instintos y costumbres, en otros pueblos de la misma familia todas las diversiones públicas consistian en ver saltar á los jóvenes por encima de agudas espadas, cuyas puntas tenian cuidado de colocar cruzadas y vueltas hácia arriba para que fuese mayor el peligro de tan bárbaros ejercicios (4).

«Roma cuenta con mucha gente para su defensa.» Esto decian al terrible Alarico, los diputados que habian salido de la ciudad imperial á pedirle la paz. «Enhorabuena, contestó el bárbaro, cuanto mas espesa nace la yerba, mejor se corta.

(1) César Cantú.—Historia universal.
Segun el testimonio de autores respetables, los Francos no llegaron á saber escribir su lengua hasta los tiempos de Carlo-Magno. Tan raro era en Inglaterra el arte de escribir, aun en siglos posteriores, que el reo, condenado á muerte que lo poseia, quedaba absuelto por beneficio de clerecia.
Vare Eccard.—Notas sobre Leibnitz *de origine francorum.*
Mackatone Jaw.—*Comm. on the of d'England.*
(2) Herodoto.—Amiano Marcelino.—Plinio.—Boyer.—*Convers-rerum Scytitarum.*
(3) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(4) Tácito.—*De moribus germanorum.*

Tan poseidos estaban los bárbaros de la idea de su fuerza, que los Godos, cuando oian truenos; disparaban flechas al cielo como para ayudar á sus dioses, á quienes suponian en guerra con otros de estirpe enemiga (1).

Veian los Santos Padres de los siglos IV y V en la espada de los bárbaros un instrumento de la cólera de Dios, para castigar los crímenes de la tierra y purificar al hombre por medio del martirio (2). Bajo este concepto, Orosio, Salvio, San Agustin y San Isidoro, valiéndose para espresarse de metáforas bíblicas, los pintaban como la prensa del lagar donde Dios esprimia la uva, como el horno en que se acrisolaba el oro, como un cedazo por el cual se hacia pasar el grano, como la vara del furor divino. No fue otro el motivo que indujo á dar al furibundo Atila el terrible apodo de azote de Dios, *flagellum Dei*. Este mismo bárbaro decia á los que abusaban de su paciencia y parecian burlarse de su credulidad, como sucedió en el sitio de Rávena: «Acordaos que llevo un acero bien afilado.» Y én otra ocasion, aceptando con infernal vanagloria el calificativo que se le daba, esclamó: «Soy el martillo que machaca al mundo, *ego malleus orbis* (3).»

Fiaban, pues, los bárbaros al corte de su cuchilla, que manejaban mejor que la lengua, el éxito de sus designios, porque era indispensable el empleo de la fuerza para romper los poderosos vínculos que tenian sujetas al Imperio, las varias Naciones de que se habia hecho dueño y señor; porque para subvertir y remover tan completamente los cimientos de las sociedades constituidas, cuyos complejos y consuetudinarios intereses habian de oponer obstáculos casi insuperables, se requerian brázos de hierro y corazones de fiera, golpes violentos y decisivos que, sembrando el terror y la muerte, hicieran imposible toda resistencia.

El mundo obedece constantemente á dos fuerzas, la física y la moral, prevaleciendo ya una, ya otra, segun lo exigen sus destinos y sus necesidades: obedece á la fuerza física cuando hay que destruir; á la moral cuando llega el momento de edificarse en el campo de la civilizacion. Ambas concurrieron en los pueblos bárbaros con providencial eficacia. Despues de haber derribado al Imperio con las armas, fundaron con las virtudes que poseian, en medio de su indómita ferocidad, y los principios de derecho natural, que practicaban sin saberlo, nuevas Naciones, algunas de las cuales, no solo se conservan al cabo de catorce siglos, sino que han al-

(1) Olaus Magnus.—*De gentibus Septentrion*: lib. 1.
(2) Isidoro.—*Hispal. hist. Goth.*: ad annum 451.
(3) Thwrocsi.—Chron.—Hung.—F. 16.

canzado justo renombre, se vanaglorian de haber hecho grandes conquistas en las ciencias, letras y artes, y gozan hoy de verdadera prosperidad.

Pero ni este, ni cualcuiera otro cambio de la índole y trascendencia del que entonces se necesitaba para regenerar al mundo, siquiera fuese á costa de torrentes de sangre, podia emprenderse y llevarse á cumplido fin por ningun otro pueblo tanto ni mas civilizado que el romano, porque toda la cultura clásica de la época, aunque desnaturalizada, estaba resumida y concentrada en este último, que despues de haber contribuido á la civilizacion comun, iba arrastrando sus cadenas por un lodazal, adornado con las flores artificiales de la literatura y filosofía griegas. Tampoco estaba reservado á la misma raza degenerada y exhausta, que habia perdido su energia y vitalidad en términos de no encontrar, andando los tiempos, mejor candidato que un Augústulo para ocupar el trono de Constantino. Correspondia, pues, de derecho á los pueblos del Norte, á aquellos pueblos llenos de vigor y juventud, únicos que podian, mezclándose con los antes siempre vencedores y despues vencidos, á despecho de la ley de raza, introducir nueva y mejor sangre en las empobrecidas venas de las antiguas generaciones. Siempre en casos iguales ó análogos, la Providencia, que regula la suerte del género humano ó provee á sus necesidades, obrando como una funcion del Universo y con objeto de que no perezca la especie, mueve, impulsa y hace aproximarse unas á otras las castas por medios inesperados, y no deja de mantenerlas en continuo contacto hasta que se crucen, asimilen y confundan, trayendo á veces de apartadas é ignotas regiones á las que se conservan mas puras y poseen mayor fuerza generadora para la procreacion de otras nuevas, destinadas á ser otro eslabon de la cadena que empezó en el primer hombre, y ha de prolongarse hasta la consumacion de los siglos. Por eso las invasiones y conquistas, á pesar de las calamidades sin cuento que ocasionan, no siendo la menor de ellas el predominio de la fuerza sobre el derecho, á veces promueven y favorecen los adelantos de alguna parte del globo notablemente rezagada en la carrera de la civilizacion; á veces sirven de estimulante para mover á ciertas Naciones sumidas en profundo letargo y estupor; á veces obran como un cauterio doloroso, pero necesario, para curar las cancerosas llagas de aquellos pueblos que por sus vicios se encuentran en estado de putrefaccion social.

La caida del Imperio romano, fenómeno muy digno de causar asombro y dar motivo á profundas reflexiones, puede esplicarse suponiendo que bus-

caban, el mundo su equilibrio, las nuevas generaciones su independencia, el género humano otra civilizacion.

Considerando la estension del Imperio romano, pronto se advierte que pesaba esclusivamente en la balanza de los destinos del universo. Abrumada estaba la tierra con el peso de sus armas; abrumada multitud de gentes con las cadenas que habia forjado para sujetarlas; abrumadas las generaciones con el cúmulo de vicios y escándalos que le debian, legado funesto destinado á estenuarlas y corromperlas. Era el centro y la gran arteria de las tres cuartas partes del orbe conocido, que solo vivian de la vida que les prestaba, del aliento que les trasmitia. Las palpitaciones de su corazon se hacian sentir en Europa, Africa y Asia, sirviendo como de termómetro social á todos los pueblos de estos tres dilatados Continentes. La voluntad de Roma era el regulador de los Estados, el árbitro de sus destinos. Aunque participaban de este omnipotente señorio otros dos grandes Imperios, el Persa y el Chino, como el primero habia perdido su antigua prepoderancia, y el segundo estaba condenado por su legislacion á la inmovilidad, el poder latino dominaba y absorbia todas las fuerzas vitales del mundo.

Resultaba, pues, un verdadero desnivel, una falta de equilibrio en la complicada máquina de las sociedades humanas, que comprometia gravemente su existencia. Convertidas casi todas ellas en satélites del Imperio romano por la fuerza de atraccion sin contrapeso que este ejercia, se veian obligadas á girar al rededor del astro de que recibian la luz y á seguir paso á paso el curso de sus favorables ó adversos destinos. Pero tan monstruosa absorcion en provecho de una sola entidad; pero tan ilimitado despotismo, que nivela con un rasero á millones de hombres y pretende que las generaciones salgan vaciadas en un mismo molde, repugnan á la condicion humana, cuyas complejas, multiplicadas y diferentes necesidades no pueden quedar sujetas por mucho tiempo á una pauta única, esclusiva: si en ocasiones escepcionales prevalece una voluntad absoluta, y aun llega á ser, por el fatal concurso de varios accidentes, una desgracia necesaria, al fin se hace sentir con empeño irresistible el deseo de independencia y de emancipacion.

El mundo moral no se concibe siquiera sin esa variedad constante, infinita, inagotable, que se encuentra en el mundo físico por obra y gracia del Sumo Artífice del Universo. Las sociedades humanas necesitan, como los individuos, espacio donde moverse, aire que respirar, ocasiones frecuentes para desenvolver sus fuerzas vitales. Véase por que ninguno de esos gigantescos imperios que se fundan, aumentan y estienden á beneficio de sucesi-

vas conquistas, rara vez alcanza una larga duracion, viniendo al cabo á disolverse, ó por la violenta segregacion de las nacionalidades absorbidas que se emancipan, ó por formidables invasiones de pueblos estraños que lo aniquilan y desmembran. El Imperio romano estaba condenado á desplomarse por obra de las últimas, despues de haber revuelto y sujetado á mil y mil estrañas Naciones de próximos y remotos hemisferios. Su disolucion era una necesidad. Así lo exigia el equilibrio del mundo alterado, cuando no roto, por el exorbitante peso de semejante coloso.

¿Cómo habian, por otra parte, de resignarse las generaciones unas tras otras, á eterna y universal esclavitud? ¿Podian acaso prestarse durante siglos y siglos á producir Galos, Iberos, Bretones, bajo la forma de romanos, marcada la frente con el sello de sus conquistadores? No : lícito les era rebelarse y protestar contra un órden de cosas en que, segun dice con exactitud un publicista francés, todas las funciones de la administracion se reducian á tener una red de agentes, dedicados á trasmitir hasta las estremidades del cuerpo social la tiranía del poder, y á manos del poder los tributos y las fuerzas del cuerpo social (1).

Pues qué, ¿si los pueblos sujetos al Imperio hubieran rechazado con el ardor de patriótico entusiasmo á las hordas septentrionales, acaso consiguieran estas devorarlo? Es forzoso reconocer que con raras escepciones permanecieron en la inaccion y presenciaron como simples espectadores tan terrible drama, cuando podian haber salvado el trono de los Césares, porque ninguno de aquellos ejércitos bárbaros que el terror y la interesada predisposicion de los contemporáneos á exagerarse los peligros hacian subir á millones y millones de hombres armados, pasaba de cincuenta á sesenta mil combatientes, incluyendo en este número á los ancianos, niños y mujeres que los acompañaban en sus guerreras espediciones (2).

La necesidad de independencia de que participan los pueblos, lo mismo que los individuos; esa necesidad que trabaja sordamente á las sociedades oprimidas y á las nacionalidades avasalladas; esa necesidad imperiosa, irresistible, que nos inspiró el Criador al dotarnos con el libre alvedrío, haciéndonos responsables de nuestros actos ante el tribunal de la justicia divina; esa necesidad, sensible unas veces, latente otras, fue la principal causa de la destruccion del Imperio, y favoreció mucho mejor que el poder de las armas, las rápidas conquistas de los bárbaros. Penetrados de esta verdad, varios

(1) Guizot, Histoire de la civilization en Europe.
(2) César Cantú.—Historia universal.

Emperadores, por efecto de una súbita inspiracion, trataron de devolver á los pueblos mas próximos al teatro de la guerra, parte de la independencia que se les habia arrebatado, y cuya pérdida les hacia mirar con indiferencia la suerte del Imperio, creyendo que este seria un medio mas eficaz que la coaccion del despotismo centralizador, para impedir su completa ruina. Asi lo acredita la curiosa pragmática de Honorio y Teodosio el Jóven, promulgada en 418, cuyas disposiciones se dirigian á establecer en el Mediodia de las Galias una especie de Confederacion y sistema representativo con Asambleas que debian reunirse anualmente en la ciudad de Arlés, con diputados especiales de la clase de propietarios, y dignidades del Imperio, que deliberasen sobre los negocios públicos, y con otros atributos, en fin, que son inseparables de la intervencion de los pueblos en el gobierno del Estado. Era, sin embargo, demasiado tardía, diminuta, aislada é incompleta esta concesion, para dar buen resultado. Las reformas estemporáneas se malogran como la fruta cogida antes de sazon, ó dejada podrir en el árbol.

No hay duda: la sociedad romana hubiera necesitado tomar otra forma y adquirir una nueva existencia para que prevaleciesen con buen éxito el principio de la libertad política y la idea de una representacion popular. La forma y existencia que le habian dado bajo el Imperio, el despotismo civil y político que sucedió á las usurpaciones de sus dictadores, de acuerdo con la tiranía religiosa, obligaban al hombre á ser doblemente esclavo de los poderes de la tierra y de la voluntad de los dioses.

Siempre habian desconocido los romanos, aunque vagamente lo esperimentasen, el sentimiento de la independencia personal, orígen de toda otra independencia. Asi es que en aquellos tiempos calamitosos se sujetaban con resignacion al yugo que individual y colectivamente les anulaba, y sufrian las mayores afrentas del poder constituido, mientras disponia de la fuerza y conservaba su autoridad. El dia en que el cetro pasaba á otras manos por muerte del último poseedor, tributaban al difunto los honores divinos y se sometian sin murmurar al yugo del nuevo Emperador, siquiera hubiese obtenido la corona por medio de un asesinato y de una usurpacion. Rara vez examinaban los títulos de este, para ocupar el trono del mundo. Le obedecian, y soportaban sus maldades, si era de condicion perversa, y le bendecian si por acaso poseia algunas virtudes. Lo mismo se postraban ante el César, cuyo nombramiento hacia el Senado, que á los pies del que proclamaba la soldadesca desenfrenada, despues de una orgía ó de una sublevacion militar.

Por otra parte, las cuestiones de hecho pocas veces se decidian con-

forme al derecho resultante de la ley escrita, por cuyo motivo ha dicho acertadamente un historiador del dia, que despues de haber conculcado los romanos todos los principios de justicia, formaron una jurisprudencia admirable. El mismo respeto supersticioso á la ley, de que blasonaban (1), llegó á ser mas perjudicial que su inobservancia, porque, prescindiendo de que en algunas de ellas se consignaban disposiciones inícuas, á los ojos de la razon y la filosofía, como por ejemplo, la que privaba del derecho de sucesion al hijo del reo de lesa majestad (2), para ajustar estrictamente á otras equitativas ciertos actos atentatorios y hacer que cupiesen dentro de su letra, solian emplearse subterfugios tanto mas odiosos y repugnantes, cuanto que iban revestidos de formas judiciales.

El absurdo, el monstruoso dogma de la fatalidad, que convertia al hombre en un esclavo del Destino, habia ido tambien preparando su alma para la degradante servidumbre bajo cuyo peso gemian, no obstante las doctrinas abstractas de sus filósofos y las democráticas arengas de sus tribunos. El hábito de rendir culto á fabulosas y torpes divinidades, en muchas de las cuales deificaban sus peores vicios, les hacia soportar el mando de déspotas libertinos y sanguinarios, que reproducian en la tierra á los ídolos del cielo. Tácito, á despecho suyo, y aunque pagano, ha esplicado con estas profundas palabras, tratándose de los hebreos, el influjo del politeismo romano en favor de la tiranía, y hecho ver cuánto mas digna y noble que la de los gentiles es la conducta que inspira en todos tiempos al hombre, con respecto á los efímeros poderes de la tierra, el culto de un Dios único y verdadero : *Non regibus hæc adulatio, non Cæsaribus honor.*

Nunca habia existido en Roma, cuando cayó bajo el despotismo de los Césares, ni aun en los mejores tiempos de la República, mas que una libertad imperfecta, bastarda (3), ya porque se hacia depender esta principalmente del concurso, en la formacion de las leyes, de un pueblo ocioso y hambriento, que á fuer de soberano, vivia á espensas del Estado, y cuyos votos se torcian y compraban con frecuencia, ya porque en la esfera social estaba admitida la esclavitud del ilota con todas sus legítimas consecuencias, y en el hogar de la familia la servidumbre doméstica, escuela cuotidiana, donde los padres,

(1) Leges, rem surdam, inexorabilem esse.—Tito Livio, 11, 3.
(2) Filii vero, quibus vitam imperatoris specialiter lenitate concedimus, paterno enim debebant perire suplicio, in quibus paterni hoc est hereditarii criminis exempla metuantur.—Cod. Teod., lib. IX, 14, sub legem.—Cornel.—des Escarin, I III,ed. Cod. Just., lib. IX. ap. legem Julian majest., lib. V.
(3) La libertad entre los romanos era un privilegio.

ejerciendo derecho de vida y muerte sobre sus hijos, adquirian hábitos de despotismo y el arte de oprimir á sus conciudadanos para cuando la suerte les deparase el poder; y los hijos, sometidos al vasallaje, se acostumbraban desde temprano á soportarlo, sin que por eso renunciaran á vengarse el dia de mañana en sus hijos, tratándoles con igual rigor, como por via de represalia del yugo que habian sufrido mientras permanecieron bajo la patria potestad. Razon, sí, razon tiene San Agustin, cuando dice que en ningun tiempo la República de Roma fue una verdadera República, porque en ella nunca prevalecieron las nociones de la verdadera justicia (1).

El espíritu de raza, que era un privilegio de dominacion tiránica, la aficion á la guerra, como medio de adquirir esclavos y tesoros, la esplotacion del hombre-máquina por el hombre-ciudadano, que formaban el fondo del carácter y de las instituciones de los romanos, sobre hacerles ver en todo estranjero á un bárbaro y en cada bárbaro á un mónstruo dañino, les predisponian á ser duros, feroces, opresores (2) y daban tentacion de aplicar á sus émulos, rivales y enemigos domésticos, á quienes aborrecian por juro de heredad, aquel sacrílego proverbio : *homo homini ignoto est lupus* (3). La tiranía que resultaba de este órden de cosas bajo el gobierno republicano, se hacia sentir á cada paso, aun cuando el ciudadano de Roma fuese legalmente mas libre que ningun otro del mundo, como lo supone un autor moderno (4), bien tomase la plebeya forma del terrible Mario, soldado feroz y licencioso; bien inspirase la dictadura aristocrática del desapiadado Sila, cuyas tablas de proscripcion, escritas con sangre, fueron la señal del saqueo y del asesinato; bien se ocultase bajo la calculada ambicion de Pompeyo, pigmeo con la apariencia de gigante; bien se mostrase desnuda en la impetuosa sed de mando que devoraba á César, monstruoso conjunto de todos los enormes vicios y buenas cualidades que caracterizaban á la civilizacion latina.

Al caer en el Senado el vencedor de Farsalia bajo los golpes de sus asesinos, salpicando con su sangre la estátua de Pompeyo (5), dejó vacante su puesto para Augusto, que tuvo la fortuna de llegar á tiempo, *porque si bien*

(1) Nunquam illam fuisse rempublicam, quia nunquam in ea fuit vera justitia.—San Agustin.—*De Civitate Dei.*

(2) César, el mas humano de los generales de Roma, se jactaba de haber dado muerte á un millon y doscientos mil hombres.

(3) *Oratio de provinciis consularibus.*—Ciceron.—Mario decia á Matrídates: Hazte mas fuerte que los romanos, ó sujétate á todos sus caprichos.

(4) Gibbon.—Declin., —*and fall.*—

(5) Plutarco.

el árbol habia sido derribado, quedaban subsistentes las raices (1). Cuando, harto de derramar sangre y hacer víctimas, en compañia de Antonio y Lépido, salió del triunvirato para ocupar un trono, todavia en embrion, usurpó todas las atribuciones de los poderes constituidos, sin abolirlos, y fue á un tiempo monarca como Rómulo, dictador como Sila y árbitro de los destinos de Roma como César, aunque no tenia los títulos del primero, ni la osadia del segundo, ni el corazon del último.

Bajo tales auspicios se fundó el Imperio. Organizado conforme á las ideas del paganismo semi-oriental, semi-ático, y descansando sobre la triple esclavitud civil, política y social que dividia á los hombres en amos y esclavos, en déspotas y vasallos, en expoliadores y expoliados, ninguna reforma en sentido liberal, siempre que fuese aislada y concreta, ninguna, podia impedir la disolucion de un órden de cosas tan monstruoso y de un gobierno que llevaba en sus entrañas el gérmen de la corrupcion y de la muerte. Los vicios del antiguo régimen estaban demasiado arraigados y adheridos al cuerpo social, para que fuese posible el menor cambio político, sin que este esperimentase primero una completa y radical transformacion. Véase por qué, ni aun el memorable é importantísimo hecho de haber llegado á ser el cristianismo la religion oficial del Estado, salvó al Imperio de su desastroso fin, ni llegó á regenerarse la antigua y caduca civilizacion latina con el divino influjo de la moral evangélica. Bien pudiera decirse, con referencia á lo interior y esterior del Imperio romano, usando de una metáfora empleada por Epicuro, que no era solo el licor el que estaba corrompido, sino el vaso. El aire que allí se respiraba no podia menos de afectar á la pureza del cristianismo, cuando este fue admitido y consagrado en los antiguos templos donde antes habian tenido impío culto los dioses mitológicos. De aquí tomó, entre los romanos, la religion del Crucificado parte de las esterioridades del rito gentílico (2) y nacieron las varias heregías, cuya aparicion atizaba la hoguera de las sangrientas discordias que afligian y despoblaban al mundo. No se perdieron, pues, los romanos por haber abrazado el catolicismo, segun lo afirma Gibbon, porque mucho antes de nacer Jesucristo y de difundirse sus doctrinas habian dado pasos ajigantados y decisivos en el camino de su ruina, bajo los funestos aus-

(1) Ciceron.

(2) Tan imperfecta era la fe cristiana del mismo Constantino, que aceptó la dedicatoria pagana del arco de triunfo cristiano que lleva su nombre, donde figuran varios bajo-relieves tomados del de Trajano, representando ceremonias del gentilismo y sacrificios hechos á Marte y Apolo.

picios del culto gentílico, que pervirtió su alma, y por efecto de los vicios inherentes á su constitucion social (1).

Lejos estoy de convenir con el historiador de la civilizacion de Europa, en que el establecimiento del Imperio fuese una medida oportuna, conveniente y reclamada á la sazon por las circunstancias (2).

Entonces, ha dicho un historiador moderno, comenzó la decadencia de Roma. En rigor, no hizo mas que dar al despotismo preexistente de hecho, una nueva y peor forma, que vino á robustecerle y estremarle con la sancion del derecho, si tal nombre merece la impunidad con que lo ejercieron los Césares, estendiéndolo por igual á todas las regiones á donde llegaba el poder romano. El juramento de obediencia absoluta al Emperador, que se renovaba anualmente, fue la mas completa abdicacion del libre albedrio, y solo proporcionó á los romanos, en cambio de los costosos sacrificios pecuniarios y de la vergonzosa servidumbre que les impuso, una unidad tan pasajera como violenta, pues el Imperio parecía haber tenido por único objeto nivelar á todos los pueblos de tan dilatados dominios bajo el yugo de un poder opresor, para entregarlos despues, hechos pedazos, á la cuchilla de los bárbaros.

Mientras subsistió la República y se permitió á los pueblos libres, á los federados, á los municipios, y casi casi á los estipendiarios, que á ella estaban sometidos, gobernarse conforme á sus leyes, costumbres y religion en todo aquello que no contrariase directamente los intereses de la Metrópoli, apénas se hacia sentir, por decirlo así, el yugo del coloso, á cuyo absorbente influjo obedecia el mundo. El vínculo comun que unia á tantos municipios con la gran municipalidad, pues Roma no era entonces otra cosa, dejaba á todos ellos libertad suficiente para disponer de sí propios, dentro de ciertos límites racionales. No se juzgaban esclavos, aunque lo fuesen, sino miembros de una vasta Confederacion. Por otra parte, las funciones del gobierno central eran mas sencillas, fáciles y espeditas. Movíase con mayor desembarazo, por lo mismo que su jurisdiccion no se estendia á la vida interior de los pueblos conquistados, ni al arreglo de las cuestiones domésticas que los agitaban. Mas luego que pasó toda esa masa de fuerzas, antes divididas y subdivididas, á manos de un Monarca absoluto, y quedaron pendientes de su albedrío ciento veinte millones de súbditos, desapareciendo hasta la última sombra de las instituciones populares, que en la apariencia conservaron algunos de los

(1) Historia de la decadencia y destruccion del Imperio romano.
(2) Guizot.

primeros Césares (1), el Imperio no podia menos de perecer, ahogado por una plétora de mando, y bajo el exorbitante peso de la responsabilidad é inagotables necesidades que le abrumaban, aun cuando ninguna fuerza esterior le hubiera combatido y atropellado.

Todos los vicios orgánicos de la República, todos los principios deletéreos que, antes diseminados y hasta cierto punto neutralizándose unos á otros, se hacian sentir con menos rigor, vinieron á reunirse, á concentrarse y á cobrar una fuerza irresistible en la entidad moral, viva personificacion del pueblo soberano, llamada Emperador, quien miraba como un poder de los dioses el que ejercia, de cuya idea provino la ley de lesa-majestad; como una flaqueza la clemencia, declarada por los estoicos indigna del sábio (2); como un sacrílego á todo enemigo suyo; como un pais de conquista y un ingenio de esclavos á la tierra. El mismo esceso de su autoridad fue una de las principales causas del despotismo desenfrenado de los Tiberios, Nerones, Calígulas, Cómodos y otros Emperadores, cuyos nombres han pasado á la posteridad con la execracion del género humano. Las buenas ó malas pasiones del Monarca eran la única regla de su conducta. Dependia la suerte del Estado de su carácter personal, y se necesitaba mucha virtud para no abusar de un poder tan ilimitado, cuando todo parecia convidar á ello dentro y fuera de la Corte imperial. El correctivo que faltaba en las leyes, tuvo que buscarse en el puñal del centurion ó en la espada de los legionarios. Por un fenómeno lamentable, pero que se esplica, atendida la organizacion del Imperio, el regicidio llegó á ser el único medio posible de satisfacer la vindicta pública, y á veces un freno que contuvo á los Emperadores.

Neron, el mismo Neron, cuyos crímenes apenas se conciben, colocado en un pais donde las instituciones hubieran tenido bastante fuerza para moderar su poder y mantenerlo dentro de sus justos límites, hubiera sido tal vez un buen Monarca, si ha de juzgarse por los actos de justicia y las laudables disposiciones con que, á ejemplo de Tiberio, empezó su reinado. Pero persuadido de que podia entregarse impunemente al desenfreno de todas sus pasiones, y rodeado de cobardes aduladores y satélites mercenarios, el que, al firmar la primera sentencia de muerte, esclamaba *¡quisiera no saber escribir!* inmoló despues ya con el veneno, ya con el puñal, á Séneca, su maestro, á Británico, su hermano político, á Octavia, su mujer, á Agripina, su madre: el

(1) Dureau de Lamalle.—Discurso preliminar de introduccion á las obras de Tácito.

(2) Misericordia est agritudo animi....—Ciceron.—Cusculo.—Séneca.

que, al decretarle el Senado estátuas de oro, dijo *aguardad á que las merezca*, se hizo adjudicar mas tarde á viva fuerza el premio del canto, de la música, de la poesía, de la elocuencia, de la pintura, de la carrera, del pugilato y del histrionismo: el que al presentarse por primera vez en el Senado, juraba que no conocia la ira, el resentimiento ni la venganza, reventó á su concubina en un rapto de cólera, sacrificó lo mismo á Sila, cuya austera conducta le ofendia, que al poeta Lucano por haberse dormido durante la lectura de sus versos, y mandó envenenar á dos de sus principales libertos, para vengarse de la oposicion que habian hecho á su matrimonio con Poppea.

Nada importa que tal ó cual Emperador se distinguiese de los demas por sus virtudes personales, porque sobre ser muy raros estos ejemplos, no se ponia término con ellos á la inmoralidad, ni al régimen de opresion establecido. Nada importa que otros, aunque perversos, decretasen algunas medidas útiles, á vuelta de actos execrables, si ó no se observaban, ó solian interpretarse arbitrariamente y en daño de la causa pública, cuando asi convenia á los intereses y designios imperiales (1).

Recuérdese que Calígula derogó la ley de lesa-majestad para tener ocasion de proporcionarse nuevas víctimas; que Caracalla declaró ciudadanos romanos á todos los súbditos ingénuos de sus dominios, con el único objeto de hacer asi estensivo el derecho del vigésimo sobre las sucesiones á los habitantes de las provincias y dar mayor unidad á la opresion (2). Y si el derecho privado se perfeccionó bajo el Imperio, fue á costa del derecho público, de la virtud, dignidad é independencia humanas, y de retardar por muchos siglos los progresos y adelantos del mundo.

Los golpes de los bárbaros no hicieron mas que precipitar una catástrofe inevitable. Refiere Suetonio que retirándose de noche el Emperador Augusto á Tarragona, despues de la batalla de Vética contra los cántabros, le asaltó en el camino una fuerte tempestad y cayó de repente un rayo que mató al paje de hacha que iba alumbrando delante. En accion de gracias por haber quedado á salvo de este peligro, mandó edificar en el Capitolio un suntuoso altar, que dedicó á Júpiter Tonante. Si el hecho es cierto, bien hubiera podido considerarlo como un siniestro presagio del fin que estaba reservado á su naciente Imperio. Si un rayo perdonó la cabeza de Augusto,

(1) Quæ hevi senata dein *frustra habita sunt.*—(Tácito.)
(2) Este era un derecho que pesaba esclusivamente sobre los ciudadanos romanos. Fecisti patriam diversis gentibus, unam urbem fecistis, quæ predus orbis erat.—Rutillo.—Itinerario.

otro, venido de las regiones bárbaras y forjado en las fraguas de la guerra, redujo despues á cenizas la mermada herencia de sus indignos sucesores.

El despotismo imperial fue tanto mas odioso y pesado cuanto que hizo servir para sus torcidos fines y para la satisfaccion de sus desordenados apetitos, á las mismas instituciones republicanas que fijaban los derechos de los ciudadanos en el órden civil, político y social. Por eso todas ellas, hasta las mas populares y beneficiosas, se convirtieron en agentes de la tiranía, de la inmoralidad y de la espoliacion. El consulado degeneró en una magistratura funesta y convencional, que solian añadir algunos Emperadores á su autoridad para hacerla mas despótica, y otros escarnecian, como Calígula, que nombró cónsul á su caballo. Redújose el Senado á un cuerpo de autómatas venales, cuya conducta inspiraba el mayor desprecio, y de aduladores serviles, capaces de vestirse de gala, *festo cultu Senatû*, para celebrar los parricidios cometidos por sus abominables tiranos (1). Los tribunos dejaron de defender los derechos del pueblo, para servir de satélites á sus opresores y verdugos. La curia vino á ser una factoría del Imperio y una verdadera prision. Convirtióse el foro en un mercado donde se compraba la justicia y obtenian los mas pudientes, á peso de oro, la absolucion de sus delitos. De las comisiones de estadística resultó un sistema de latrocinio organizado. El ejército se transformó en una banda de foragidos asalariados, que quitaban y ponian Emperadores con la punta de la espada.

Tampoco parecerá maravilla que el género humano buscase una nueva civilizacion, cuando solo habian quedado de la antigua en el Imperio los torpes ritos de supersticiones gentílicas, que empañaban el puro resplandor de las doctrinas evangélicas; los inhumanos derechos de la guerra; la opresion doméstica, fundada en el atroz dominio que los jefes de familia tenian sobre sus mujeres é hijos, pues eran á la vez jueces, señores y tiranos; la esclavitud social; las sacrílegas funciones del circo de fieras y los combates de gladiadores, elevados en cierto modo á la categoría de institucion; el culto á las riquezas; el cohecho, el divorcio y la degradacion de la mujer, el concubinaje, el adulterio y la sodomía; el censo espoliador; el tormento como prueba; el suicidio como deber moral; la calumnia, la confiscacion y las condenas oficiales por delitos imaginarios, como medios de hacer frente á las locas prodigalidades del Tesoro imperial, con el peculio de los ciudadanos mas opulentos.

(1) Tal fué el recibimiento que hicieron los senadores á Neron, despues de la muerte de Agripina.—(Tácito.—*Annalium.*)

Si el hacha esterminadora de los bárbaros no pusiera fin á tan horrible é ignominioso espectáculo, hubiera sido quizás necesario un nuevo diluvio para purificar la tierra, infestada con el contagio de tantas infamias é iniquidades (1).

Tambien se habia gastado y caido en profundo descrédito el principio aristocrático absorbente y dominador, alma de la civilizacion romana, que hace mirar á ciertas clases privilegiadas cual si fueran de superior esencia, y atribuye al vástago de ellas que ocupe el trono, el derecho á considerarse como dueño y señor de todo un pueblo, con vilipendio de la dignidad humana. El principio popular llamaba á las puertas del mundo. Trajanlo los bárbaros del fondo de sus bosques ó de sus montañas, informe, incompleto, es verdad, pero vivo, en accion, y lo practicaban habitualmente en todos los actos de la vida pública, como lo atestiguan sus juntas periódicas, sus deliberaciones tumultuosas y á mano armada, la eleccion de sus jefes y el ejercicio de su libertad individual. Poseian los bárbaros las primeras nociones del derecho á disponer de sí propios, como un gérmen inculto que habia de dar con el tiempo abundantes y saludables frutos. De esta facultad originaria y privativa de los seres racionales, de la cual usaban con estremada latitud y frecuentemente abusaban, á impulso de sus feroces instintos, ha nacido para los pueblos libres del mundo moderno, al cabo de largas y sangrientas luchas, en que no pocas veces y por algun tiempo la fuerza bruta se sobrepuso á todo, la libertad social, que es el derecho á disponer de nosotros en las relaciones de hombre á hombre; ha nacido la libertad civil, que es el derecho á disponer de nosotros en punto á los intereses domésticos; ha nacido la libertad política, que es el derecho á disponer de nosotros en cuanto á la eleccion de jefe del Estado, á la forma que haya de darse al gobierno y á las relaciones del súbdito con la autoridad.

Proceden igualmente de tan importantes derechos, hijos de la libertad individual, á cuyo principio se mostraban adictos los bárbaros, el derecho de peticion, el de discusion, el de asociacion, el de censura, el del sufragio, el de imprenta, el de igualdad ante la ley, el de dirigirse á su Dios, el de propiedad, el de tráfico, el de industria, el de trasladarse de un punto á otro, el de defensa y el de conservacion. Todos estos derechos están con-

(1) Schlegel, en la obra de la Filosofía de la Historia, dice que los romanos en punto á depravacion, fueron gigantes, pudiendo asegurarse que la licencia de los griegos, comparada con la de los señores del mundo, era el primer paso de un adolescente por la pendiente del vicio.

signados en las leyes de algunas Naciones modernas. Parte de ellos se practica por otras con las restricciones y garantias que exigen su vida histórica, su respectiva situacion social y el estado de sus adelantos. Tocante á los bárbaros, acostumbraban á ejercerlos casi sin limitacion, ocasionándose de aqui conflictos, pugnas y desórdenes, porque no habian aun aprendido que si bien el hombre tiene derecho á disponer de sí propio, no le es lícito disponer á su antojo de los demas, y mucho menos perjudicar á nadie en su persona, en su honor ni en sus intereses. Como apenas sabian distinguir el uso del abuso, carecian de reglas que determinasen el punto donde concluye el primero y comienza el segundo. Por eso, validos de la fuerza, invocando los derechos de la conquista y apoyados en la institucion de los esclavos agrícolas, que habian dejado los romanos, establecieron luego el feudalismo y crearon la nobleza de señorío, que fue una rémora para los progresos del género humano.

La irresistible fuerza de los sucesos habia, pues, colocado en los dias de la lucha frente á frente dos principios, á saber: el de una centralizacion absoluta y tiránica, que contrariando las leyes de la naturaleza, hacia al súbdito instrumento pasivo del poder supremo, y el de la libertad individual, que de acuerdo con las aspiraciones de la condicion humana, dejaba al ciudadano ó miembro de la sociedad constituida, dueño de disponer de su persona y le daba derecho á intervenir en el gobierno del Estado. Sobre el primero de estos dos principios descansaba el Imperio, que absorbia en provecho de un solo hombre, toda la existencia y todos los recursos sociales. Representaban al segundo los pueblos bárbaros, en que cada cual poseia una suma de independencia y fuerzas individuales, si bien favorable á la dignidad del hombre, obstáculo á menudo para la conservacion del órden público y el ejercicio de toda autoridad. El principio de centralizacion absoluta que era el despotismo, fomentado con el libertinaje y el desenfreno de las costumbres, habia llegado á dividir á los romanos en verdugos y víctimas, haciendo efectivo el dicho de los socialistas modernos, de la esplotacion del hombre por el hombre. El principio de la libertad individual que los pueblos septentrionales solian ejercer de un modo anárquico, obrando al compás de sus selváticas pasiones, siquiera envuelto en ruda corteza, eximia á los bárbaros de todo vasallaje personal. Aquel era la última fórmula de una sociedad infestada que se disolvia. Este, el primer elemento de una sociedad primitiva, que empezaba á formarse en medio de una descomposicion general, y traia el contingente de una nueva conquista á la civilizacion del mundo.

CAPITULO II.

LOS BÁRBAROS.

PARA que se conozcan bien el carácter, la condicion, las costumbres, las tradiciones y el género de cultura que los godos trajeron á España, cuando la invadieron y fundaron en ella la poderosa Monarquía de que trata esta obra, me parece necesario dar una idea general de los pueblos bárbaros de la Germanía, á que pertenecian, apuntando algunas consideraciones acerca de su orígen, de las relaciones que mantenian entre sí y con los romanos, y del modo con que todos y cada uno de ellos concurrieron á la disolucion del Imperio.

Ocupaban los pueblos bárbaros hácia el año 84 de la Era vulgar las dilatadas, agrestes y rigurosas comarcas de la Germania. Tácito ha descrito sus costumbres; los romanos esperimentaron la fuerza de su brazo y el temple de sus armas. Designaban los antiguos con el nombre de Germania á toda aquella parte del Continente europeo que estendiéndose, al modo de anfiteatro, desde las márgenes del Volga y del Danubio hasta el mar Glacial, comprendia no solo la Alemania, propiamente dicha, sino la Livonia, la Rethia, el pais de los Grisones, la Suevia, la Baviera, la Dinamarca, la Suecia y la Noruega. Tan vasta porcion de territorio tenia por límites al Mediodia los Alpes, al Occidente el Rhin, al Oriente los montes Krápatas y el Vístula, y al Norte el Océano septentrional (1).

(1) Notas á las obras de Tácito traducidas por *Dureau de Lamalle*.
Georgi.—Geografia antigua ilustrada por la historia, costnmbres y tradiciones de los pueblos, etc., etc.

Allí poseian los bárbaros sus habituales campamentos, pues no merecen otro nombre las poblaciones rústicas, diseminadas y movibles que les servian de morada y donde solo permanecian temporalmente, siempre dispuestos á abandonarlas, apenas les obligasen á ello, bien su natural inquietud é inclinacion á una vida trashumante, bien las necesidades de la guerra.

Poblaban en tiempo de Trajano las fronteras occidentales de la Germania, los Bátavos, célebres por su indómito valor : se guarecian en las espesuras de las selvas Hercinianas los Catos ó Gatos, cuya astucia y travesura les habian hecho dar este nombre, segun indica Leibnitz; estendíanse por las márgenes del Rhín los Teuteros, tan hábiles como infatigables ginetes, al lado de los Bructeros, aborrecidos por su soberbia, y habíanse fijado á orillas del mar los Frisones, llamados así por sus hercúleas fuerzas (1).

Por la parte del Norte, entre el Ems y el Elba, veíase á los Caucos, divididos en grandes y pequeños, notables por su equidad y moderacion; hácia la embocadura del Elba, y en tres islotes formados por la corriente del rio, se ejercitaban en la navegacion y piratería los Sajones (2), intrépidos ribereños, que tenian la costumbre de sacrificar á implacables dioses la décima parte de sus prisioneros de guerra (3) : á uno y otro lado del Weser estaban acampados los Queruscos, de índole apacible, y habitaban en la Península de su nombre los Cimbros, amaestrados en el arte de la guerra. En el centro de la Germania residian los Suevos, conjunto ó Confederacion de pueblos belicosos que se trenzaban y recogian el cabello con arte diabólico, cuando se preparaban á dar una batalla (4). Escalonados desde el Báltico hasta el Danubio (5), eran conocidos bajo las diferentes denominaciones de *Semnonios*, que se envanecian con la antigüedad de su origen; de *Longobardos*, guerreros poc numerosos, pero temibles por su audicia; de *Anglos* y *Varinos*, que adoraban á Herta, la tierra, cuyo santuario era un carro cubierto con un velo negro; de *Hermunduros*, tribu industriosa y comunicativa; de *Marcomanos*, *Quados* y *Nariscos*, que gozaban de gran preponderancia y nombradía; de *Ligios*, pueblos compuestos de muchas tribus, entre las cuales se distinguian los *Arrios*, que pintaban de negro el rostro y las armas; de *Osios*, gente tributaria de los Sármatas, y por último de *Gatones*

(1) Tácito.—*De moribus germanorum.*
Leus.—Los germanos y las naciones vecinas.
(2) Moeller.—*Sajonei, comm. histórica.*
(3) Sidonio Apolinar.—Panegírico de Avito.
(4) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(5) San Isidoro.—Chron. S.

ó Godos, sobre quienes ejercia bastante ascendiente la autoridad monárquica. Cerca de estos, en la Escandinavia, se encontraban los *Suiones*, temibles por sus escuadras; luego los *Sitones*, familias débiles que estaban sometidas al cetro de una mujer, y mas allá los *Estios*, que llevaban por divisa la figura de un javalí, últimas tribus de sangre germánica, que confinaban con los Venedos y Fineses, pertenecientes á otra raza y sumidos en el estado mas completo de barbarie y embrutecimiento (1).

Fuera de estas familias se hallaban repartidas otras bajo los nombres de Sármatas y Alanos, en las regiones que abrazaban y comprendian desde el Don ó Tanais hasta el Vístula. Su rostro, su estatura, su vida errante y los carros cubiertos de pieles y ramas donde llevaban sus mujeres é hijos, cuando hacian sus habituales escursiones, anunciaban claramente que eran de la familia Escítica y oriundos de la Tartaria (2).

Ademas de las denominaciones generales con que eran conocidos todos estos pueblos, solian tomar algunos de ellos otras especiales; ya de la parte y clase de territorio que poseian, ya de la situacion geográfica que ocupaban al Norte ó Mediodia, al Oriente ú Occidente, ya de las cualidades físicas y morales que los distinguian. Gentes primitivas, en quienes la imaginacion estaba mas desenvuelta que las otras facultades intelectuales, no era estraño que se diesen á sí mismos y aplicasen á los demas los nombres de aquellos signos esteriores, virtudes, pasiones ó propiedades que particularmente llamaban su atencion (3).

Los pueblos de la Germania, verdaderas hordas guerreras, cuyas conquistas hemos heredado, ni podian reputarse por indígenas del pais donde habitaban, segun lo creyó Tácito (4), ni habian salido originariamente de la Escandinavia, como lo presumieron Jornandés y otros historiadores (5). Procedian del Asia, cuna del género humano, y eran de orígen Indo-Teutónico. Tenian, pues, una patria comun (6).

(1) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(2) Herodoto.
Boyer.—*Convers. rerum Scythicarum.*
(3) Muller.—*Las matrices germanas y sus principes.*
(4) Ipsos Germanos indigenas *crediderim*, *minimeque aliarum gentium adventibus et hospitiis mixtos.*
Tácito.—*De moribus germanorum.*
(5) Jornandés.—*De Getarum sive Gotteorum origine et Rebus Gestis.*
Olaus Magnus.—*De gentibus Septentrion.*
Juan Magno.—Historia de los Godos y Suecos.
(6) Pindkerton.—Investigaciones sobre el origen de los Escitas ó Godos.
Eichhoff.—Curso de literatura alemana de la Edad media.

Las investigaciones hechas de algunos años á esta parte y las noticias recogidas en los últimos tiempos han demostrado hasta la evidencia que no solo los Germanos, sino los Celtas, los Griegos y hasta los Romanos mismos vinieron primitivamente del Asia, donde se encuentran todos los climas, todas las religiones, todos los idiomas, todas las castas de la tierra. Parecia que estaba reservado á tan antiguo y estenso Continente enviar al de Europa, en el órden religioso, la luz del Evangelio, y en el órden social, civil y político, una nueva civilizacion: aquella, presente del Hombre-Dios, símbolo de amor y concordia; esta, obra de unas generaciones bárbaras, imágen de la fuerza al servicio de la Providencia.

El exámen fisiológico é histórico de las diversas razas conocidas, los rasgos característicos de cada una de ellas y la comparacion de sus respectivos dialectos han dado á conocer, despues de largas y eruditas investigaciones, que desde la mas remota antigüedad varias grandes familias de pueblos, emigrados del Asia, pasaron sucesivamente á fijar su residencia en el territorio europeo. Atravesando en diversas épocas y con intervalos mas ó menos grandes de tiempo, los montes Cáucasos, los desfiladeros del Tauro y las importantes regiones del Asia Menor, unas ocuparon el Nord-Este, como los vástagos de la raza Uraliana ó Finesa; otras se situaron al Sud-Oeste, como los Iberos, Lusitanos, Cántabros y Ligurios; otras se establecieron al Occidente entre los Pirineos y el Rhin, como los Celtas, que se dividieron en dos ramas principales, los Galls y los Cimbros (1); otras se fijaron hácia el Mediodia, donde fundaron Estados poderosos, como los Tracios, Pelasgos, Helenos, Etruscos y Romanos; otras, en fin, vinieron á colocarse entre los pueblos Eslavos, Céltiços y Tracos: estas eran los Germanos.

Los individuos de la familia Uraliana, á que pertenecian los Hunnos, y deben su orígen los Magyares ó Húngaros, ofrecian el tipo mongólico en su color atezado, en su nariz aplastada y en sus ojos oblícuos. Notábanse en los Eslavos, gente por largo tiempo oscurecida y degradada, ciertos rasgós que daban motivo para sospechar que fuesen el producto de una mezcla de razas del Norte y del Occidente de Asia, por cuyo motivo varian tanto los pareceres acerca de su verdadero orígen. La familia Ibérica, venida por

Grimm.—Origen de la antigua poesia alemana.
Muller.—Las matrices germanas y sus príncipes.
(1) Julio César dice que los Romanos les habian dado el nombre de Galos.
Tertiam, qui ipsorum linguæ Celtæ, nostra Galli appellantur.—Commentarii de bello Gallico, liber primus.

el litoral de Africa, parecia oriunda de los paises donde se hablaban las lenguas semíticas. La fisonomía y el idioma de todas las demas indicaban, aun cuando no se haya descubierto hasta en los tiempos modernos, que procedian directa ó transversalmente del tronco genealógico de aquellos en otros siglos florecientes y poderosos pueblos que dieron leyes políticas y religiosas en Sanscrito y en Zendo (1), perpetuaron sus hechos en inscripciones *Cuneiformes* (2) y dominaron desde el Tigris y el Indo, desde el Eufrates y el Ganges, hasta el Nilo y el Mar Negro.

Subyugados y absorbidos los Iberos y los Celtas por los Romanos, despues de largas y sangrientas luchas, muchas veces reproducidas, únicamente vino á quedar de la primera de estas dos familias el pueblo Vasco, que conserva su fisonomia primitiva y nacionalidad en los pintorescos valles del Pirineo, y de la segunda, algunos vástagos en las inaccesibles breñas de Escócia, en el fondo de Irlanda y en el pais de Gales. Por su parte, los Estados romanos, reducidos á muy estrechos límites en los primeros tiempos de su fundacion, tomaron rápido incremento y se dilataron sobremanera con las repetidas agregaciones de las tribus latinas que se les incorporaron. Los sucesores de Rómulo, de raza pelasgica, triunfando sucesivamente de los pueblos comarcanos, y de otros distantes, se propusieron enriquecerse con los despojos de todos ellos y hacerles concurrir á su fabuloso engrandecimiento. Favorecidos por su indisputable superioridad, emprendieron con estraordirio éxito y continuaron sin descanso su obra de conquista y asimilacion, hasta que el abuso del poder y la corrupcion paralizaron sus fuerzas y les salieron al encuentro los pueblos bárbaros de la Germania.

Si se consultan con detenimiento las tradiciones seculares de los pueblos germánicos, será fácil descubrir en ellos, á pesar de las vicisitudes que los han adulterado, señales incompletas, pero convincentes, de su orígen asiático y de su comun parentesco. A falta de las que hallaria el observador en su mitología, en su historia, en sus costumbres populares y en ciertos nombres

(1) El conocimiento del *Sanscrito* y del *Zendo*, de donde se derivan todos los idiomas y dialectos europeos, se debió á un jóven oscuro, mártir de su amor al estudio, cuyo nombre era *Anquetil-Duperron*, quien fue á estudiarlos á las orillas del Ganges, á la patria de Zoroastro, con el auxilio de Malesherbes y el abate Barthélemy.

(2) Se entiende por escrituras é inscripciones *cuneiformes* varios sistemas de signos, formados de una clave principal que tiene la forma de un clavo, de que han tomado el nombre de *Cuneiformes*. Jorge Federico Grotefend, Burnouf, Lassen Rawlinson y Oppert han conseguido con sus trabajos descifrar las inscripciones de *Persepolis*. Las escrituras de este género abundan en Persia y en el Asia Menor.

que se han conservado como por milagro, bastaria, para disipar toda duda, si existiese, el orígen mismo que se atribuian los Germanos en su propia lengua. Vanagloriábanse, segun dice Tácito, de descender del dios *Tuisto* ó *Teudo*, hijo de la tierra y padre de *Manno*. *Celebrant carminibus antiquis Tiustonem deum, terra editum et filium Mannum, originem gentis conditoresque* (1). Ellos mismos se denominaban *Teudo* ó *Teusch*, del nombre de su fundador. Conviene tener presente que la denominacion de Germanos, que ha prevalecido, suena más bien á un apodo, que á un nombre, y viene á significar en español *hombre de guerra* ó *de armas*, del sustantivo aleman *Wermann*. Sin duda debieron llamarlos asi los Galos, cuando con ellas se presentaron por primera vez tan terribles huéspedes á disputarles la posesion de su pais. Por otra parte llamaban á la tierra *Herta* ó *Herde*, y al hombre *Mann* ó *Mensch*.

El estilo es el hombre, ha dicho un filósofo estranjero. Con no menos razon puede añadirse que el idioma es el pueblo, porque viene á constituir la espresion articulada, no solo de sus ideas y afectos, sino hasta de su misma fisonomía. Bajo este supuesto, conocidos los tres nombres de pueblo, tierra y hombre, quien recorra el abultado y complejo repertorio de las lenguas asiáticas, llegará al cabo y como por la mano, de investigacion en investigacion, á encontrar otros análogos en el antiguo idioma de los Indios que habitaban cerca de las vertientes del monte Himalaya, antes de descender á las orillas del Ganges y situarse en el territorio de la India actual (2). Y cuando el análogo sentido de las palabras, la comun raiz de los verbos y la idéntica índole de los idiomas *Teutónico* y *Sanscrito* no estuvieran diciendo que los pueblos germánicos eran oriundos del Sud-Oeste del Asia, ¿cómo habia de dudarse, al observar la semejanza de su fisonomía, de sus costumbres y de sus preocupaciones religiosas, con la fisonomía, costumbres y preocupaciones religiosas de la antigua familia índico-caucasiana, tan diferente de la raza árabe, del tipo malayo, de la casta mongólica y de todas las demas que ofrecen los vastos Estados del Asia, con asombrosa variedad?

(1) Tácito.—*De moribus germanorum.*
Grimm.—*Gramática germánica.*
Id.—*Orígen de la antigua poesía alemana y sus relaciones con la del Norte.*
Muller.—*Las matrices germanas y sus príncipes.*
Eichhoff.—*Cours de litterature allemande au moyen age.*
(2) Consúltese á Grimm, Anquetil-Duperron, Jorge Federico Grotefend, Burnouf y Lassen Rawlinson.
(3) Eichhoff.—*Curso de literatura alemana de la Edad media.*
Leus.—*Los Germanos y las naciones vecinas.*

Hoy mismo, y á pesar de los siglos que han trascurrido, se encuentra entre los indómitos montañeses del Cáucaso y en ciertos ranchos trashumantes de la Tartaria Independiente, la mayor parte de los hábitos sociales y de las cualidades físicas que distinguian á las tribus germánicas. Como ellas, se sienten dominados de una agitacion febril que les impide fijarse; como ellas, reputan el valor por la primera de las virtudes y el fruto de la rapiña por legítimo trofeo; como ellas, obedeciendo á los estímulos de una independencia selvática, el mundo les parece estrecho, no reconocen ninguna ley escrita que los someta á autoridades constituidas, y únicamente consultan la necesidad del momento en sus improvisadas resoluciones (1).

Que los Germanos se dividian en varias familias, si no lo asegurase Tácito y acreditara la historia, lo probaria suficientemente la circunstancia de saberse que segun sus tradiciones, Teudo, su primer hombre, se vió reproducido en tres hijos (2), cuyos descendientes tomaron los apelativos de *Ingevonios* al Norte, de *Hermmonios* en el centro, y de *Istevonios* al Mediodia. De modo que, bien se atienda á su historia, bien á su idioma, bien á su configuracion, no cabe duda en que eran oriundas de la India occidental todas las tribus germánicas situadas allende el Danubio. En todos tiempos se conocieron emigraciones de este género, algunas de las cuales fundaron poderosos Imperios. Suelen ser necesidades del género humano, que tal vez quedaria estancado ó se estacionaria sin ese periódico trasiego de familias, castas y pueblos; con la particularidad de que casi siempre se efectuan de Oriente á Occidente, en consonancia con el movimiento y la marcha que se observan en las aguas del Océano.

Seria aventurado conjeturar que las tribus germánicas emigrasen á Europa catorce siglos antes de Jesucristo, como algunos historiadores imaginan y suponen (3). Unicamente se sabe que durante mas de ocho estuviéronse preparando con sus ataques para producir la memorable catástrofe que en el IV y principio del V habia de variar la faz del mundo. Pero aunque tenian un origen comun y eran en general parecidas su fisonomia, sus costumbres y su condicion social, solian distinguirse, sin embargo, unas de otras por los varios matices de ciertos rasgos característicos é individuales, adquiridos ó heredados, como lo ha hecho notar el príncipe de los historiadores roma-

(1) Consúltese á Stritter.—*Memoriæ populorum olim ad Danubium incolentium é scriptoribus historiæ byzantinæ erictæ et collectæ.*
(2) *Manno tres filios asignant.*—Tácito.
(3) César Cantú.—Historia universal.

nos, con sorprendente exactitud y sentenciosa precision en su breve, pero admirable pintura *de Moribus germanorum*. Vástagos de un mismo tronco, hijos de una misma madre, oriundos de una misma patria, si bien conservaban todos ellos el aire de familia, no por eso habia dejado de ir esperimentando cada cual frecuentes y mas ó menos sustanciales alteraciones desde los primeros tiempos de su respectiva emigracion hasta el siglo IV, segun el número y la fortuna de sus periódicas correrias, el carácter y la consistencia de sus alianzas ofensivas y defensivas, el género y la duracion de sus alternadas comunicaciones con otros pueblos de diversa raza y de mayor ó menor ascendiente.

Menos incultas algunas de ellas que el resto de sus hermanas, mas próximas á las posesiones del Imperio, mejor preparadas y dispuestas para separarse de la idolatria, se convirtieron antes al cristianismo, dejándose insensiblemente influir, y no pocas veces dominar, por los atractivos de una civilizacion superior, contra la cual protestaban, sin embargo, con sus actos sanguinarios y continuas depredaciones (1). Venidas otras mas tarde, sedientas de rapiña y poco preparadas para el trato social, conservaban su primitiva ferocidad como el leon recién salido de las selvas, y solian caer de pronto, á falta de mejores enemigos, sobre aquellas que las habian precedido, obligándolas, cuando no las esterminasen, ó á cederles el territorio que ocupaban, ó á incorporarse en sus filas, ó á buscar el apoyo y la proteccion de otras que pudieran rechazar con las armas á tan incómodos agresores. Tambien acontecia á veces que los nuevos bárbaros eran repelidos con innumerables pérdidas, por aquellos mismos de sus predecesores á quienes asaltaban, que si bien no menos feroces, tenian sobre sus adversarios la ventaja de haber aprendido los primeros rudimentos del arte de la guerra, con motivo de sus anticipadas luchas con los romanos.

Leyendo con detenimiento y meditando el juicio que hace Tácito de los diversos pueblos germánicos y otros bárbaros, puede deducirse fácilmente el órden cronológico de sus sucesivas irrupciones y cuánto habian contribuido á introducir entre ellos notables diferencias, la fecha en que cada uno llegó al Continente europeo, las comarcas que atravesó, la clase de pueblos con quienes tuvo frecuente comunicacion.

Asi por ejemplo, hay que recorrer una gran distancia en la escala de la civilizacion, desde los Celtas, pueblo inteligente y previsor que celebraba

(1) Así se vió á los Godos.

juntas periódicas para discutir los asuntos públicos, y cuyos individuos nada esperaban de la fortuna, pero todo el valor (1), hasta los Estios que traficaban con las escrecencias que arrojaba el mar y que por falta de hierro iban únicamente armados de gruesos y largos leños. ¿Pueden acaso compararse con los Suiones, que poseian ejército y marina, tenian aficion á las riquezas y respetaban el principio de autoridad, los Peucinos, que ocultaban su desnudez en medio del lodo y de la inmundicia? ¿Qué diferencia no existe entre los Caucos, guerreros y labradores con ciertas nociones del derecho de gentes, llenos de moderacion, en medio de su superioridad, y los Feneses de raza asiática, que no tenian ni armas, ni caballos, ni hogar; que pacian las yerbas y raices del campo; que iban cubiertos de pieles y dormian sobre el desnudo suelo?

Vivian comunmente los bárbaros en chozas aisladas, en medio de espesos y enmarañados bosques, mas á propósito para guarida de fieras que para mansion de criaturas racionales, y cuyos corpulentos árboles, tan antiguos como el mundo, predisponian á la supersticion el alma con su tenebrosa frondosidad (2). Hacíanles compañía los bisontes, búfalos, gamos, cabras y otros animales domésticos que pastaban libremente á su alrededor. Algunos de ellos habitaban en profundas cuevas, preparadas para su defensa, donde se creian mas seguros, mejor resguardados de la intemperie y menos espuestos á ser acometidos por estraños ó domésticos enemigos. Otros fijaban su residencia á corta distancia de caudalosos rios, en cuyas márgenes mal trazadas y á menudo barridas por la desbordada corriente, se veia multitud de pantanos cubiertos de tupida maleza y fantásticas retamas. Preferian casi siempre los sitios mejor defendidos por la naturaleza, y á veces complacíanse en formar alrededor suyo vastas soledades, al modo de fronteras, para inspirar terror, vivir mas aisladamente y precaverse contra inesperadas agresiones (3).

Obedecian en ciertos casos aquellos pueblos al instinto de la propia conservacion; pero impulsados mas frecuentemente por sus tumultuosas pasiones, tan pronto se reunian unos con otros, como se separaban; tan pronto se hacian cruda guerra entre sí, como se confundian bajo la misma bandera (4). Impresionables y caprichosos, ya vivia cada uno retraido y

(1) *Fortunam inter dubia, virtutem inter certa numerare.*—Tácito.
(2) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(3) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(4) Bajo las banderas de Radagaso se reunieron los Ostrogodos, los Vándalos, los Suevos, los Alanos, los Rojolanos y los Burgondiones.

aislado, yá se coaligaban inesperadamente muchos de ellos para combatir á un enemigo comun. Sin mas regla que las necesidades del momento, hoy trasmigraban de un punto á otro, mañana permanecian fijos en el suelo de que habian tomado posesion. A veces huian del enemigo, á veces le provocaban con audaces agresiones. Cual no dejaba ni un momento de dar señales de su existencia, cual desaparecia de pronto, á semejanza de la corriente del Guadiana, cuando se esconde en las profundidades de la tierra, para volver á presentarse de improviso á grandes distancias del pais donde habian hecho su primera aparicion. Imágen sensible del movimiento continuo, incesante hervidero de hombres y caballos, parecian reproducirse y multiplicarse como por encanto. Encontrábanse entre ellos todas las formas de cazadoras, ganaderas y agricultoras, que van tomando sucesivamente las sociedades primitivas, hasta constituirse, con relacion á su método de vida y subsistencia. Tambien ofrecian en su conjunto, con cortas variantes y modificaciones, ejemplos de los principales cultos y de casi todos los sistemas religiosos conocidos, como el sabeismo, la idolatria, el dualismo, la adoracion del Universo bajo diferentes emblemas. Varios de ellos sacrificaban á sus dioses víctimas humanas en bosques privilegiados, donde á nadie se permitia entrar sino con los pies y las manos atadas. Algunos adoraban al dios Marte bajo formas alegóricas. Otros, como los Naharvalos, hacian vestir á sus sacerdotes de mujeres para celebrar los singulares misterios de su singular mitologia. Consagraban otros ciertos bosques solitarios, donde acataban, como si fuera un Dios, la especie de religioso terror que inspiraba su tenebrosa espesura (1).

Obedecian por regla general á jefes electivos, pertenecientes á las mas distinguidas familias, que llevaban á veces el título de Rey, á veces el de juez. Los asuntos de menor cuantia se consultaban con los principales de las tribus: los de interés general eran sometidos á todos y se decidian en asambleas populares. *De minoribus rebus principes consultant; de majoribus, omnes.*

Robustos de cuerpo, fuertes de espíritu, obraban á impulso de las pasiones humanas en su primitiva actividad. Eran sobrios y castos, porque se limitaban á satisfacer las verdaderas necesidades de la naturaleza, siéndoles desconocidos aquellos apetitos artificiales que crea la imaginacion depravada de los pueblos corrompidos. Sobre ellos ejercian gran ascendiente los ancia-

(1) Tácito.—*De moribus germanorum.*

nos y las mujeres. Gozaban de esta prerogativa los primeros en gracia de su esperiencia y prevision, y las segundas por efecto de su misma debilidad.

Frutas silvestres, carne fresca de venado, y leche cuajada eran su alimento. Tenian suma aficion á una especie de cerveza, hecha de trigo ó cebada en fermentacion, que bebian sin tasa ni medida, y con la cual se embriagaban frecuentemente hasta el punto de comprometer su juicio y su salud (1). Preparábanse para cumplir sus destinos con esta vida frugal, austera y dura que tan sensible contraposicion formaba con el refinado lujo del Imperio y la suntuosidad de los festines en que á porfía se apuraban los manjares mas estimulantes y capaces de lisongear la gula y enardecer los sentidos de la nobleza romana.

Caminaban en toscos carros ó montados en infatigables caballos, recordando la vida errante del Tártaro ó del Calmuco (2), y tenian en angustiosa agitacion y alarma á las provincias del Imperio que confinaban con el mundo bárbaro. Poco á poco iban agolpándose alrededor de ellas, y volvian sus codiciosos ojos á la ciudad de los Césares, que les parecia como una preciosa joya, destinada á ser premio del mas osado y del mas fuerte.

Por algun tiempo permanecieron sin poner en formal peligro al Imperio, aunque los Cimbros, Queruscos, Sármatas, Bátavos y otros le habian ya dirigido duros golpes, en gracia de las subvenciones que de cuando en cuando obtenian de los mas degenerados sucesores de Augusto, que con ellos solian celebrar pactos; pero le circundaban por todas partes, le apretaban y sacudian á todas horas y en diversos sentidos, le iban gradualmente cercenando el aire y el espacio, afilaban á su sombra el acero ó preparaban el martillo con que habian de triturarlo, le acechaban como si fuese una presa sobre la cual estaban dispuestos á lanzarse apenas llegara el momento oportuno y se les presentase una ocasion favorable. ¿Cómo sufrir, decia Sidonio Apolinar en el panegírico de Authemio á un enemigo que nos niega la paz y la guerra (3)?

(1) Tácito.—*Potui humor ex hordeo aut frumento in quamdam similitudinem vini erraptus.*
(2) Tácito.—*De moribus germanorum.*
Amm. Marcelino.—Historia de Roma.
Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et Rebus Gestis.
(3) Sidonio Apolinar.
Decipio.—Eunapii.—Petri Patricii.—Fragmenta in corpus scriptorum historiæ byzantinæ.
San Gerónimo y sus continuadores.
Gibbon.—The history of the decline and fall of Roman Empire.

El Imperio por su parte sentia acercarse sus últimas agonías. Entre la púrpura y el oro dejaba entrever sus miembros estenuados y consumidos por la fiebre de vergonzosas pasiones y próximos á convertirse en un miserable esqueleto. De su antigua majestad no le quedaba mas que el recuerdo, y á falta de una grandeza efectiva, que habia perdido, procuraba deslumbrar los ojos con el oropel de una mentida opulencia. Temblaba como débil niño, el que en otro tiempo habia sido indómito jigante, y faltábanle brazos capaces de blandir con gloria la espada de César, de Escipion ó de Camilo. Descentralizado primero por Constantino, dividido luego definitivamente en dos mitades por Teodosio, y desquiciado antes y despues por una multitud de Emperadores que salian del cuartel de la guardia Pretoriana ó de los campamentos de las legiones para ocupar el trono de los Césares, flaqueaba y sucumbia en medio de una prematura decrepitud. La corona de los Césares, manchada de sangre y lodo, cuando no era adjudicada al mejor postor en vergonzosa licitacion por las legiones (1) se obtenia en premio del asesinato y de la traicion, pasando indistintamente á ceñir las sienes, ó de un libertino como Victorio, ó de un parricida como Cirias, ó de un bárbaro como Maximino, de orígen godo y pastor de oficio, que no tenia otra recomendacion para llevarla que una fuerza colosal (2), ó de un árabe como Filipo, osado aventurero y regicida, ó de un cobarde como Galo, que compraba á peso de oro la paz con los enemigos del Imperio y hacia á Roma tributaria de los bárbaros (3).

Los romanos mismos de grado ó por fuerza y como si se propusieran anticipar la hora de su ruina, iban poniendo á los bárbaros en posesion del Imperio, que habian de saquear y repartirse, cuando llegase á su madurez el cáncer que interiormente lo devoraba y entrase en el período de crísis que precedió á su completa disolucion. Dábanles tierras, permitíanles introducirse en las provincias limítrofes, reclutaban soldados en sus tribus guerreras, casaban los oficiales de las tropas del Imperio con las hijas de los caciques germánicos y fiaban á las armas de tan peligrosos

(1) Sulpicio y Didio Juliano se disputaron el Imperio en pública licitacion, abierta por los soldados. La subasta se celebró en el campamento de los pretorianos, quedando adjudicada al último la corona de los Césares, por haberse convenido en abonar 30,000 sestercios á cada soldado, ó sea 21,348 rs. vn.—Herodio.

(2) Segun afirma Capitolino, se bebia diariamente una ánfora del Capitolio llena de vino, y comia sesenta libras de carne.

(3) Scriptores *Historiæ Augustæ Triginta Tiranni*.—Eutropio.—Compendio de la Historia Romana.—El conde Zosimo.—Zonaro.—Dion Casio y Herodio.—Jornandés.—Gibbon.—Historia de la decadencia y destruccion del Imperio.

y turbulentos huéspedes la seguridad y proteccion del Estado (1).

Por un error de política ó por el convencimiento de su debilidad, procuraban grangearse el agrado y apoyo de los bárbaros con subsidios, honores y distinciones, que avivaban su codicia y hacian subir de punto su feroz soberbia. Era ciertamente un espectáculo curioso é instructivo ver á aquellos, en mejores dias señores del mundo, ahora medrosos y descorazonados, renunciar á su propia defensa y encomendarla á unos advenedizos, á quienes detestaban y temian. En vez de confiar el mando de sus antes invencibles legiones á los descendientes de aquellos héroes que habian paseado de victoria en victoria el águila romana por remotos hemisferios y enemigas Naciones, se lo ofrecian y otorgaban á caudillos bárbaros, pareciéndoles sin duda de mejor temple el corazon que latia bajo el espeso vello de una piel de fiera, que el guarnecido por la coraza latina. Generales Godos, Suevos ó Vándalos (2), figuraban á la cabeza de los ejércitos romanos, y de este modo los auxiliares se creian autorizados para proclamarse señores. La fuerza que se depositaba en sus manos les hacia á menudo árbitros de los destinos del Imperio, y cuando no se sentian con resolucion bastante para vestir la púrpura, designaban é imponian el candidato que habia de llevarla, reservándose el derecho de deshacerse del nuevo César, hechura de sus manos, con el hierro ó el veneno, si por acaso no se resignaba á ser un esclavo coronado.

Los monstruosos goces de una cultura sibarítica y el escesivo abuso de todos los placeres que proporcionan los sentidos, habian llegado á fatigar á los romanos y á ser causa de que al cabo les inspirasen cierto tedio y hastío los primores del arte y los atributos del lujo, de la elegancia y opulencia. Ansiosos de novedades que despertasen su sensibilidad, casi embotada por efecto de vergonzosos escesos, todo lo estraño, peregrino y estravagante tenia para ellos un verdadero atractivo. Merced á estas disposiciones no pudieron menos de causarles gran sorpresa y profunda impresion el atavío y presencia de los bárbaros, luego que estos, atravesando el Danubio, se derramaron por las provincias del Imperio. Escitaban su curiosidad y herian

(1) Consúltese Amm. Marc.—Historia de Roma.
Sidonio Apolinar.—Panegíricos.
Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis.
Gibbon.—*The history of the decline and fall of the Roman Empire.*

(2) Arbogasto, de raza germánica, Aspar, alano, Gondelor, burgundion, Rufino-Esteliacon, vándalo, Guinar, godo, Recimero, suevo, y otros obtuvieron las mas altas dignidades del Imperio y fueron generales de las tropas romanas.

vivamente sus ojos aquellos hombres rudos, de rojos cabellos, ojos rutilantes, adusto aspecto y fornidos miembros, que iban medio desnudos y ostentaban en sus hombros pieles de búfalo, carnero y otros animales (1). La novedad produjo su efecto, y bien pronto fue moda lo que en un principio habia parecido el colmo de la rusticidad. Los señores romanos de la clase militar preferian á sus elegantes sandalias y suntuosa túnica el tosco traje de los bárbaros, por parecerles mas imponente y marcial. Por esta predileccion, llegó á generalizarse tanto entre los súbditos del Imperio, que Honorio se vió en el caso de tener que prohibirles llevasen el de los Godos dentro del recinto de Roma, bajo pena de multa y destierro. Cualquiera hubiese dicho que los Romanos, disfrazándose de esta suerte con la vestimenta de los bárbaros, se disponian para la transformacion que les amenazaba.

Los bárbaros, á su vez, algo tomaban tambien de la civilizacion romana, siquiera no fuese mas que el uso de metales preciosos; ciertas artes de lujo y algunos de los objetos destinados para el regalo del cuerpo. Hasta en las rústicas barracas del campamento de Atila á orillas del Theiss, se veian copas de oro, broches de relumbrante pedrería y otras riquezas robadas á las ciudades de Italia. Los generales, los ministros y las mujeres del Rey de los Hunnos, prototipo de la barbarie, hacian gala de ostentar en sus movibles chozas de madera, el lujo de los magníficos palacios de Rávena y Constantinopla, á cuyo efecto las adornaban con vistosas alfombras y preciosos muebles de construccion latina. Como si se hubieran propuesto reunir en estraño consorcio la rudeza de las hordas primitivas con el refinamiento de las Naciones mas sibaríticas, al paso que conservaban muchos de los hábitos de los pastores mongólicos, usaban en sus convites vajillas de plata y tenian á su servicio pajes y cocineros griegos. Solo Atila permanecia fiel á las costumbres antiguas y queria que su aterrador aspecto y su traje, tejido en los ranchos de la Tartaria, fuesen una protesta viva contra la civilizacion romana (2).

Luchaban descomponiéndose y mezclándose, las respectivas costumbres, lenguas y tradiciones de los *bárbaros* y de los Romanos. El mundo civili-

(1) Que ingenti magnitudine corporum Germanos incredibili virtute atque exercitatione in armis esse prædicabant, sæpe numero esse cum eis congressos ne vultum quidem atque aciem oculorum ferre portuisse, tantus subito timor omnem exercitum occupavit, ut non mediocrita omnium mentes animosque perturbaret.
Commentarii de Bello Gallico, liber primus.

(2) Weber.—Historia universal.

zado se dejaba dominar y absorber por el mundo *bárbaro* que lo invadia. Infiltrábase al mismo tiempo en el *mundo bárbaro* la influencia del mundo civilizado, que suavizaba, á despecho suyo, sus feroces costumbres. Caminaban ámbos entre la luz y las tinieblas; pero con la diferencia de que en el primero reinaba el crepúsculo que precede á la noche, y en el segundo la aurora que anuncia el dia. Aquel era un astro que se eclipsaba, despues de haber deslumbrado por largo tiempo á las generaciones con sus vivísimos resplandores. Este, un nuevo sol que salia, pero cercado de nubes tempestuosas, como para anunciar el fin del Imperio y la trasformacion del mundo.

Presentábase á los ojos de las generaciones un espectáculo estraordinario, sorprendente, aterrador. Desquiciado de sus ejes, el orbe antiguo se desprendia y desplomaba entre espantosas catástrofes, sembrando la tierra, en su caida, de innumerables ruinas y gigantescos escombros. Por todas partes estaba empeñada una lucha mortífera, pero providencial. Pugnaban porfiadamente el culto pagano con la religion cristiana, la libertad con la esclavitud, la fe con la impiedad, el egoismo con la abnegacion; las ideas antiguas con las nuevas aspiraciones, los intereses envejecidos con las necesidades nacientes; los pueblos del Mediodia con las tribus del Norte, la raza latina con las castas Teutónica y Mongólica, los hombres de las ciudades con los habitantes de las selvas, la barbarie civilizada del Imperio con la civilizacion aun bárbara, por decirlo asi, de la Germania. Acompañaban á estas luchas, que se ventilaban en la esfera moral por medio de ruidosas controversias y en el campo de la fuerza con las armas, batallas sangrientas, asaltos, saqueos, conquistas, regicidios, rebeliones, martirios, degüellos, incendios de ciudades, pestes, hambres, terremotos, inundaciones. Para condenar el despotismo divinizado de los Césares y los privilegios de clase, se levantaban, tanto la máxima evangélica de que los hombres nacen libres é iguales, como el principio de la independencia individual que practicaban los bárbaros; contra los ritos de un politeismo sensualista y corruptor, protestaban los purísimos preceptos de una religion inmaterial y regeneradora: al culto que ofrecian á la opulencia los Romanos, se oponian la consagracion de la pobreza por los Apóstoles y la ruda sencillez de las tribus germánicas: con los desenfrenados escesos de la lujuria y la concupiscencia, que deshonraban al Imperio, pugnaban la continencia y castidad que solian observar los pueblos bárbaros, y de que daban frecuentes lecciones y ejemplos los

primeros cristianos. Todo era desconcierto, todo confusion, todo anarquía, todo convulsiones.

Tambien contribuyeron á empeorar la suerte de los Romanos los celos mismos que el Imperio de Occidente tenia del de Oriente, despues de la impolítica division efectuada por Teodosio; celos que se traslucian hasta en los panegíricos que, segun costumbre, pronunciaban poetas asalariados en el dia de la coronacion de los nuevos Césares que eran llamados á ocupar el trono de Augusto, cuando quedaba vacante por la muerte violenta ó natural de sus antecesores. En el que Sidonio Apolinar dedicó á Anthemio, Emperador, que al modo de presente, envió á Roma Constantinopla por mano de Leon, se echa de ver, á vuelta de algunos elogios oficiales, con cuánto dolor y despecho habia presenciado el Imperio de Occidente el engrandecimiento de su hermano menor. Sidonio Apolinar hace que Roma, representada bajo una figura alegórica, dirija estas palabras á la Aurora, númen tutelar del Imperio de Oriente, con objeto en la apariencia de tranquilizarla, pero para quejarse en realidad de la fortuna con que la habia arrebatado la mayor parte de su patrimonio.

«El pais que tiene por límites el Tigre y el Eufrates es hoy tu patrimonio. En otro tiempo fue mio. Lo obtuve á espensas de la sangre de Crasso-Muro. Posees el Pinto y la Armenia. Sila te dirá cuánto me costaron. ¿Hablaré del mar Egeo y de sus islas? Eres soberano de Creta, que Metelo conquistó para mí; de Sicilia, que sometió Pompeyo á mi dominacion; de los Isauros y Sirios, á quienes dominó Servilio al frente de mis legiones. ¡Cuán crédula fui! He instituido en provecho tuyo el testamento de Acalo. Te he abandonado la antigua Etolia, el Epiro y los campos que riega el Aquileus. Dictas leyes á la Iliria y á la Macedonia, á pesar de que los descendientes de Paulo Emilio residen dentro de mis muros. El Egipto pone á tu disposicion sus graneros, como si hubieses ganado la batalla de *Actium*. Obedécete la Judea, lo mismo que si Vespesiano y Tito hubiesen sido tus generales. Y puesto que se halla sujeta á tu imperio la tierra de los Dorios, la Acaia y el istmo que separa los dos mares de la Grecia, dime que Mum-mio Ricentinto te ha dado á Corinto. Eres rica y ves afluir á tus puertos los productos de Chipre, conquista de los Catones. Por mi parte soy pobre y no me queda de los Catones mas que su gloria.»

Durante tres siglos, á contar desde la época de Tácito, la historia de las tribus germánicas no es mas que un tejido de marchas y contramarchas, de acometidas y retiradas, de armisticios y rompimientos, de luchas

intestinas y de combates con los Romanos. En medio de tantos azares, bien por efecto de su superioridad moral, bien por haberles sido constantemente favorable la suerte de las armas, hácia mediados del siglo VI, habian llegado á prevalecer sobre las demas diez de ellas, que vinieron á constituir otros tantos cuerpos de nacion, si tal nombre merece el ayuntamiento de diversas tribus bajo un mismo jefe, á saber: los Godos, los Suevos, los Vándalos, los Alanos, los Burgondiones, los Lombardos, los Alemanes, los Sajones, los Anglos y los Francos.

Cada uno de estos pueblos arranca sucesivamente un pedazo del manto de los Césares; desgaja una rama del tronco de los Estados latinos, cuyas raices se habian estendido por Europa, Africa y Asia; segrega una á una muchas provincias del Imperio, para hacer de ellas Reinos independientes mas ó menos estables, mas ó menos poderosos.

Los Godos, divididos en orientales y occidentales, empujados por los feroces Hunnos, nueva emigracion de origen mongólico (1), salvan el Danubio, penetran atropelladamente en bandas por las provincias romanas y se derraman por el centro del Imperio, como las revueltas olas de una formidable avenida, coincidiendo con este movimiento la rebelion de Maria, viuda de Obelino, principe etiope, que convertida de esclava en Reina y amazona, recorre triunfante la Siria y la Palestina.

El Emperador Valente hace en tal conflicto un esfuerzo desesperado, pero pierde la vida en la batalla de Nicea, prólogo de innumerables desastres (2). Despues de una corta tregua y efímera reconciliacion, obra de Teodosio el Grande, la guerra recomienza y prosigue con mayor fuerza y encarnizamiento en el reinado de sus débiles descendientes. Para colmo de humillacion, el visigodo Alarico cae sobre Italia y toma á Roma; pero demasiado bárbaro aun para conservar su presa, la abandona, despues de haberla saqueado. Satisfecho con su conquista, no aspira á la posesion. Vence, pero no domina; destruye, pero no edifica. Pasa como una tempestad que no deja detrás de sí mas que estragos por todo rastro de su existencia.

Obedeciendo al impulso general, las tribus del Norte de la Germania,

(1) Amm. Marcelino.—Historia de Roma.
Jornandés.—De Getarum, sive Gothorum, origine et Rebus Gestis.
(2) Amm. Marcelino.
Jornandés.
Socrat.
Teodorit.
Tozomeno.
Zorimo.

reunidas bajo el mando de Radagaso, invaden tambien las Galias. Allí pierde la victoria y la vida su Rey capitan. Sin embargo, las reliquias de su formidable ejército, compuesto de Ostrogodos, Alanos, Suevos, Vándalos, Burgundiones y Rojolanos, acometen con desusado ímpetu á los Francos, que situados en las orillas del Rhin, les disputaban el paso y se oponian á su impetuosa marcha. Al cabo los atropellan, y atraviesan el rio en varias divisiones. Precipítanse los Suevos, los Vándalos y los Alanos, acompañados de los Silingos, sobre nuestra España, de que se hacen dueños fácilmente (1). Los Silingos primero y los Vándalos despues se apoderan del Mediodia de la Península; los Suevos de la parte del Norte y señaladamente de Galicia, á escepcion de algunas provincias, donde fundaron un reino que empezó en Hermenerico y acabó en Audeca (2), y los Alanos del Occidente ó de la Lusitania. Sucedió á estas tres invasiones la de los Visigodos, que se enseñorearon gradual y sucesivamente de toda España (3).

Posteriormente tambien los Vándalos arrancan el Africa á los Romanos y van á colocar sus tiendas sobre las antiguas ruinas de la opulenta Cartago. En las mismas playas donde derramaba lágrimas Escipion, compadecido del grande infortunio de la que un tiempo fue soberana de los mares, Gensérico, Rey de los Vándalos, hace galopar su brioso corcel y pasa revista á sus tropas, cargadas de botin y enriquecidas con los despojos del Imperio (4). Y si fué necesario un Escipion de la familia de aquel, por muchos titulos célebre vencedor de Anibal, para demoler á Cartago, bastó un bárbaro como Genserico, hijo bastardo de una esclava y de un Rey, feo y contrahecho, para vengar semejante acto de devastacion, saqueando

(1) Fernandez.—De Getarum sive Gothorum, origine et Rebus Gestis.
Casiodoro.—Lib. 12, var. ep. 2.
Orosio.—Lib. 7, cap. 39.
Paul. Diac., in Missell., lib. 13.
San Próspero, in Chron.
Marcel., in Chr.
San Isidoro, in Chr. Gothor.
(2) San Isidoro.—Chr. Suev.
Idacio in Chr.
(3) Jornandés.
San Próspero, in Chron.
Zorimo.—Lib. 6.
Casiodoro, in Chr.
Orosio.—Lib. 7, cap. 32.
(4) Jornandés.—D. G. S. Got. O. et R. G.
Otros le llaman Godogisco.

á Roma, contra la cual habia heredado el inestinguible odio de los Cartagineses (1).

Asaltada por los Gepidos, rama de la familia goda, los Burgundiones ó Borgoñones (2), hermanos de los Vándalos, abandonan su antigua residencia entre el Indra y el Vístula, cruzan los bosques de la Germania, y van á situarse, al modo de una Potencia rival, cerca de los adustos alemanes.

Los Longobardos, que habian salido de la Escandinavia, conducidos por sus jefes, Ibor y Ayon, formando luego bajo las órdenes de Alboino una confederacion espedicionaria, compuesta de Gepidos, Búlgaros, Sármatas, Bávaros y Sajones, conquistan á Verona, Milan, Reggio, Plasencia, Parma, Lombardía inferior, Palermo, Calabria y otras provincias de Italia, donde parecian convidarles á fijarse el benigno influjo del clima, el perfumado ambiente de la atmósfera y la fertilidad de las risueñas campiñas (3).

Colocados entre los Suevos y los Sajones, los Francos, de colosal estatura, estienden poco á poco su dominacion en una gran parte de las Galias. Mas temibles por su denuedo que por su número (4), y engreidos con el buen éxito de sus atrevidas empresas, fabrican un trono y tejen una corona para Faramundo, primer Rey de la dinastía de los Merovingios.

Habíanse dividido los Sajones, despues de dar su nombre á la Sajonia, en Ostfalianos y Westfalianos. Famosos aventureros y piratas, se esparcieron pronto del Holstein por toda la costa del Océano. Parte de ellos primero, y despues los Anglos que procedian de las márgenes del Báltico, llamados por los Pictos y Escotos (5) de las montañas de Escócia, hicieron varios desembarcos en la Gran-Bretaña, Brist, donde sucesivamente habian fundado colonias los Combuis, Logrios y Bretones. Pronto se enseñorearon

(1) Papencorde.—*Cronica* Victoris Episcopi Tunnunensis.
Victor Episcopus Vitensis ser...
Luis Marcos.—Historia de los Vándalos desde su primera aparicion hasta la destruccion de su Imperio en Africa.
(2) Toman este nombre de la circunstancia de hallarse divididos y derramados en burgos ó aldeas.
Plinio.—Historia natural.
(3) De Gestis Longobardorum, in Maratori.
Leo.—Historia de los Estados italianos.
(4) Libonio.
(5) Humme.
Oliverio Goldsmith.—Historia de Inglaterra.
Guizot.—Historia de Inglaterra.

de casi toda la isla y dominaron con varia fortuna en ella hasta que pasó al poder de otros aventureros mas afortunados, los Normandos, que parecian haber fijado la victoria bajo las banderas de Guillermo el Conquistador (1). De modo que á consecuencia de esta triple invasion, los Bretones pasan sucesivamente y se renuevan sin desnaturalizarse, del yugo de los Sajones al de los Anglos, del de los Anglos al de los Normandos.

Dividido, vacilante, estenuado por tantos sacudimientos, invasiones y guerras, el Imperio de Occidente caminaba, como se ha visto, á su completa disolucion. A titulo de patricio y defensor, Recimero, el Suevo, nieto de Walia, ejerce una ilimitada dictadura en Roma. Quita y pone Emperadores y hace que la púrpura sirva de mortaja, lo mismo al débil Avito, que al enérgico Majoriano, lo mismo al degradado Livio Severo, que al generoso Anthenio, con cuya hija habia contraido matrimonio (2). Con su ejemplo fué empresa fácil á Odoacro, Rey de los Hérulos, deponer al pusilánime Augústulo, último vástago degenerado de los Césares, y adornarse con la envilecida púrpura romana. Pero pronto un rival mas poderoso le arranca su conquista y la vida. Con la espada que le dió la victoria, funda Teodorico el reino Ostrogodo de Italia, al lado de otros, nacidos de anteriores y recientes conquistas. El águila romana, espulsada de todas partes, rotas las alas y entumecidas las garras, corre á refugiarse en Constantinopla.

Roma deja de ser el centro de la civilizacion y la capital del Imperio de Occidente. La señora del mundo se vé obligada á trocar el cetro y la corona de reina por las cadenas de la esclava. Multitud de pueblos bárbaros se disputan sucesivamente y con furia su posesion, como para deshonrarla y envilecerla. Aunque se complacian en asolar á Italia, sin distincion de comarcas, todos ellos volvian constantemente el pensamiento y la vista hácia la orgullosa capital del mundo, hácia la egregia ciudad de Rómulo y de Numa. Roma parecia atraerlos con una fuerza magnética, irresistible. Bajo está impresion sus jefes y caudillos aparentaban oir una voz interior ó bajada del cielo que les mandaba apoderarse del Capitolio (3). Sin duda era destino de Roma ser presa y víctima espiatoria de los bárbaros. Breno penetra en ella con sus Galos y quiere que compre la salva-

(1) Agustin Tierry.—Conquista de la Inglaterra por los Normandos.
(2) Sidonio Apolinar.
(3) Lozomeno, lib. 1., cap. 6.
Sócrat., lib. 7, cap. 10.

cion á peso de oro : los Volscos, á las órdenes de Coriolano, llegan hasta sus puertas y la obligan á implorar su perdon por medio de dos mujeres : los Visigodos conducidos por Alarico la toman y saquean : los Hérulos y Rojolanos, bajo las banderas de Odoacro, la ocupan y devastan: los Ostrogodos la someten á Teodorico con el filo de la espada : los Vándalos la invaden, insultan, roban y reducen á escombros sus célebres templos, palacios y edificios : los Francos se apoderan de parte de ella y se calientan á la llama de las hogueras que habian encendido con sus mas preciosas reliquias. Y Galos, Volscos, Visigodos, Ostrogodos, Hérulos y Rojolanos, Vándalos, Francos, cada uno de los cuales dejó estampada en el suelo latino una huella de sangre, al arrancar piedra por piedra, todas las del Imperio de Occidente, parecian como destinados á incitar con su ejemplo á otros bárbaros salidos de la Turcomania y de las riberas orientales del mar Caspio, para que concluyeran á su vez 927 años mas tarde con el de Oriente y clavaran el estandarte de la media luna sobre la basílica de Santa Sofía.

Análoga série de trastornos y convulsiones fué esperimentando la Alemania, propiamente dicha. Los Suavos ocupan la Suavia y la Alsacia. Sitúanse los Bávaros entre los Alpes y el Danubio, y se estienden por las provincias de Baviera y Austria. Los Turingios, descendientes de los godos, toman posesion de la Turingia y de los bosques de Hértz. Cada uno de estos pueblos hablaba su dialecto particular, pero análogo al de los demás, cuyo conjunto formó en tiempo de Carlo-Magno el idioma tudesco, bastante parecido al gótico, que luego desapareció en medio de las conquistas, y de que solo queda un documento, testimonio precioso de su existencia (1).

Por otra parte, los Sajónes se hacen dueños de la Westfalia y de las orillas del Elba. Ciméntase el poder de los Frisones en las costas de Batavia y dominan hasta la desembocadura del Rhin. Siguiendo el ejemplo comun, los Noruegos, Dinamarqueses y Suecos se reparten las dos Península del Norte y las innumerables islas del Báltico.

A favor de estos sucesos, el resto de Alemania empieza á ser insensiblemente invadido por los pueblos de raza eslava, de suyo indolentes, imprevisores y sumisos (2), pero que cobrando ánimo y exaltados, sin duda, por el olor de la sangre, que por todas partes corria, se apoderan del

(1) La Biblia traducida por Ulfilas.
(2) Procopio.

territorio situado al oriente del Elba y del Danubio. Familia desheredada en un principio y compuesta de verdaderos ilotas de los Ávaros, quienes disponian á su antojo de sus hogares y de sus mujeres (1), no dió señales de existencia hasta despues de la derrota de Atila. Apareció entonces, dividida en tres ramas, la de los Venedos, la de los Antos y la de los Eslavicios. Se espresaba en un idioma desconocido á la sazon, pero que fué adoptado posteriormente por todos los pueblos comprendidos entre el Adriático y el mar Glacial, y hablan hoy setenta millones de almas. Eran los eslavos gente astuta y maleante que se distinguia por su aficion al fraude y al merodeo. Poseidos del espíritu de destruccion, demolian y arrasaban cuantas ciudades caian en su poder, como lo atestiguan las ruinas de Scardano, Norona, Salena y Espidaura. Enemigos crueles y falsos aliados, esposos tiránicos y padres sin entrañas, el dia en que empezaron á figurar en la historia, fue la señal de nuevas calamidades y catástrofes para el Continente europeo.

(1) Churiis ad hiemandum annis singulis in Slavos venientes uxores et filias eorum stratu sumebant tributa super alias oppressiones eis solvebant.
Fred ey-Chvou.

CAPITULO III.

ORÍGEN DE LOS GODOS.

Con menos palabras que ideas, he procurado esponer las causas de la disolucion del Imperio romano y de las victorias conseguidas por los pueblos bárbaros, que sucesivamente y con mayor ó menor fortuna fueron adjudicándose sus ensangrentados despojos. Entre los que principalmente concurrieron á esta obra de destruccion, figuran los Godos, cuyas espediciones, guerras y conquistas llenaron un periódo de varios siglos, y ejercieron notable influjo sobre la suerte del Continente europeo. Pero ¿cuales fueron el origen y la patria de aquella gente guerrera y organizadora, dividida en dos grandes familias, uno de cuyos jefes ostentó la corona de los Césares sobre su cabeza todavia cubierta con el polvo de los bosques germánicos, y otro echó en España los primeros cimientos de un poderoso reino? ¿De dónde vino ese pueblo que sepultado en los campos del Guadalete á los golpes de la cimitarra agarena, despues de haber fundado en nuestro suelo una monarquía que duró tres siglos, resucita en las montañas de Asturias, reconquista el territorio perdido, crea otra patria, restablece el culto y la religion del Crucificado, convirtiendo en templos y basílicas las

mezquitas consagradas al falso profeta, descubre un nuevo mundo, conquista parte del antiguo y llena ambos hemisferios con la fama de su nombre y los laureles de sus victorias?

Sobre este punto de no escaso interés é importancia, hállanse divididas las opiniones y obligados los historiadores á discurrir sobre conjeturas, por falta de datos seguros y fidedignos. Los antecedentes y la primitiva existencia de los Godos, así como los de otros muchos pueblos que se señalaron en los últimos tiempos del Imperio, nos son desconocidos, aunque puedan racionalmente inferirse de su fisonomía, de su idioma y de su historia. Todo induce á creer, de acuerdo con los mas autorizados críticos modernos, que pertenecian á la familia Indo-teutónica (1), una de las ramas en que se divide la raza caucasiana, que eran oriundos de los valles del Himalaya (2) y que procedian, al venir á Europa, de las estensas y en el dia cási desiertas comarcas situadas al Oriente y Norte del mar Caspio, á que los romanos habian dado el nombre de Escitia Asiática, para distinguirla de la Escitia Europea (3), comprendiendo, á mi juicio, bajo esta denominacion genérica, no solo á las dilatadas regiones al Este del mar Caspio, sino á la Iberia, á la Albania, á la Sarmacia, á parte de la Tartária, y á otros pueblos del Cáucaso.

Pero de aquí no debe deducirse, como lo han hecho algunos críticos, cuya opinion examinaré luego, que eran diferentes de aquellos belicosos germanos, á quienes, por un error de que participaba Tácito, se suponia indígenas de las regiones que se estendian desde el Danubio hasta el Occéano Septentrional, en los primeros siglos de la era cristiana. Los Godos tenian estrecho parentesco con los titulados Germanos, entre quienes figuraban y sobresalian. Unos y otros eran ramas del mismo tronco, descendian quizás de aquellos montañeses persas, de quienes nació el famoso Ci-

(1) Eichhoff.—Literatura alemana de la edad media.
Grimm.—Origen de la antigua poesía alemana.
Aschbach.—Historia de los Visigodos.

(2) A esta raza pertenecian los primitivos Asirios, Persas, Armenios y otros pueblos conquistadores que ocuparon la antigua India, y algunos de cuyos restos fueron á establecerse en la situada hoy á orillas del Ganges.

(3) Por eso hasta el mismo Jornandés, aunque equivoca las fechas, dice que se los consideraba como Escitas.
Don Martin Ulloa, suponiéndolos verdaderos Escitas, pone su origen entre el mar Caspio y el mar Negro.
Esta opinion siguió Pludkerton en su obra titulada «Investigaciones sobre el origen de los Escitas ó Godos».

ro (1), habian venido del Sudoeste de Asia, y pasaron indudablemente á Europa en el intérvalo de varios siglos, por efecto de esas emigraciones periódicas de Oriente á Occidente, que consigna la historia del género humano. De modo que se halla desmentida, tanto la opinion de aquellos, que como Jornandés, los hacen originarios y naturales de la Escandia, antes Baltia y ahora Suecia (2), como la de cuantos pretenden atribuirles un línage distinto del de los germanos.

Que los Godos eran de origen Indo-teutónico, lo dicen y publican claramente su antiguo idioma y sus seculares tradiciones. El mismo nombre de godo que en su lengua significa *generoso*, se deriva de la palabra *Cadelhas*, que en el dialecto índico quiere decir puro (3). Tambien las denominaciones de las principales familias dinásticas de sus reyes, los *Baltos* y los *Ámalos* tienen sus equivalentes testuales en las palabras indicas *Balt*, valiente y *Ámalos* sin mancha. Comparando además el gótico con el teutónico, pronto se viene en conocimiento por razon de su analogía de que la matríz de ambos es el antiguo idioma sanscrito y el teudo, de cuyo tronco comun salieron las principales lenguas de la Europa germánica (4).

(1) La residencia de las tribus godas en la Persia y lo que de Persas tenian, se echa de ver en la estructura de su idioma, compuesto de el sanscrito y el zeudo, que un sabio orientalista moderno acaba de reconstituir y sacar del olvido; en su mitología y en algunas de sus instituciones públicas. Es de notar tambien que los individuos de uno de los pueblos montañeses de la Persia se denominaban *Germanios*, cuyo nombre me induce á creer que de ellos procedian los conocidos en Europa con el nombre de Germanos.

Consúltese á Xenofonte, Herodoto, Clesias, Diodoro, Polibio.

(2) De Getarum, sive Gothorum, origine et Rebus Gestis.—Jornandés.

Juan Magno.—Historia de los Godos y los Suevos.

Mariana —Historia de España.

Saavedra Fajardo.—Corona Gótica.

Don Ignacio Lujan en el primer tomo de las Memorias de la Academia de la Historia, sostiene tambien el error de que la patria nativa de los Godos fué la Escandinavia. De este parecer han sido

Montesquieu.

Robertini.

Giblou, y otros muchos.

(3) Eichhoff.—Literatura alemana de la edad media.

Grimm.—Gramática Germánica.

Muller —Las matrices germanas y sus príncipes.

(4) César Cantú en su Historia Universal refiriéndose á las razas Goda y Teutónica, dice: Aparecieron las razas de los Godos y Teutones que una larga separacion ha hecho hasta cierto punto diferentes, aun cuando el lenguaje atestigua su comun origen.

Historia Universal — Germania.

El erudito Mr. Eichhoff consigna esta opinion de acuerdo con la mia en el curso que esplicó en 1836 y 1837 en la facultad de letras de París.

Echemos una ojeada sobre la lengua de los Godos, sobre este tipo de los idio-

Carecen, pues, de fundamento las conjeturas que forman sobre el origen del pueblo godo, los autores del juicio crítico que precede al *Fuero Juzgo* y sirve como de prólogo á la coleccion de códigos españoles, publicada en 1847. Nace la primera y mas grave equivocacion en que han incurrido, de suponer á los Germanos hijos de Europa y de raza céltica, cuando todos ellos procedian, sin disputa, del Asia, y eran ramas de la familia indo-teutónica, como lo hemos espuesto y demostrado en el anterior capítulo, con razones y datos irrecusables. Y no era otro el orígen de la misma familia celta. Por algun tiempo y cuando no se habian hecho tantos adelantos en los estudios filológicos, se consideró á esta como indígena del pais situado entre el Rhin, el Ródano y el Atlántico; pero las últimas investigaciones científicas han demostrado que fué la primera emigracion índica que penetró en nuestro Continente. Compartida en dos troncos que tomaron diferentes direcciones, el de los Galls y el de los Cimbros, acertó á fijar el centro de su dominacion en las Galias, donde fundó los estados de los Einos Secuos, Arveruos y Helvéticos, de que habla César en sus comentarios. De ahí difundiéronse los primeros en Italia, bajo la denominacion de Ombrios y llegaron á las Islas Británicas con el nombre de Gaells. Sus sucesores invadieron mas tarde esas mismas islas, llevando el título de Bretones, y espulsaron á sus compatriotas que les habian precedido, forzándoles á retirarse al Norte. Obligados los Celtas á someterse al poder romano, y subyugados luego por los pueblos germánicos, solo un corto número de ellos conservó á duras penas su primitivo idioma y un resto de independencia.

Partiendo, pues, de suposiciones insostenibles bajo cualquiera concepto que se consideren, los autores de la coleccion de Códigos reputan á los Godos por un pueblo diferente de los Germanos, oriental como los Hunnos y de la misma familia que los Alanos, cuyo retrato, hecho por Ammiano Marcelino, reproducen para probarlo, sin advertir que ninguna semejanza tienen en cuanto al aspecto físico y cualidades morales, ni con estos ni con aquellos feroces aventureros.

mas germánicos, lo que podemos hacer con tanto mas fruto cuanto que todo lo que tenemos que decir en este punto, se aplica naturalmente con cortas variaciones á las lenguas alemanas, inglesa, holandesa y sueca.

Litterature allemande au moyen âge.

Veasé además á Ponponio Melo. *De situ orbis.*

Maier.—Germanicus Uwerfassun.—Leipsik.

Wihelm.—*Germanicus uni seine Bewohner.*

Weimar 1823.

Leiden.—*Gesch de des Deustchen volks.*—Gotha 1826.

Los Godos en nada se diferenciaban sustancialmente de los demas Germanos, pintados por el maestro pincel de Tácito. Segun San Próspero, San Isidoro, Mariana, Saavedra Fajardo y otros historiadores antiguos y modernos (1), tenian aventajada estatura, noble presencia, color blanco, largos y rubios cabellos y la barba roja, cuyos rasgos, propios de la raza Indo-teutónica, se hallan conformes con la gráfica descripcion que hace de los pueblos bárbaros de la antigua Alemania, el autor *De moribus Germanorum : et cærulei oculi, rutilæ comæ, magna corpora.*

Por el contrario, los Hunnos reprodnoen la fisonomía del Calmuco, á quien no debe confundirse con el hombre de raza Indo-teutónica, perteneciente á las dispersas tribus de la Persia, de la Asiria y de otros grandes Estados del Sudoeste del Asia, que despues de destruida su antigua civilizacion, ocuparon la llamada hoy Tartaria independiente y parte de la Escitia, desde donde se derramaron, segun todas las apariencias, por las regiones occidentales y septentrionales del Asia, y atravesando luego en varias direcciones y diferentes épocas las estrechas gargantas del Cáucaso, las puertas del Tauro (2) y la cadena de los montes Urales, invadieron unas tras otras el Oriente y Norte de Europa en busca de nuevas tierras y peregrinas aventuras (3). En efecto, la descripcion que hace el mismo Ammiano Marcelino de los súbditos y compatriotas de Atila, no deja la menor duda acerca de que estos pertenecian á una raza distinta de la Goda, á que profesaron siempre inveterada antipatía y profunda enemistad.

«Los Hunnos, dice, esceden en ferocidad y barbarie á cuanto pueda imaginarse de bárbaro y de feroz. Surcan profundamente con un hierro

(1) Los Godos tienen cándido cútis, largos y rubios cabellos, grande estatura, semblante noble.

San Gerónimo.—Segunda parte del Cronicon.

Son los Godos ordinariamente de cabello y barba roja y color blanco como los demas pueblos de Alemania, con quienes tiene su lengua y semejanza.

Mariana.—Historia de España.

Los individuos de aquella nacion eran sutiles, prudentes y constantes, mas dispuestos á engañar que á ser engañados : los cuerpos robustos y blancos, cuyos poros cerrados con el rigor del frio abundaban en sangre y crieban espíritus atrevidos y generosos.

Saavedra Fajardo.—Corona gótica.

San Isidoro.—Historia de regibus Gothorum, Vandalorum et Suevorum.

(2) Etiam ubi dehiscio seque populis aperit, portarum tamen nomine unitatem sibi vindicans.

Plinio.—Historia natural, lib. 5.°

(3) De la Escitia asiática salieron, despues de haberla ocupado temporalmente, multitud de pueblos de raza indo-teutónica, como los Godos, de raza Meda como los Sármatas, de raza Mongólica como los Hunnos.

las mejillas de los reciennacidos para que con las cicatrices no llegue nunca á crecerles el vello del rostro, por cuyo motivo conservan los hombres de esta nacion lisa y despoblada la barba, lo mismo en la infancia que en la vejez, como los degradados eunucos. La configuracion de su cuerpo rechoncho, á que acompañan unos enormes miembros superiores, y una cabeza en estremo voluminosa, les dá el aspecto de mónstruos. Parecen fieras de dos pies ó aquellos figurones de madera toscamente trabajados, con que suelen adornarse las antepechos de los puentes (1).»

Sidonio Apolinar ha dejado tambien, cerca de cien años despues, la siguiente pintura de los Hunnos:

«Su alma y su cuerpo arrojan amenazas. El rostro de los niños, tan generalmente lleno de dulzura, se distingue del de los demas por su aire de ferocidad. Una masa redonda que termina en punta, dos cuevas abiertas debajo de la frente, donde en vano se buscarian ojos, y una escrecencia informe y achatada entre las mejillas : hé aqui la cabeza del Hunno (2).»

Jornandés bosqueja asi su fisonomía:

«Su color es horriblemente negro; su cara parece mas bien una masa informe de carne, que un rostro humano, y tienen unos agujeros por ojos:

Terribilitate fugabant, eo quod erat eis species parenda nigredine, sed velut quædam, si dici fas est, deformis offa, non facies, habensque magis puncta quam lumina.»

Otro historiador habla de ellos en estos términos:

«Tienen el cuerpo erizado de pelos, el aspecto terrible, los ojos amenazadores, las mejillas surcadas y quemadas con un hierro candente y la barba rapada (3).»

¿En qué se parecen estos séres deformes á los arrogantes conquistadores de España é Italia? En nada, absolutamente en nada. Separa á los

(1) Ubi quo quam ab ipsis nascendi primitiis infantum ferro sulcantur altius gente, ut pilorum vigor tempestivus emergens corrugatis cicatricibus hebebetur, senescunt imberbes, absque ulla venustate, spadonibus similes : compactis omnes firmisque membris et oprimis cervicibus : prodigiosæ formæ et pandi ut bipedes existimes bestias, vel quales in commarginandis pontibus effigiati stipites delantur incompte.

Amm. Marc., lib. XXXI.

(2) Gens animis membris que minax : ita vultibus ipsis.
Infantum sensui horror inest. consurgit in aretum.
Massa rotunda caput : geminis sub fronte cavernis visus adest oculis absentibus...
Sid. Apoll.—Carm,, 2, v. 24.

(3) Callimachus.—Atila.

unos de los otros la misma distancia que hay entre el hombre blanco de raza sajona y el indígena negro de casta africana.

Todavia resalta mas, si cabe, tan señalada diferencia, comparando el curioso retrato que nos ha dejado el obispo y poeta Sidonio Apolinar, del famoso Teodorico, rey visigodo, con el del feroz Atila, que debemos á la pluma de Jornandés.

«La estatura de Teodorico, dice el primero, es mediana y proporcionada. Cubre su cabeza una cabellera crespa, larga, levantada hácia la frente y formando por la parte de atrás gruesos bucles que resguardan y azotan, al parecer, sus orejas. Coronan sus ojos pobladas cejas, y cuando baja los párpados sus largas pestañas le llegan casi hasta la mitad de las mejillas. Tiene la nariz graciosamente aguileña, chica la boca, blancos y muy iguales los dientes, la tez clara, sonrosada y de una frescura juvenil, ancha espalda, delgado talle, vigoroso muslo, pierna nerviosa y pie estrecho. Cuida de que el barbero le corte diariamente los pelos que nacen dentro de la nariz y de que le afeite la barba hasta las sienes, dejando solo crecer dos luengos mechones de pelo espeso y abundante.»

Volvamos ahora la vista al retrato de Atila, hecho por Jornandés: «Era bajo y ancho de hombros, con la cabeza abultada, los ojos pequeños y hundidos, la barba despoblada, la nariz chata y el color casi negro. Así la postura de su cuello, que erguía y echaba hácia atrás, como las miradas que paseaba á su alrededor con inquietud y curiosidad, comunicaban á su fisonomía cierto aire de fiereza y arrogancia (1).

La forma de la nariz, el color de la tez, la calidad de los cabellos y la presencia del visigodo Alarico, ofrecen los caracteres distintivos del tipo indo-germánico en toda su pureza, al paso que las angulosas y aplastadas facciones, el atezado rostro, la falta de barba y los desproporcionados miembros de Atila, convienen únicamente á la casta mongólica.

Basta comparar una con otra las figuras de estos dos tan famosos monarcas, para cerciorarse de que los Godos no eran un pueblo oriental, como el de los Hunnos, por mas que ambos procedieran del Asia, patria comun de todas la tribus independientes y hordas guerreras que en mayor ó menor parte concurrieron á la disolucion del Imperio romano.

(1) Forma brevis, lato pectore, capite grandiosi, minutis oculis, rarus barba sineo naso, utor colore.
Erat.... superbus incessu, hac atque illuc circumferens ut elati potentia, pro quoque motu corporis appareret.—Jorés.—C.

Ademas de que los Godos eran lo opuesto de los Hunnos, en cuanto al aspecto físico, señal inequívoca con que la naturaleza ha querido distinguir y separar á las razas, tenian otros muy diferentes instintos, hábitos y costumbres. Apenas la casualidad y las vicisitudes de la vida los pusieron frente á frente, se despertó en ellos con invencible fuerza, no solo el antagonismo natural entre contrarios, sino el odio inestinguible de casta. (1) Los Godos designaban á los Hunnos con los epítetos mas insultantes, en que se traslucia, sin embargo, cierto temor supersticioso. Sus poetas é historiadores, llamados Escaldos, referian acerca de tan detestables enemigos en sus romances y baladas todo género de fábulas, que se propalaban, y difundian como si fuesen hechos positivos, evidentes. Contábase entre otras cosas, que en los tiempos del Rey Filimero ciertas mujeres diabólicas, tenidas por brujas, *all-runens*, habiendo sido proscritas y relegadas al fondo de la Escitia, encontraron allí á espíritus inmundos que vaguban por los desiertos, con quienes cohabitaron y de cuyo impuro consorcio nació la casta feroz de los Hunnos, especie de mónstruos, engendrados en los pantanos, diminutos, contrahechos, horrendos, que únicamente pertenecian al género humano por el uso de la palabra (2). Por su parte los Hunnos aceptaban este orígen y hasta les complacia que se les atribuyese un poder sobrenatural y diabólico.

Desde tiempo inmemorial se han disputado el Imperio del mundo dos castas, preponderantes y activas, de las cinco principales en que se halla dividida la especie humana, á saber: la raza caucasiana, cuya sangre corria por las venas de los Godos, y la raza tártara-Mongólica, de que eran los Hunnos; madre la primera de individuos inteligentes y bien configurados, compuesta la segunda de séres imperfectos, y en muchos casos, deformes, pero enérgicos, atrevidos y emprendedores. De la una han

(1) Ouia.—His tirorum adversus paganos.

(2) Filimor rex Gothorum... reperit in populo suo quasdam magas mulieres quas patrio sermone Alirumnos is ipse cognominat; easque habens suspectas, de medio sui proturbat, longeque ab exercitu suo fugatas, in solitudinem coegit terræ. Quas spiritus inmundi per eremum vagantes dum vidissent, et earum se complexibus in coitu miscuissent, genus hoc ferocissimum edidere; quid fuit primum inter paludes minutum tetrum, atque exile, quasi hominum genus, nec alia voce natum, nisi quæ humani sermonis imaginem assignabat.

Jornandés.—*De Getarum sive Gothorum origine et Rebus Gestis*: cap. XXIV.

Calimachus asegura que los Hunnos fueron engendrados por algunos faunos y sátiros que tuvieron trato carnal con ciertas mujeres maravillosas, llamadas por los Escitas *Alirumnæ*, hechiceras.

P. Calimachus.—Mit.

salido los Ciros, los Alejandros, los Césares, los Carlo-Magnos, los Alaricos: de la otra los Atila, los Tchinghiz-Khan, los Timur (1).

La caucasiana, de que han venido á resultar multitud de ramas y familias por efecto de sus vicisitudes históricas y mezclas con otras, puede considerarse como una raza privilegiada, cuya superioridad física é intelectual la hace sobreponerse á las demas donde quiera que aparece, y ser el obrero providencial de la civilizacion. Dotados los hombres de esta raza de un ángulo facial de ochenta á ochenta y cinco grados, que indica su poderosa organizacion y el considerable desarrollo de su cerebro, son capaces de acometer y llevar á cabo las mas árduas y estraordinarias empresas. A ellos se deben la fundacion de los grandes Imperios, las conquistas que han variado en diferentes épocas la faz del mundo y los progresos del género humano. En Asia la raza caucasiana, bajo el nombre de Semítica, levanta en el corazon del Araxes, detrás de siete murallas, á la fastuosa Ecbatana, residencia régia; en las márgenes del Irac á Persópolis, corte monumental de los sucesores de Ciro; en las fértiles llanuras que baña el Tigris á Ninive, la gran ciudad, con sus mil quinientas gigantescas torres, y sobre ambas orillas del Eufrates á Babilonia, emblema de la magnificencia asiria, la maravilla de Oriente con sus bosques de palmeras, sus templos alegóricos, sus palacios de pórfido, sus puentes colgantes, sus jardines aéreos y sus perfumados canales; constituye mas abajo del Cáucaso el colosal poder de los Persas, que despues de haber absorbido al Imperio Medo, domina con sus armas é inspira con su espíritu desde la Mesopotamia hasta el Ganges, y desde el Ganges hasta las bocas del Nilo; conquista la tierra de Promision y abre al pueblo proscrito de Israel, á despecho de los Gebuccos, las rebeldes puertas de Jerusalen, centro de la civilizacion hebrea; sirve para albergar en el frágil molde de una criatura humana la divina esencia del Hijo de Dios, quien, al sacrificarse por redimirnos del pecado, quiso regenerar al hombre con su ejemplo é iluminarle con la luz del Evangelio, y produce, en fin, bajo el ardiente cielo de la Siria, con el califato, la exuberante y florida cultura de los árabes, de que ofrecen el triple símbolo Bagdad, Córdoba y Granada: entre el litoral del Mediterráneo y las vertientes del Líbano edifica á la opulenta Sidon y la soberbia Tiro, emporios del comercio, cuyos innumerables bazares, saludados por el vien-

(1) Consúltese Bory de Saint-Vincent.
Desmoulins.—Hist. natural de las razas humanas.
Lesson.—Manual de mamalogia.

to y las olas, ostentaron al lado de otros frutos de remotos climas, la púrpura indigena, el ámbar de Oriente y el oro de Ofir : en las costas de Africa echa los cimientos de la célebre Cartago, la patria de Anibal, la rival de Roma, la reina pirata del mar, al que oprime con sus numerosas escuadras y obliga á ser para ella un elemento de riqueza, predominio y civilizacion : en el antiguo Egipto, en aquella tierra de alegorías y geroglíficos, de que eran elocuentes sarcófagos las Pirámides y magníficos santuarios Tebas, Menfis y Heliopolis, improvisa un reino célebre, en medio de pueblos etiopes, y enriquece al género humano con los secretos que le descubre el estudio de las ciencias, de las artes y de la agricultura : en Europa ostenta su actividad, su ingenio y sus facultades creadoras dando vida á las Repúblicas de Grecia y Roma, cuya historia forma un poema, y quienes asombran, dominan é ilustran al Universo con sus héroes, con sus filósofos, con sus oradores, con sus poetas, con sus artistas, y por último hace brotar de las ruinas del Imperio látino á la sombra de la Cruz salvadora, las naciones modernas del Continente que caminan á la cabeza de la civilizacion del siglo, que han encontrado un nuevo mundo y peregrinas regiones en las no antes surcadas olas del inmenso Océano; que han descubierto la atraccion, la gravedad y el mecanísmo del Universo; que con el auxilio, en fin, de la imprenta, de la tribuna, de la cátedra, del vapor, de la electricidad y del magnetismo, acumulan los tesoros científicos de las generaciones pasadas, hablan con las edades venideras, y transforman, á medida de su deseo, las leyes de la naturaleza.

La raza Tártaro-Mongólica, aunque muy superior en sus infinitas variedades, á la raza negra ó africana, de suyo limitada, y á la raza Malaya, harto débil é indolente, es mas á propósito para hacer conquistas que para fomentar la civilizacion. Indigena de la Tartaria Oriental, se agolpa y ciñe en forma de una cadena viviente á las comarcas aurelianas (1), invade el Nor-este de Europa en sus infatigables caballos, al modo de los Centauros de la fábula, acomete al Imperio romano á las órdenes de Atila, y causa en los pueblos latinos el efecto de una aparicion de fantásticos mónstruos; se estiende como una lengua de fuego desde los montes Urales al cabo Norte, del Volga al mar Blanco, y deja sembrada, regándola con

(1) Ptolomeo señala una tribu de *Khoum* ó Hunhos á las inmediaciones del Dnieper hácia el siglo II de la Éra cristiana, lib. III, cap. 3.
Deuigs Perieg. lib.

torrentes de sangre, la semilla que ha producido á los Magyares ó Húngaros, á los Fineses y á otros pueblos de la misma estirpe (1). Mas tarde, bajo los negros pendones, primero de Dschengiz-Khan y luego de Timur, se apodera de la China, cuyas fronteras desprecia y salva; domeña parte de la India y planta sus movibles tiendas á orillas del caudaloso Ganges; recorre, precedido por el terror y acompañado de la victoria, la Persia y la Mesopotamia; somete á la Siria y la Palestina; saquea á la antigua corte de los Abasidas; devasta la Rusia é incendia á Cracovia (2); cae sobre el Asia Menor; vence á los Turcos; humilla á Constantinopla y hace temblar á las regiones orientales y á los Estados de Occidente (3).

Tampoco juzgo admisible, aunque parezca menos estraviada, la opinion de que los Godos fuesen de la raza de los Alanos, segun presumen y sostienen los autores de la disertacion crítico-histórica que nos ocupa. En mi concepto, los Alanos, que habian impuesto su nombre, á imitacion de los Persas, á muchas y diferentes tribus (4), no eran sino unos vástagos de raza Escítica mas ó menos próximos, mas ó meno distantes, mas ó menos adulterados de los indómitos Osetos (5) y antiguos Albanos (6). Habitaron durante algun tiempo mas allá del Istro en medio de interminables y pavorosos desiertos. Su aspecto y su fisonomía recordaban á aquellos Osactrios y Escitas, cuyas erizadas barbas, largos y flotantes cabellos y enorme corpulencia daban tanto cuidado á Parmenion antes de la batalla de Arbela (7). Eran enemigos terribles y no inferiores á los Hunnos en las refriegas, distinguiéndose entre todos ellos por sus bárbaras prácticas é instintos feroces, los *Agathirsos* que se pintaban de azul el cuerpo y los cabellos, los *Gelones* que desollaban á sus prisioneros para hacerse vestidos con su piel y

(1) Katona.—Historia crítica primorum Hungariæ ducum.
Pray.—Historia regni Hungariæ.
Madlhach.—Historia de los Magyares.
(2) D'Ohosson.—Histoire des Mogols, depuis Dschenguiz-Kham jusqu' a Timur.
Hammer.—Historia de la Horda dorada.
(3) Hammer.—Historia del Imperio otomano.
(4) Amm. Marcelino.—Historia de Roma, lib. XXXI.
(5) Los historiadores refieren que los Osetos eran tribus Escíticas que ocupaban el centro del Cáucaso en la época de Darío. Mas tarde fueron conocidos en Europa bajo la denominacion de Alanos.
Ptolomeo.—Herodoto.—Diódoro Ctesias.—Estrabon.—César Cantú.
(6) Weber.—Historia universal.
(7) At interdiu primum terribiles ocurduras facies Scytarum Bæctrionorum: hista illis ora *et intensas vomas esse; præterea eximiam vastorum magnitudinem corporum.*
Quinto Curcio.—De rebus gestis Alexandri Magni Regis Macedonum, lib. IV.

forrar las sillas de sus caballos, y los Antropófagos, que se alimentaban de carne humana (1). Parecíanse en las costumbres á los Sármatas y á otros pueblos de la numerosísima familia Escítica, á quienes los Persas dieron el nombre de *Sacios*, esto es, perros en su idioma (2), como lo acredita la misma descripcion que hace Ammiano Marcelino, repetida al modo de argumento, en favor de sus á todas luces erradas conjeturas, por los críticos de la coleccion de Códigos españoles. Cuanto refiere el autor latino de los Alanos, conviene perfectamente, no á los Godos, sino á los Sármatas, que como los primeros, tenian una vida errante; y en sus vagabundas escursiones caminaban los hombres á caballo, las mujeres y los niños en carros, llevando sueltos y delante sus rebaños, se alimentaban de carne, maíz y á veces de la sangre de sus corceles, y adoraban al dios de la Guerra bajo la figura de una espada (3).

Sin embargo, los críticos, de que trato, siguiendo á Procopio y Ferrera, quieren que no solo los Alanos, sino tambien los Sármatas sean de raza Goda, quizás porque se encuentra á los Godos, mencionados algunas veces en la historia con el título de Sármatas, sin tener presente que los Romanos solian designar á los conquistadores de Italia y España, como á otros pueblos bárbaros, bajo diferentes denominaciones, segun los varios paises donde temporalmente residian, el género de impresion que en ciertos casos les causaba su presencia, las gentes que se les unian, el traje y otras esterioridades con que á sus ojos se presentaban. Confundiéndolos unas veces con los pueblos de que se habian hecho árbitros y señores, creyéndolos otras oriundos de las regiones que accidentalmente ocupaban, desfigurando otras su nombre por no saber pronunciar los de la lengua teutónica, cuyo acento gutural lastimaba sus delicados oidos, los llamaron Getas, Escitas, Sármatas, Traces, Germanos, Guttones, Dacos y Gotones (4).

En prueba de esta asercion, observaré que solian hacer á los Godos naturales de la Dacia, cuyos moradores eran indistintamente denominados antes del siglo IV, Dacos ó Escitas, opinion que esforzó Aurelio Victor en su Graciano, siendo digno de notarse que tambien los señores del mundo daban al-

(1) Amm. Marcelino.—Historia de Roma, lib. XXXI.
(2) Diodoro.—Ptolomeo.—Estrabon.
(3) Amm. Marcelino, lib. XXXI.
Quæ omnia diversa Sarmatis sunt in plaustro equoque viventibus....
Tácito.—*De moribus germanorum.*
(4) Luego, al designar los Godos, aplicaron á cada tribu el calificativo que les correspondia, denominándolos Godos, Thervineos, Gruthongos, Turingios.

gunas veces el nombre genérico de Dacia, bien á tal ó cual provincia del Imperio por motivos especiales (1), bien á todo territorio ocupado por enemigos de Roma, y principalmente al dilatadísimo que se estendia desde las orillas del Eufrates hasta las márgenes del Rhin (2); que varios escritores latinos con quienes concuerdan Luis Vives y otros (3), afirman que los Godos eran Getas, los Getas Dacos (4) y los Dacos verdaderos Escitas; que al decir de Plinio se conocia antiguamente con el título de Escita no solo á los Godos y Sármatas; sino á todos los Germanos (5), lo cual indica que en tiempo de este célebre naturalista y mucho antes se sospechaba el orígen asiático de las tribus que componian la Germania descrita por Tácito, cuyos dialectos, nacidos del Godo y del Teuton, atestiguaban su comun parentesco (6); que los Romanos aplicaron durante varios siglos el calificativo de Escitas y Sármatas á cuantos pueblos trashumantes y belicosos, cualesquiera que fuesen su orígen y su raza; ocupaban en Europa la orilla oriental y residian en Asia mas allá de la Occidental del Don ó Tanais, límite natural entre uno y otro continente; y por último que, segun el testimonio de Estrabon, el apodo colectivo de Escita vino á significar todas

(1) Aureliano bautizó á la Mesia con el nombre de Dacia, obligando á establecerse en ella á los Romanos que ocupaban la que así se llamaba en tiempo de Trajano.

Flavio Vopisquo.—Vida de Aureliano.

Gibbon.—The history of the decline and fall of Roman Empire.

(2) César Cantú.—Historia universal-Germania.

(3) Dion Casio.

Marcian Capelo.

Filostorgio.

Luis Vives.—Comentarios sobre los libros de la ciudad de Dios.

(4) *Aldas Gette, Daci Romani dicti.*

Plinio.—Hist. nat., lib. IV.

(5) *Scytarum nomen usque quoque transit in Sarmatas atque Germanos.*

Pero al describir Plinio los pueblos Escíticos, considera como de razas diferentes á los Getas ó Godos, á los Sármatas y á los Alanos.

Ab eo in plenum quidem omnes Scytarum sunt gentes: variæ tamen librii appossita temuere, allias Gette, Daci Romanis dicti, alias Sarmatæ....

(6) Véase:

Scholozer.—Hist. del Norte.

Adelung.—Hist. ant. de los Teutones.

Strittes.—Memoriæ populorum olim ad Dannubium incolentium ex scriptoribus historiæ byzantinæ erutæ et collectæ.

Heling.—Hist. de los Escitas y Alemanes hasta nuestros dias.

las gentes septentrionales (1), asi como el de Etiope las del Mediodia (2).

La opinion que combato haria únicamente fuerza en e caso de demostrarse que los Sármatas, á quienes Plinio suponia descendientes de los antiguos Medos (3), eran iguales ó á lo menos parecidos á los Godos. ¿Y puede darse esto por cosa cierta y averiguada? No : en cuanto al género de vida doméstica y social, nadie sostendrá que siguieran el ejemplo de los Sármatas ni los Godos que residian en la Escandia hácia los últimos tiempos de la decadencia del Imperio, ni los que ocupaban la Dacia y las mágenes del Danubio. Tocante al aspecto físico, los Sármatas, segun Hipócrates, eran morenos, de corta y desproporcionada estatura, de temperamento linfático, carnes flojas y poco fecundos (4), cualidades personales que de ningun modo convienen ni caracterizan á los Godos, como lo persuaden y confirman los anteriores retratos.

Ni Plinio, ni Ammiano Marcelino incluyen á los Godos en las minuciosas reseñas que hacen, el uno de los Escitas y Sármatas, al describir el golfo Escítico y las orillas del Tanais (5) y el otro de los pueblos Alanos, con motivo de la irrupcion de los Hunnos (6). ¿Parece acaso verosímil que dejaran de mencionarlos al tratar de estas tan fieras Naciones, si los hubieran considerado como una tribu procedente de cualquiera de ellas? Por su parte Guizot en la Historia de la civilizacion de Europa, asegura que los conquistadores del Imperio hácia el siglo V, eran todos de la misma raza, todos Germanos, escepto alguna que otra tribu eslava, como por ejemplo, la de los

(1) Estrabon.
Segun Plinio, el Océano septentrional bañaba la Escítia tomando el nombre de mar *Amalchio*, que quiere decir Congelado.
Amalchium eum Heraltœus appellat Parapomiso amnequæ.
Scythiam alluit, quod nomen ejus gentis lingua significat congelatum.

(2) Es de notar, sin embargo, que ya Trebellio Pollion en la vida de Galiano y otros escritores, lejos de confundir, distinguen á los Godos de los Escitas, como lo prueban las siguientes palabras:
Gothis vagantibus per Iliricam occurrit et fortuito plurimus. Quæ comporto Scytha facta carragine.

(3) Colmet Sarmata Medorum ut ferunt, soboles et qui in multa genera divisi.
Plinio.—Hist. natural.

(4) De aquis et locis....
Hipócrates

(5) Plinio.—Hist. nat., libros IV y V

(6) Amm. Marc.—Hist. de Roma, lib. XXXI.

Alanos (1). Y prescindiendo de si estos, gente nómada y guerrera, provenian ó no de una raza sedentaria que permaneció por largo tiempo sumida en la ignominia y fue sucesivamente esplotada por multitud de Naciones (2), observaré que el crítico francés se guarda muy bien, como se ha visto, de citar entre las tribus á que alude, al pueblo Godo, lo que hubiera hecho seguramente en el caso de considerarlo del linaje de los Alanos.

Lejos de esperimentar los Godos la menor simpatia de raza hácia los Alanos y Sármatas, esgrimieron sus armas contra los primeros y subyugaron á los segundos, pasando á su dominio en concepto de siervos, los Eslavos de que estos eran señores (3). La historia nos los muestra en todos los grandes cataclismos y convulsiones sociales, obedeciendo al impulso de los pueblos germánicos, al paso que los Alanos y Sármatas, despues de haber hecho no pocas veces causa comun con los bárbaros de la familia Tártaro-Mongólica, llegaron al cabo á confundirse con los Hunnos, cuando ocurrió la muerte de Atila (4) y se dispersaron las heterogéneas tribus que habian estado sometidas al férreo cetro del *azote de Dios*.

Pretender que los Godos eran Escitas de la raza de los Alanos, análogos á los Sármatas y de la misma condicion que los Hunnos, equivale á rebelarse contra el testimonio de la historia, contra los signos esteriores que caracterizan á las castas y contra los descubrimientos filológicos que deponen lo con-

(1) Nous savons qu'a cette époque les conquérants de l'Empire etaient presque tous de la meme race, tous Germains, sauf quelques tribus Slaves, par exemple, celle des Alains.
Histoire generale de la civilization en Europe.

(2) Muy divididos andan los pareceres acerca del orígen de los Eslavos. Quienes los suponen originarios de la Iliria, quienes de la Caldea, quienes de la Fenicia, quienes, en fin, de la India.
Consúltese.—Nestor de Kiew.
Elmon.—Cura de Bosson.
Stritter.—Memoriæ populorum olim ad Danubium incolentium ex scriptoribus historiæ byzantinæ erutæ et collectæ.
Gobbardi.—Gerch.—Alle.
Sovendisch.—Slavischen Staten Kall.
Hemoldi.—Cronica Slavorum

(3) Los Eslavos fueron sucesivamente siervos é ilotas de los Sármatas, de los Godos, de los pueblos de raza Finesa, de los Hunnos, de los Avaros y de otras tribus.
Consúltese:
Manso —Historia del Imperio Ostrogodo en Italia.
Amadeo Tierry.—Hist. de la Galia bajo la dominacion romana, tomo 2, cap. 3.
Aschlach.—Hist. de los Visigodos
Jornandés.—De Getarum, sive Gothorum, origine et Rebus gestis.

(4) Jornandés.—D. G. S. Got. O. et R. G.
Procopii.—Historia sui temporis et historiæ arcana.—Born.
Casiodori.—Variarum epistolarum.

trario. Ademas, los verdaderos Escitas, Alanos y Sármatas pertenecian á una raza de suyo incivilizable, apegada por instinto á la vida nómada, incapaz de reunirse en un cuerpo estable de nacion, y que nunca fundó ningun grande Estado, mientras que los Godos eran de un carácter flexible y de una naturaleza predispuesta á la cultura, á propósito para el trato social, amigos de imitar todo aquello que les llamaba la atencion y dotados de un espíritu organizador poco comun, á beneficio del cual constituyeron en la Escandinavia el reino de Beric, en la Germania los colosales dominios de Hermanrico, en Italia el poderoso Imperio de Teodorico, y en España la célebre Monarquía de Ataulfo y Recaredo.

Eran, pues los Sármatas pueblos de raza Medo-asiática con achaques de Escita (1), hermanos quizás de los Venedos (2), cuya sangre vino á cruzarse con la de aquella familia eslavona, que dejó mas tarde el papel de víctima para tomar el de verdugo (3), resultando de semejante mezcla, entre otras hordas, algunas mitad eslavas, mitad mongólicas, armadas al uso de los germanos, de costumbres escíticas y dadas á la poligamia como los Hunnos (4). Con respecto á los Alanos eran á no dudarlo, verdaderos Escitas, descendientes de los antiguos Osetos, tribus situadas hácia la época de Darío en el centro del Cáucaso (5), hijos de los Albanos (6) y vecinos de los Sármatas, cuyo género de vida practicaban (7).

Tambien tenian los primitivos Alanos y sobre todo los Sármatas no un parentesco de raza, pero sí mucha semejanza con los Hunnos blancos y ne-

(1) Hipócrates los reputa por de raza Escítica.
Herodoto los hace nacer de los Escitas y de las Amazonas.
Plinio, despues de consignar la opinion que los suponia descendientes de los Medos, añade en otra parte que los Escitas desaparecieron 84 años antes de Jesucristo para ser reemplazados por ellos.

(2) Segun Herodoto, los Venedos eran de raza Escita. Por su parte, Tácito se inclina á creer que los Venedos, Peucinos y Fineses pertenecian á la familia de los Sármatas.
Peucinorum, Venedorum et Fennorum nationis Germanis cum Sarmatis adscribam dubito.
Venedi multum ex moribus traxerunt.

(3) Hasta la muerte de Atila estuvieron reducidos los Eslavos á la condicion mas degradante. Entonces salieron de su abyeccion para entregarse á todo género de actos atroces.
Procopio.—Bell. Goth.—Casiodoro.
Homoldi.—Cronica Slavorum.

(4) Ptolomeo.—Estrabon.—Herodoto.—Ctesias.—Diodoro.—Xenofonte.

(5) Weber.—Historia universal.

(6) Amm. Marcelino.—Historia de Roma, lib. IV.

(7) Plinio.—Historia nat., lib IV y V.

gros (1) en cuanto á la condicion social, como lo indica su comun costumbre, propia de las tribus Tártaro-mongólicas y Escíticas, de vivir y viajar en carros, cuyo recinto les servia de cuna, de hogar doméstico, de tálamo nupcial y de lecho mortuorio. Ammiano Marcelino aludiendo á esta práctica de los Hunnos se espresa así: «Van en carros donde se alberga toda la familia. Allí las mujeres hilan y cosen los horrendos vestidos de los hombres : ahí cohabitan con sus maridos, dan á luz sus hijos y les educan hasta la pubertad.» El mismo autor dice hablando de los Alanos: «En los carros, en esas ciudades ambulantes es donde el varon se une á la hembra, donde nacen y se crian los hijos, donde fijan sus patrios lares, donde practican, en fin, todos los actos de la vida (2).» La semejanza es, como se vé, perfecta, y en este punto decide la cuestion. En cuanto á los Sármatas, su analogía con los Hunnos era todavía mayor, pues participaban, por efecto quizás de la mezcla de razas, hasta de su aire y deformidad, que en algo se habian transmitido á los Peucinos y Venedos, como lo consigna Tácito en este breve rasgo : «*Procerum connubiis mortis nonnihil in Sarmatarum habitum fœdantur.*»

Los Godos eran, por el contrario, de raza Indo-teutónica ó germánica, lo mismo que los Normandos, los Suevos, los Francos, los Anglos y los Sajones (3). Procedian de aquel pueblo, oriundo del Asia, como todos los demas de la Germania, á quien los Romanos solian aplicar entre otras diferentes denominaciones, la de Getas (4), Plinio designa con el título de Guttones (5) y Tácito coloca en la Confederacion Sueva bajo el nombre de

(1) Sabido es que los Hunnos se dividian en blancos y negros.
Hunni albi... corpora cute candida et vultus habeat minime deforme.
Procopio.—Bell.—Pers.—Los Hunnos negros, familia dominante, pertenecian á la raza Tártaro-Mongólica. Los blancos á la raza Tártaro-Escítica, como los Partos y los Turcos.

(2) Absuntis que pabulis velut carpentis civitates imperitus vehunt maresque supra eum feminis cæunt et nascuntur *in his et* educantur infantes; et habitacula eunt hac illis perpetua; et quocumque ierint illi germinum existimant labem.
Amm. Marc.—Hist. de Roma.
Wachsmut.—Historia de las costumbres europeas desde su orígen hasta nuestros dias.

(3) Mr. Eichhoff en su curso de literatura alemana dice : Godos, Suevos, Francos, Sajones, Anglos, Normandos, pueblos todos de un mismo orígen y procedentes de una misma familia.
Literature alemande au moyen age.

(4) Elio Esparciano.—Urda de Caracalla.—Ad spartiam in Caracal.
Filostorgio.—Compendio de historia eclesiástica.

(5) Germanorum genera quisque viuditi quarunt pars Burgundiones, Varidni, Carini, Guttones....—Plinio, lib. IV, cap. 14.
Felipe Cluverio.—German antiq., lib. III, cap. 34.

Gotones, donde los Reyes de eleccion popular tenian ya mayor influjo que en el resto del mundo bárbaro, sin mengua no obstante de la libertad y de los derechos individuales. *Tras Sigios Gothones regnantur jam abductius quam ceteræ Germanorum gentes, nondum tamen supra libertatem.*

Si asi no fuese, ¿cómo podrian esplicarse la repentina aparicion de los Godos, su merecida preponderancia y sus innumerables conquistas en el Norte, Oriente y Mediodia de Europa? Quien niegue que los Gotones y los Godos componian un mismo pueblo, recusará desacertadamente multitud de racionales y fundadas conjeturas que casi tienen la fuerza de una demostracion. Los mismos críticos de la coleccion de Códigos españoles convienen en que á principios de la *Era cristiana existian simultáneamente dos pueblos de Godos, semejantes no solo en el nombre, sino en el idioma y en el aspecto, uno cerca de las costas del mar Báltico, otro entre el Don y el Danubio.* Pero de aqui no deducen, como parecia natural, que ambos tuviesen un orígen comun y perteneciesen al pueblo Goton, residente en la época de Tácito, entre el Vístula y el Báltico. Prefieren suponer que los Godos del Danubio, vinieron separada y derechamente de la Escitia asiática, su patria, y dudan que fuesen hermanos de los del Norte, al mismo tiempo que reconocen y confiesan su perfecta semejanza.

Puede, con todo, sostenerse sin violencia que destacados los últimos del cuerpo principal, abandonando la estacion que llegaron á ocupar en la Germania á fines del siglo I, despues de una larga série de empresas y transmigraciones que les habian conducido desde mas allá del Cáucaso á las orillas del Vístula, invadieron la Escandia y la Dinamarca, de que solo estaban separados por un brazo de mar, hecho que concuerda con la curiosa observacion consignada por Solicio, Xenofonte y Lampsaceno, de que las costas marítimas de los Escitas, nombre que daban los escritores latinos á los Godos y demas Germanos, estaban tan cerca de la Escandia que desde ellas se podia ir á esta en solo tres dias de navegacion (1). Acometidos mas tarde los Godos de la Escandia por los Asios ó guerreros de Odino, que les arrancaron su conquista, despues de sangrientas guerras, parte de

(1) Solcio, Polyhist., cap. 3.—Autor est Xenophon Lampsacenus a litore Scytarum in insulam Balticam potentibus triduo navigari: ejus magnitudinem inmensam et pené similem continenti.

Plinio en su historia natural, lib. IV, consigna tambien este hecho en los términos siguientes:

Xenophon Lampsacenus a littore Scytharum tridui navitione insulam esse inmens magnitudinis Caltiam tradit.

ellos se sometió al vencedor, parte repasó el mar y volvió á incorporarse con sus hermanos de las orillas del Vístula. Desde allí se dirigieron unos y otros hácia el Oriente y Mediodia de Europa, y engrosándose en su camino con las tribus de raza Gótica que se hallaban esparcidas y escalonadas en toda la estension de la Germania, llegaron á las márgenes del Boristenes, no sin haberse empeñado antes en arriesgadas aventuras y visto precisados á sostener porfiados combates, ya contra los pueblos enemigos del mundo bárbaro que se oponian á su paso, ya contra los ejércitos del Imperio que les salian al encuentro (1).

D. Martin Ulloa, ilustre miembro de la Academia de la Historia, á pésar de no haber alcanzado á conocer los curiosos datos descubiertos últimamente, con que se ha ilustrado este punto, se inclina en parte á mi opinion en sus eruditas y prolijas investigaciones sobre el orígen y la patria de los Godos. «El órden regular, dice, de la transmigracion de estas gentes, viniendo del Asia, pide que haciendo su primer asiento en las partes contérminas á ella y por donde habian de practicar su tránsito, se fueran despues estendiendo á proporcion que se fuesen aumentando, ayudadas en parte de su genio vagante é insubsistente, y en parte de las irrupciones con que otras las precisasen á salir de sus primitivos establecimientos. De esta suerte es regular llegasen hasta las orillas del mar Báltico, donde se quedasen con el nombre de Gotones con que los menciona Tácito; de allí pudieron pasar á la Escandia y permanecer con el nombre de Guttas que les dá Ptolomeo, y de allí tambien estenderse á la Cimbria Chersoneso, donde se reconocen con el nombre de Jultas, los que antes eran distinguidos con el de Cimbros (2).

Aunque parezca á primera vista inverosímil que los Godos del Vístula y de la Escandia pasasen á establecerse por la fuerza de las armas, nada menos que en la Dacia, en vista de lo largo del viaje y de las no cortas dificultades que habian de oponerse á su marcha, desvanece toda duda sobre este punto el ejemplo de los Normandos, hombres del Norte, que hicieron posteriores escursiones, mucho mas azarosas y atrevidas (3), y el

(1) Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et Rebus Gestis.
Juan Magno.—Historia de los Godos y Suevos.
Olaus Magnus.—*De gentibus Septentrion.*
Mariana.—Historia de España.
Saavedra Fajardo.—Cor. Got
César Cantú.—Historia universal.—Geijer.—Historia primitiva de la Suecia.
(2) Memorias de la Academia de la Historia: tomo I, p. 220.
(3) Agustin Tierry.—Conquista de Inglaterra por los Normandos.

de los Francos, que despues de recorrer parte del Asia Menor, de la Grecia y del Africa, atravesando el estrecho, volvieron á los bosques de la Germania de donde habian salido (1). Si se niega la hipótesis de que tanto los Godos de la Dacia como los de la Escandia se derivasen de los Gotones, dígasenos lo que fue de estos desde el siglo I de la Era cristiana, en que Tácito los menciona, hasta mediados del II, hácia cuya época habian adquirido ya los Godos una gran preponderancia. La historia no vuelve á citarlos durante este período, ni despues. ¿Por qué quedaron asi oscurecidos y sepultados? ¿Es creible que desapareciese en tan corto tiempo para siempre, y sin dejar siquiera rastro de su existencia, una nacion á quien debe suponerse menos inculta que las demas del mundo bárbaro, puesto que sabia conciliar el respeto y la subordinacion á sus reyes con el goce de la libertad y de los derechos individuales? Y ¿cómo se esplicaria en tal caso la presencia de los Godos en la Escandinavia á principios del siglo IV, cuando esta solo se hallaba ocupada en la época de Tácito por tribus de otra raza, sumidas en el mayor embrutecimiento? ¿De dónde y por qué parte vinieron aquellos Godos, señalados, antes que por ningun otro, por el famaso geógrafo Ptolomeo Alejandrino, si no provenian de los Gotones que habitaban entre el Vístula y el Báltico?

En apoyo de cuanto queda espuesto, se agrega tambien la circunstancia de que para los mismos escritores romanos, anteriores á Tácito, los Gotones debieron ser sin duda los Getas, como lo persuade la descripcion que hace Estrabon de los pueblos que poseia en su tiempo la Germania meridional. Hé aquí sus palabras: «El lado de la Germania meridional que está de la banda de allá del Albi la tienen los Suevos, despues de los cuales se encuentra la region de los Getas, angosta al principio por el lado que se estiende hácia el Mediodia, siguiendo la corriente del Istro y comprendiendo algo de montaña por donde corresponde á los límites de la selva Hercinia» (2). Por su parte Tácito señala á los Gotones mas allá de los Ligios, ocupando la Pomerania ulterior y las tierras occidentales de la Polonia entre el Oder y el Vístula (3), que vienen á ser el sitio donde Estrabon coloca el dilatado territorio de los Getas, y Plinio situó á los Guttones. De modo que racionalmente puede asentarse que los Getas, los Guttones y los Gotones son los Godos que invadieron la Suecia,

(1) Zozimo.—Pomeg. vitores.
(2) Estrabon, lib. VXII.
(3) *De moribus germanorum.*

se apoderaron de Roma, dominaron en Italia y conquistaron á España, mucho mas cuando nadie pone ya en duda que la primitiva impulsion que arrojó á los pueblos bárbaros sobre el Imperio, partió del Norte, donde habian ido aglomerándose en el espacio de varios siglos las hordas Indo-teutónicas que pasaron sucesivamente á Europa, por cuyo motivo varios historiadores han presumido que los Godos, al desencadenarse contra el poder latino, fueron tomando en su curso los nombres de Gépidos, Visigodos, Ostrogodos, Vándalos, Suevos, Longobardos y Burgundiones (1). Tambien hay motivos para creer que los ejércitos espedicionarios de tan fieros invasores solian formarse con periódicas emigraciones de las comarcas septentrionales, debidas en gran parte á la secular costumbre que tenian allí los padres de despedir cada cinco años del hogar doméstico á sus hijos adultos, esceptuando únicamente aquellos que estaban destinados á perpetuar la familia (2).

La prolongada y mortífera lucha que los Asios sostuvieron con los Godos del Norte, se encuentra simbolizada en la cosmogonia escandinava bajo la forma de un dualismo implacable entre el principio abstracto del mal y el del bien, misterioso problema, perpétuo enigma para la razon humana. Los Godos representan el primero, mientras los Asios, sus vencedores, vienen á ser la personificacion alegórica del segundo. Constituyen estos dos principios con la idea de un Dios supremo, infinito, *Alfalder*, toda la moralidad, toda la filosofía del Edda, biblia escandinava, epopeya nacional y religiosa que recogió la Islandia y conservó como un monumento precioso, despues de que el cristianismo triunfante desterró el culto mitológico de la Suecia, Noruega y Dinamarca (3). Y ciertamente que ningun otro pais era tan adecuado y á propósito para servir de santuario y de tumba á las estraordinarias ficciones de una supersticion en que figuraban

(1) Ortolan.—Antiguas constituciones de los pueblos de Eu opa.
(2) Consúltese:
Savigni.—Genh
Romischen Rechts in Mitelater.
Grimm.—Deutsches Rechts.
Merthumer.
Michetet.—Orígenes del derecho francés.
Walter.—Corpus juris germani antiqui.
Laboulaye.—Historia del derecho de propiedad en Occidente.
Striunholm Wikingszlige.—Constitucion y costumbres de los antiguos Escandinavos.
(3) Grimm.—Mitologia de los Germanos.
Koopen.—Introduccion literaria á la Mitologia del Norte.

deformes enanos (1), descomunales gigantes (2) y fantásticos monstruos, como aquella apartada isla, último baluarte del continente Europeo, tierra de nieve y fuego, donde á la opaca claridad de misteriosos crepúsculos, cubren enormes moles de hielo la inflamada lava que hierve en las entrañas de inestinguibles volcanes (3).

Preciábanse los Asios de descender de Odino, formidable guerrero, semi-hombre, semi-dios, que segun sus tradiciones mitológicas, nació del dios Bor y de la giganta Belsta. Conducidos por intrépidos jefes y aguijoneados por su aficion á las conquistas y á la rapiña, pronto se apoderaron no solo de la Escandia, sino de todas las costas é islas del Báltico, aspirando á la gloria de hacerse señores del mar con sus temidas y numerosas escuadras. Hácia esta época, Odino, divinizado por la superstícion de sus entusiastas compañeros de armas, harto dispuestos á creer en hrujerías y encantamientos, no es ya un hombre, sino un Dios que ostenta su maravilloso poder en el Olimpo escandinavo, rodeado de los Asios muertos en las batallas y transformados en divinidades, de cuyo arbitrio pende la suerte de los mortales (4).

Constantes en su empeño de hacer á las tribus que ocupaban la Germania, diferentes de los Godos, los autores del juicio crítico que precede á la coleccion de Códigos españoles, suponen que los primeros participaban de la condicion europea, que consiste esencialmente en el cultivo y la estabilidad, al paso que los segundos llevaban impreso el carácter tártaro, que se ha fundado siempre en el pastoreo y la vagancia. Los Germanos,

(1) Conocíanse los principales con el de *Dverges*, feos y maliciosos que habitaban en las cuevas.

(2) El mas sábio de estos gigantes, á quien Odino habia confiado uno de sus ojos, guardaba el pozo *Mimer* ó de la ciencia.

(3) El Edda, código religioso de los Escandinavos, consta de dos partes. La primera contiene los cantos y las tradiciones mitológicas, de que se hizo una coleccion por *Sœmunda-Sig. furson*, hácia el siglo onceno, ó sea unos cincuenta años antes de haber prevalecido definitivamente el cristianismo en la Islandia. Fue compuesta la segunda por *Suorro-Sturleson*, que se propuso completar la primera con una porcion de documentos históricos y comentarios esplicativos.

Véase *Edda.—Sœmundar Hinnis Adda.—Edda Rhythmica seu antiquior vulgo Semundina dicta.*

(4) Las fábulas escandinavas han desfigurado de tal suerte la vida de Odino, que no ha sido posible descubrir cuáles hayan sido su verdadero orígen y fidedignas hazañas. Presúmese únicamente que existió hácia principios del siglo III, en los últimos confines de la Germania, de donde salió con sus compañeros á conquistar la Escandia, que habia caido en poder de los Godos. Parece que fundó en Suevia la ciudad Sigtuna, cuna de Upsal y Odense, en la isla de Fionia.

Eichhoff.—Literatura alemana.

segun dicen, tenian morada fija, cultivaban la tierra y *vivian en cierto modo apegados al suelo*. Por el contrario, los Godos eran á sus ojos un pueblo nómada y pastor que hacia su vida en carros y desdeñaba la labranza. Pero en apoyo de semejantes aserciones, no se alega ningun dato, ninguna prueba. Unicamente se aventuran conjeturas destituidas de fundamento.

Nunca mostraron los antiguos Germanos esa aficion á la estabilidad y á la agricultura, que tan gratuitamente se les atribuye. Lo mismo que los Godos, sus hermanos, y que todos los pueblos incultos y primitivos, tenian una vida movible, aventurera, cambiando con frecuencia de paises y comarcas, como lo acreditan sus contínuas correrías y lejanas espediciones. Aborrecian el trabajo y no podian soportar el sosiego (1). Lejos de agradarles el cultivo de las tierras, tan útil ocupacion les inspiraba tedio, desvío y hasta menosprecio, por parecerles una deshonra y cobardía obtener á costa del sudor de la frente, lo que podia conseguirse con sangre. *Nec arare terram aut expectare annum, tam facile persuaseris quam vocare hostes et vulnera mereri: pigrum quin immo et iners videtur sudore adquirere, quod possis sanguine parare* (2).

Entre los mismos Celtas, cuyos adelantos en la agricultura suelen ponderarse, ejercian tanto influjo el espíritu de aventuras y la aficion á la vida nómada y peregrina, que Julio César en sus comentarios sobre la guerra de las Galias, refiere que los Helvecios para llevar adelante un proyecto de invasion que tenian formado, incendiaron sus ciudades, cuyo número no bajaba de doce, sus burgos que pasaban de cuatrocientos, y todo el trigo que no podian llevar consigo (3).

Tampoco puede admitirse, con respecto á los Godos, que el recinto del carro tártaro fuese su único domicilio. La historia nos los presenta establecidos á pie fijo en la Gotia, provincia de la Escandia, á que dieron su nombre, y ocupando barracas, caseríos ó burgos en la Dacia y en el vasto Imperio fundado por Emanrico, el Carlo-Magno ostrogodo, antes de ser acometidos y desalojados por los Hunnos. Practicaban con corta diferencia el mismo género de vida que los demas pueblos germánicos. Solian cultivar de un modo imperfecto el suelo donde temporalmente se fijaban, y al que

(1) Cum idem homines sic ament inertiam et oderint quietem.
Tácito.—*De moribus germanorum.*
(2) Tácito.—*De moribus germanorum.*
(3) Commentarii de Bello gallico, liber primus.

solo pedian trigo ó maíz para su pan cuotidiano, completando su alimento con la caza, la pesca, la leche de los ganados y las frutas que les traian de los campos y cercados agenos (1). A semejanza de los Francos y Normandos, sus robustos brazos, ejercitados en el pugilato y la lucha, eran sin disputa mas á propósito para esgrimir el hierro que para manejar el arado y el azadon. Preferian á las pacíficas labores de la agricultura, el merodeo, el pillaje y el botin alcanzado con el filo del machete ó la punta de la flecha. Sin embargo, parece que, aun en medio de su rudeza, llevaban mucha ventaja en todos conceptos, y aun como pueblo agrícola, á las demas naciones bárbaras. Dése por supuesto que no supiesen todo aquello que, al decir de Jornandés, les enseñó su Licurgo y pontífice *Dicimense*, sobre filosofía, moral, física, lógica, astronomía y legislacion, porque este autor solia consignar con la mejor buena fe como hechos auténticos y fidedignos, fábulas poéticas y noticias inverosímiles. Pero ¿no habrá de concedérseles al menos hácia la época de sus luchas con el Imperio, ciertas nociones del cultivo de la tierra, cuando tantos conocimientos les atribula en siglos anteriores un autor, que, siquiera se le suponga falto de sano criterio, fue compatriota suyo, vivió entre ellos y consultó sus antecedentes históricos y cantos populares, al aprovechar la historia de esta nacion, escrita por Casiodoro? (2)

Aun cuando estuviese averiguado que combatian siempre á caballo, hecho que carece de pruebas, no deberia deducirse de aqui un argumento en favor del dictámen de que no pertenecian á la familia germánica, cuyas tribus guerreras hacian consistir la principal fuerza de sus ejércitos en

(1) Amadeo Tierry, en la historia de Atila, atribuye á los Godos rudimentos de cultivo, superiores á los que tenian las demas tribus bárbaras, que desaparecieron cuando los Hunnos ocuparon el territorio donde habian residido allende el Danubio. «Entonces, dice, desapareció la vida sedentaria, reemplazándola la vida nómada con toda su aspereza, y la zona circular que conducia del bajo Danubio al mar Caspio por las costas del mar Negro, no fue mas que un tránsito perpétuo de hordas y rebaños.»

(2) Qui cernens eorum animos sibi in omnibus obedire, et naturale eos habere ingenium, omnem pene philosophiam eos instruxit; erat enim hujus rei magister peritus. Nam ethicam eos erudivit, ut barbaricos mores ab eis compescent; phisicam tradens naturaliter propiis legibus vivere fecit, quas usque nunc conscriptas Bellagines nuncupant: logicam instruens, eos rationis supra cæteras gentes fecit espertos practicen ostendens, in bonis actibus conversari sansit theoricen demonstrans, signorum duodecim, et per ea planetarum cursus omnemque astronomiam contemplari edocuit; et quomodo lunaris orbis augmentum sustinet, aut patitur detrimentum, edixit, salisque globus ingens quantum terrenum orbem in mensura excedat, ostendit, aut quibus nominibus, vel quibus signis in cœli polo vergentes, aut revergentes CCCXLIII stellæ ab ortu in occasum præcipiter ruant exposuit.

la infantería, como lo pretenden los críticos á quienes nos referimos. Parece cierto, si hemos de dar crédito al testimonio de Tácito, que los Germanos tenian en general mejor infantería que caballería; pero no lo es menos que entre ellos algunos se distinguian por su esclusiva preponderancia en esta última arma, y aspiraban á su reputacion de hábiles ginetes como los Teuctores y otros que no eran ciertamente de raza Tártara-mongólica (1).

«La equitacion, dice Tácito hablando de los Teuctores, es su recreo en la infancia, la primera de sus pasiones en la juventud y su distraccion en la vejez. Legan los caballos como se legan los esclavos, las casas y los demas efectos de sucesion. Y no los hereda el primogénito como en otras partes, sino aquel de los hijos mas valiente y mejor ginete (2).

De modo que siquiera se concediese que los Godos preferian hacer la guerra á caballo, eso no probaria su orígen anti-germánico, ni los caracterizaria de un pueblo oriental por el estilo de los Hunnos y Sármatas. Pero es el caso que las noticias históricas nos autorizan á creer que desplegaban, por el contrario, en las batallas gran fuerza de infantería (3), pues á la pesadez de esta y á sus embarazosas maniobras se atribuye comunmente el desórden en que les puso la impetuosa caballería de los Hunnos, cuando tan deformes ginetes cayeron sobre Atanarico, juez de los Visigodos, obligándole á buscar un refugio entre el Pruth y los montes Kárpatos (4), así como consta que el incremento y la táctica que posteriormente habia logrado adquirir, fueron causa de la memorable victoria que consiguió Valemiro, rey de los Ostrogodos, sobre los descendientes de Atila en los intrincados pantanos de la Savia. Refiriendo este suceso, dice un historiador moderno, de acuerdo con Jornandés: «Entonces pudo conocerse cuán superior era la

(1) Nec major apud cattos peditum laus quam Teuctoris equitatio sic instituere majores, posteri imitantur Hilusas infantium, hæc juvenum æmulatio perseverat senes: inter familiam equi traiuntur: excipit filius, non, cetera maximus natu et mellior.—Tácito.

(2) Tambien Julio César, en sus comentarios sobre la guerra con los Godos, encarece la destreza y agilidad de la caballería germánica que poseia el famoso Ariovisto, en los siguientes términos: «Los Germanos estaban muy particularmente ejercitados en este género de combate. Tenian un cuerpo de seis mil ginetes é igual número de soldados de infantería.» *Genus hoc erat pugnæ, quo se Germanis exercuerant equitum millia erant sex; totidem numero pedites velocissimi ac fortissimi.*

(3) Véase la descripcion que hacen Jornandés, Procopio y Sidonio Apolinar, de los egoistas que decidian de los destinos del mundo en la célebre batalla dada en los campos Catalánicos.

Consúltese ademas:

Cassiodori.—Variarum Epistolarum.

Manso.—Historia del Imperio ostrogodo en Italia.

(4) Véase Ammiano Marc.

infantería goda, ejercitada en el arte de combatir á pie firme, y comparable á las antiguas legiones romanas, de que parecia instintivamente imitar las prácticas, sobre la caballería oriental, sin organizacion ni disciplina (1).

Acerca de sus habituales armas, lo único que con certeza se sabe es que usaban enormes ballestas, en cuyo manejo sobresalian (2), flechas, venablos y larguísimas espadas que pasaban de padres á hijos como un legado de inestimable valor (3).

En la condicion de que gozaba la mujer entre los Germanos encuentran tambien los críticos de la coleccion de Códigos españoles, un nuevo dato para afirmarse en la idea de que ningun parentesco tenian estos con los Godos. Trataban los Germanos, segun dice Tácito, á sus mujeres con respeto y hasta con veneracion, por suponerles una especie de don profético que á sus ojos las recomendaba y enaltecia. Lejos de relegarlas al fondo del hogar doméstico, como unas criaturas, buenas únicamente para consagrarse al servicio del sexo mas fuerte, ó condenarlas á la nulidad, les permitian intervenir en todos los actos de la vida pública y asociarse con ellos á la suerte del Estado. Solian consultarlas y seguir sus consejos, dando entero crédito á sus presentimientos y vaticinios.

Algo exagerada parecerá esta pintura á quien recuerde las disposiciones de los Códigos civiles y penales del mundo bárbaro, tocante á la tutela impuesta y á las violencias inferidas á las mujeres (4).

Quizás el historiador latino se propuso enaltecer á las Germanas para hacer mas sensibles y odiosos el libertinaje y la degradacion en que habian caido las matronas del Imperio. Guizot, en su historia de la civilizacion de Europa, se espresa así sobre este punto: «Con motivo de algunas palabras de Tácito, el patriotismo germánico ha supuesto que las costumbres de aquellos pueblos se distinguian por cierta pureza primitiva en cuanto á las

(1) On peut reconnoitre alors combien l'infanterie des Goths, exercée a combattre de pie ferme et comparable aux vieilles legions romaines, dont elle semblait suivre instinctivement les practiques, s'emportait sur cette cavalerie orientale sans organisation et sans discipline.
Amadeo Tierry.—Historia de Atila.
Diu fatigatis ita postravit ut vix pars aliqua hostium remaneret, quæ in fugam eas partes Scythica peteret, quas Danubii amnis fluenta præterneant quæ lingua sua Hunnivar appellant.—Jornandés.

(2) Lucano pinta la destreza de los Godos en el manejo de esta arma, en el siguiente verso: «*Armenios que arcus Geticis intanden nervis.*

(3) Olao Magno.—De Gentibus Sept.

(4) Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis.
Leyes Rotharis.—Sálica Borgoñonas.—Ripuaria.—Luitprando.

relaciones entre los dos sexos. ¡Pura quimera! Palabras semejantes á las de Tácito, afectos y usos análogos á los de los antiguos Germanos se encuentran en las descripciones hechas por multitud de viajeros, acerca de otros pueblos bárbaros ó salvajes.»

Sin embargo, todo persuado, diga lo que quiera Guizot, que las mujeres gozaban, al menos entre los Germanos, de ciertos privilegios y de una consideracion sin ejemplo en los demas pueblos idólatras y sociedades caducas del paganismo. Otra era la condicion de la mujer entre los Godos, en concepto de los críticos cuyo parecer refuto. Píntanla condenada á la reclusion asiática, bajo la dependencia absoluta del padre ó del marido, y arrastrando una existencia humilde, vejetativa, y mas propia de una esclava que de la compañera del hombre. Si el hecho fuera cierto, no dejaria de tener algun peso, porque la condicion de la mujer es uno de los signos característicos que divide y separa á los pueblos de raza Indo-teutónica, de los de raza Tártaro-mongólica. A la importancia y categoría que le daban en el órden social y en el santuario de la familia, debieron en gran parte los primeros su ascendiente, sus adelantos y sus virtudes.

Semejante fenómeno tiene fácil esplicacion para cuantos conocen la misteriosa influencia que ejerce siempre el bello sexo sobre el corazon del hombre, siquiera viva en estrecho cautiverio, y el importante papel que ha representado, representa y representará en el teatro del mundo, mientras no se trastornen y varien las leyes de la naturaleza. Por el aprecio en que sea tenida la mujer pueden inferirse y graduarse la cultura, la moralidad, las costumbres y el género de gobierno á que se halla sometido un pueblo. Allí donde las preocupaciones y las leyes la condenan á la esclavitud, todo es despotismo; allí donde goza de verdadera independencia, reina la libertad; allí donde se la mira con menosprecio y como una criatura reservada para los placeres y apetitos sensuales del hombre, dominan con deplorable intensidad, la concupiscencia y la corrupcion.

Mas ningun dato, ningun hecho prueba que los Godos tuviesen sumida á la mujer en la esclavitud oriental ni antes ni despues de haber abrazado el cristianismo. Al contrario: se sabe que le concedian gran influjo y la estimulaban á tomar una parte activa en sus fatigas, combates y victorias (1).

(1) Flavio Vopiscuo refiere que en el suntuoso triunfo celebrado en Roma por Aureliano seguian al carro del vencedor como trofeo, varias mujeres godas, que habian caido prisioneras con las armas en la mano y vestidas de hombre en la derrota de los ejércitos Godos.—Flavio Vopiscis, Syracusii sivus Aurelianus.

Segun el testimonio de Juan Magno, las mujeres Godas poseian un corazon noble y varonil. Avezadas al estruendo de las armas, iban siempre en compañía de sus esposos, cuyo valor inflamaban, ora hilando, ora combatiendo á caballo (1). Los Godos á su vez, modelos de fe conyugal, tenian la costumbre de tomar á sus mujeres, no al modo de concubinas, ni para sus delicias, sino como compañeras del lecho y de las fatigas (2).

En corroboracion del ascendiente que ejercian sus mujeres sobre aquellos aguerridos conquistadores, y del interés que tomaban por la causa pública, solo citaré los actos de despecho y patriótica indignacion, á que se entregaron, despues que los Godos mal aconsejados y aturdidos abrieron las puertas de Rávena al ilustre Belisario. Procopio, testigo presencial, asegura que cuando las tropas á las órdenes de este famoso general entraron en la ciudad, al ver las mujeres Godas su corto número y su afeminado aspecto, arrebatadas de cólera, llegaron hasta el estremo de escupir en el rostro á sus maridos y hermanos, afeándoles su cobardía y reconviniéndoles amargamente, en son de protesta, por el modo indigno con que las habian entregado á merced de tan despreciables enemigos.

¿Acaso hubieran sido capaces, no ya de esperimentar, sino de concebir siquiera este género de afectos, hijos del patriotismo y del amor á la gloria, unas hembras acostumbradas á la servidumbre doméstica ó á la obediencia pasiva? Muy vivo, muy arraigado debian tener en su corazon el sentimiento de la propia dignidad, desconocido de las criaturas degradadas, para atreverse á castigar á sus maridos y deudos con tan crueles, aunque merecidas demostraciones de desprecio.

Por efecto de esa misma estimacion en que los Godos tenian á sus compañeras, mostrábanse inexorables en punto á la fidelidad conyugal. En aquellos pueblos, donde el sexo femenil es tenido en poco, y la relajacion de las costumbres, consecuencia natural de ese menosprecio, ha sofocado toda nocion de pundonor y delicadeza, nadie repara ni condena los estravíos del amor ilícito y los desórdenes matrimoniales. Los celos, cuando no nacen del egoismo, como entre los orientales, y el empeño en que la mujer propia sea casta y guarde la fe jurada, suponen un órden de ideas y afectos incomprensibles para las almas depravadas, ó por los escesos propios de una civilizacion corruptora, ó por el cinismo de una barbarie que rebaja el hombre al nivel de los séres irracionales. Si los Godos no hubieran estima-

(1) Juan Magno.—Historia de los Godos y Suevos.
(2) Juan Magno.—Historia de los Godos y Suevos.

do á sus mujeres, considerándolas como depositarias de su honra; sí no les dieran un puesto distinguido en el hogar doméstico y en el órden social, de seguro no castigaran el adulterio con las penas que señalaba el *Fuero Juzgo*, que en muchas cosas no es mas que una recapitulacion escrita de los preceptos tradicionales, legislacion verbal y primitívas costumbres de los Godos (1). La ley 3.ª, del título 4.º de este venerando Código, manda entregar á los adúlteros, si fueren habidos, á disposicion del marido ultrajado : «E si *pudiese saer* mostrado el adulterio conozudo mientra la muier é el adulterador sean metidos en poder del marido.»

En esta materia, la legislacion de los Godos tenia mucha analogía con el proceder de los demas Germanos, si bien aquellos iban aun mas allá que estos en cuanto al castigo y la represion, porque el ofendido tenia derecho para matar á los delincuentes (2).

«Si adulterum cum adultera maritus vel sponsus occiderit, pro homicidio non teneatur.»

Contentábanse los otros pueblos germánicos con permitir al marido de la adúltera raparle la cabeza, desnudarla á presencia de sus padres y parientes, espulsarla de su casa y perseguirla á latigazos por el pueblo (3). Y si bien se mira, cualquiera hallará que las prácticas de los Godos arguian mayor respeto hácia la mujer, pues preferian dar muerte á la culpable á envilecerla y degradarla á los ojos del público con penas infamantes.

Como otro de los datos decisivos en apoyo suyo, alegan los autores de la coleccion de Códigos españoles, las famosas Asambleas deliberativas de los Germanos donde periódicamente se trataban y decidian por todos los negocios del procomunal : *De majoribus omnes*. Sabido es que estas se celebraban en sus espesos bosques, cuya solemne costumbre hizo aventurar á Montesquieu la especie de que allí habia nacido el gobierno representa-

(1) Pertenece á la legislacion verbal de los Godos toda ley no escrita anterior al tiempo de Eurico, á que denominaban *Mos* los historiadores latinos, segun resulta de la significacion que dá á esta palabra San Isidoro en sus Etimologias: *Mos vero est vetustate probata consuetudo sive lex non scripta* ; lib. II, cap. X : libro V, cap. III.

(2) Este mismo derecho tenian los Longobardos.
Luitprando.—VI, 36.
Rothasis.—I, 113.
Moratin.—De Gestis Longobardorum.

(3) Accedis crinibus nuda tam coram propinquis expellit domo maritus ac per omnem vicum verbere agit.—Tácito.
Grimm.—Antigüedades jurídicas germanas.

tivo (1). Pues bien : con respecto á los Godos no saben los críticos en cuestion, que tuvieran semejantes prácticas políticas, ni han encontrado ningun rastro capaz de hacerles presumir su existencia. Confiesan, sin embargo, que elegian sus reyes, aunque se ignora, segun dicen, cómo un acto tan importante se verificaba. La historia no ha dejado, en efecto, noticia exacta y detallada de las primitivas juntas políticas de los Godos; pero se infiere que debia tenerlas periódicamente como los demas de la familia germánica (2), el pueblo que no solo nombraba á sus caudillos, en uso de un poder soberano, sino que despues del saqueo y de la devastacion de Roma por los Vándalos, se atribuyó el derecho de dar un Emperador á los Romanos, cuya eleccion efectuó en Arles en una Asamblea ó junta pública no menos solemne y concurrida que las famosas que solian los Francos celebrar todos los años en los campos de Marzo (3).

En cuanto al nombramiento de sus reyes, Olao Magno nos ha sacado de dudas y hecho saber que al efecto, los de la Escandia, hermanos de los del Mediodia, se reunian armados en el valle de Upsal, alrededor de una enorme piedra, designada con el nombre de *morasten*. Allí proclamaban á pluralidad de votos al jefe que habia de mandarles y ponian en su cabeza la corona real, que solia mas de una vez convertirse en corona de punzantes espinas (4). Es de suponer que siguieran practicando estas mismas ceremonias en casos análogos, salvo el requisito de la piedra, cuando invadieron la Ucrania, la Tracía, la Grecia y el Asia Menor.

Puede inferirse ademas la intervencion armada de los Godos, cualquiera que fuese su organizacion, en el gobierno y los negocios de interés general, del principio abstracto de derecho, escrito á la cabeza del Fuero Juzgo, que corresponde al de la soberanía nacional de estos tiempos : «Rey serás si fecieres derecho, y si non fecies derecho non serás Rey : *Rex ejus eris si recta facis, si autem non facis non eris.*»

¿Qué significaria semejante máxima, que no fue ciertamente obra de los

(1) Montesquieu.—Esprit des Lois.
(2) Marina, algunas de cuyas opiniones me parecen aventuradas, pero á quien no puede negarse grande erudicion, asegura con razon en su *Teoria de las Córtes*, que los Godos de España siguieron en muchas cosas las máximas políticas de los Germanos, á pesar de que no echó de ver que unos y otros eran privativos parientes.
(3) Sidonio Apolinar.—Panegírico de Avito.
(4) Olao Magno.—De Gentibus Sept. : lib. VIII, cap. 1.
Striunholan Wikingsziige.—Constitucion y costumbres de los antiguos Escandinavos.

obispos legisladores de los Concilios Toledanos, ni tampoco inventada por los monarcas que los convocaban, pues únicamente reproducia un antiguo proverbio de los Visigodos (1), si no hubiera estado admitido entre estos desde tiempos remotos, fuera de los poderes constituidos, y superior á ellos, otro que residia esencialmente en el mayor número? Para que se reconociese primero y consignase luego en un código, como recuerdo, la idea de que habia quien tuviese la facultad de nombrar y destituir á los reyes, segun hicieran ó no derecho, era necesario que hubiera preexistido y obrado, si bien con las escepciones que tanto abundan en las sociedades irregulares, cuando no otra cosa, á lo menos una fuerza suprema, omnipotente, representada y ejercida por las Asambleas de la multitud armada.

Y si bien se considera y medita, ¿no se descubrirán tambien rastros muy significativos de la antigua costumbre germánica de derecho público, de *minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes*, hasta en los varios modos con que se formaban las leyes bajo la Monarquía Visigoda de España? Recuérdese que algunas de menor importancia solian hacerse por los reyes, oyendo ó consultando á un consejo privado, compuesto de ciertos Próceres y principales de la corte, y que todos los de interés general eran obra de los Concilios nacionales, á donde solo concurrian, es verdad, como representantes de la nacion, el Monarca, los Estamentos eclesiásticos y varios personajes ilustres, pero cuyos acuerdos suponian siempre para tener fuerza legal, el consentimiento del pueblo (2).

Tambien celebraban juntas preparatorias, siempre que era preciso poner á la nacion sobre las armas. Véase cómo se espresa acerca del particular el autor de que va hecho mérito:

«Tan pronto como se recibe la primera noticia de la aproximacion del enemigo, los mas esperimentados despachan á un jóven godo, grande andarin, á quien se entrega á la vista de todos un palo, quemado por la

(1) En el mismo cap. 11, lib. I del Fuero Juzgo, se halla confirmado este aserto, porque se dice, tratándose de la eleccion de los Reyes *et de lo que ganan «ende los* antiguos dicen tal proverbio : y Rey serás etc. etc.»

(2) Véase el Cánon 75 del Concilio IV y otros citados por los señores Lardizabal y Marina, á cuya conclusion se leen estas palabras : «Por todo el pueblo y el clero dijo : El que contraviniere á esta disposicion será anatematizado.»

En el Cánon 10 del Concilio XVI se dice : «Por todos los sacerdotes de Dios, señores de palacio y todo el pueblo se dijo.....»

En la ley 5.ª, tít. 1.º, lib. 2 del Códice de Cardona se dice : «Añadimos con estas otras leyes que nos fecimos con los obispos de Dios é con todos los mayores de nuestra corte é otorgamiento del pueblo.»

punta, con órden de trasmitir á cierto número de pueblos, cuyo itinerario recibe, el anuncio de que dentro de tres, cuatro ú ocho dias todos los mozos de la vecindad están citados para comparecer con armas, víverés y bagajes á tal ó cual playa, campo ó valle, á fin de saber el motivo y objeto de la convocatoria. Nadie se halla esceptuado de concurrir á la cita : hasta los viejos y achacosos labriegos que ya no pueden llevar las armas, tienen obligacion de presentarse para ayudar con sus consejos.

»El mensajero espedido corre con incalculable celeridad, sin que sean obstáculos, capaces de detenerle, el viento, la lluvia, el calor, el frio, ni las tinieblas. Apenas llega á la primera poblacion de su itinerario, avisa, y esta á su vez despacha al punto á otro á la mas inmediata, y así sucesivamente continúa haciéndose hasta que se trasmite á noticia de todos la convocatoria.

»El dia señalado es preciso que el príncipe instruya al momento á los concurrentes de la causa que allí los reune y proponga una resolucion. Si vacila, si duda, corre peligro, porque esta gente armada, que ha de hacer la guerra á sus espensas, quiere saber cuanto antes de lo que se trata (1).»

De esta obligacion impuesta á los caudillos Godos, cuando convocaban juntas generales allá en las regiones del Norte, de esponer cuanto antes el objeto de la reunion, ¿no ofrece tambien un recuerdo la memoria, llamada *tomo regio*, en que los monarcas visigodos proponian á los Concilios nacionales los asuntos que habian de ventilar, encargándoles que en su exámen procedieran sin amor, sin odío y con estricta imparcialidad? Aquella primitiva costumbre, vino á perfeccionarse andando el tiempo y á convertirse en una práctica legal bajo la monarquia que fundaron en España Ataulfo, Eurico y sus inmediatos sucesores.

Por último, si se cotejaran del mismo modo y con igual prolijidad uno por uno los demas usos de los Godos, con los de aquellos antiguos Germanos, descritos por Tácito, á nadie quedaria duda de que eran hermanos, notándose únicamente entre ellos ciertas diferencias livianas ó insignificantes, que habian hecho nacer su varia fortuna y las distintas vicisitudes de su existencia aventurera, como tendré ocasion de demostrarlo en el curso de esta historia. Puede aplicarse por lo tanto en general á los primeros

(1) La misma costumbre habia entre los demas germanos. Siendo el servicio militar un deber para todos los propietarios libres, en caso de guerra nacional, se convocaba á todos al *Heriban* ó *Heerbann*, palabra compuesta de *heer*, ejército, y *bann*, órden, pregon.

cuanto se ha dicho en el capítulo anterior acerca de los segundos, siendo de advertir que muchas de las costumbres de unos y otros se asemejaban á las de los antiguos Cántabros y Asturianos, que durante largo tiempo desafiaron el poder de Roma; circunstancia que se presta á importantes consideraciones sobre su respectivo orígen, y que quizás induzca á conjeturar que tenian entre sí cierto parentesco, como procedentes todos ellos de la raza Indo-teutónica, que sucesivamente, por varias partes y en diversas épocas se fueron derramando desde muy antiguo por la Península africana y el Continente europeo (1).

(1) Aun cuando los Asturianos desciendan de los antiguos Astures, que procedian de Lucia y de las tierras de Africa, al Oriente de Cartago, de que habla Ptolomeo, y segun creyeron los obispos Gerundiese y Gercondeso, no es improbable que sus progenitores fuesen una familia de raza Indo-teutónica, que despues de su primera emigracion, ocupasen temporalmente aquellas comarcas, desde donde pasaron á España en compañía de los Cartagineses.

CAPITULO IV.

CONQUISTAS Y ESPEDICIONES DE LOS GODOS HASTA SU VENIDA Á ESPAÑA.

Segun todas las apariencias, los Godos fueron el primer pueblo de raza indo-teutónica ó germánica que pasó á Europa (1). Parece probable que hicieran su primera estacion en los confines de Asia y Europa, desde donde, empujados hácia adelante á cada nueva irrupcion por otros pueblos, ya del mismo linaje, ya de diferente raza, que sucesivamente iban viniendo, como atraidos por una fuerza irresistible, tuvieron que mudar con frecuencia de comarcas, internándose mas y mas, y fueron al cabo á situarse entre el Vístula y el Báltico, bajo el nombre de Gotones, con que los designa Tácito en su obra *De moribus germanorum* (2). Allí parte de ellos debió invadir la Escandinavia, cuyas regiones conquistó y poseyó pacíficamente hasta la invasion de los Asios, guerreros de Odino (3). Entonces algunas de sus mas principales familias, como por ejemplo, las de los Baltos y Amalos, abandonaron aquel pais septentrional, atravesaron por segunda vez el Báltico y pasaron á incorporarse con el resto de sus compatriotas que ocupaban la Silesia, la Pomerania y la Hungría.

(1) M. Eichhoff.—Litterature allemande au Moyen-age.
(2) Traces Ligios Gothones regnantur.—Tácito. De moribus germanorum.
(3) M. Eichhoff.

Refieren sus tradiciones que hicieron la travesía en tres barcos, de los cuales dos salieron al mismo tiempo y el otro se quedó rezagado, por cuyo motivo recibieron los que iban dentro el nombre de Gépidos, es decir, perezosos (1). Sobre este hecho se han suscitado dudas, porque las primitivas tradiciones de los pueblos antiguos y mucho mas de aquellos que se repartieron los despojos del Imperio romano, despues de su disolucion, se hallan envueltas en la oscuridad y han llegado hasta nosotros, acompañadas de fábulas que las desfiguran y nos impiden en muchos casos darles entero crédito. Sin embargo, no parece inverosímil, en vista de los incesantes y maravillosos viajes, correrias y espediciones de que ofrecen curiosos ejemplos los pueblos bárbaros desde el siglo I hasta el V. Y una vez admitidas las anteriores congeturas, seria fácil conciliar la opinion de aquellos que sostienen que los Godos bajaron de la Escandinavia (2), con la de cuantos presumen que vinieron de la Escitia asiática, conformes con el parecer de San Isidoro y las suposiciones de Pindkerton, historiador español, el uno, que floreció en la época de la Monarquía Visigoda, crítico inglés el otro, que pertenece á la escuela filosófica de los tiempos modernos (3).

No diré con Orosio, que los Godos ahuyentaron al mismo Alejandro Magno, á Pirro, Rey de Epiro, y á Julio César, pero sí que hicieron temblar á muchos pueblos bárbaros con quienes batallaron, y á las mas importantes provincias del Imperio romano, que recorrieron y talaron en el transcurso de varios siglos. Costearon en un principio las márgenes del Vistula y siguieron luego la cadena de los montes Krápatos, caminando siempre hácia el Levante, como si se hubieran propuesto por término de su viaje las fabulosas regiones donde nace al parecer el sol. Luchando unas veces, descansando otras, pero sin dejar de proseguir su marcha, atra-

(1) Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et Rebus Gestis.
En la lengua alemana de la edad media *Ceyten- gebeyten*, significa tardar.

(2) Veasé Jornandés.—Olao Magno.—Juan Magno.—Mariana.—Saavedra Fajardo.—Robertson.—Gibbon.—Montesquieu.—Scaligero.—Buena Ventura.—Vulcario. Verelio.—Hugo.—Grocio.—El Padre Mairaboug.—Don Ignacio Luzan.—Ortolan.—Amadio.—Tierry.

(3) Vease San Isidoro.
Pudkerton.—Investigaciones sobre el origen de los Escitas ó Godos.
Ferreras.
Don Martin de Ulloa; I tomo de las Memorias de la Academia de la Historia.
Mondejar.
Andrés Gonzalez de Randa.
Don José Pellicer.
Martin Fernandez de Enciso.

vesaron las dilatadas llanuras eslavas. Vencedores de los Herulos, Burgundiones y otras hordas de raza vándala, árbitros de los Bastarnos y Rojolanos que se oponian á su paso, les obligaron á incorporarse en sus filas y servirles de auxiliares, segun la práctica constante de los pueblos bárbaros, á cuya superioridad reconocida y probada, cedian los demas con quienes median sus armas. Atravesaron la Ucrania, recorrieron sus principales provincias, se estendieron por las orillas del Don, y llegaron, despues de grandes fatigas y combates, al punto donde el Borystene desemboca en el Mar Negro. Hicieron allí alto y dividiéronse en dos grandes campamentos, situándose unos sobre la orilla derecha, otros sobre la izquierda del rio.

En cuanto á los Gépidos, fueron desde luego á colocarse al Mediodia. Los que ocuparon la parte oriental del rio, tomaron el nombre de Ostrogodos, ó Godos orientales. Aquellos que se establecieron en la opuesta, se llamaron Visigodos ó Godos occidentales. De aquí vinieron á formarse dos pueblos, que á pesar de tener un orígen comun, y de haber vivido unidos por algun tiempo, siguieron diverso camino en la ejecucion de sus empresas, engrandeciéndose y prosperando bajo el mando de jefes diferentes (1).

Inquietos, audaces, sedientos de gloria y de botin, atraidos por la benignidad del clima y las producciones del Mediodia, apenas los Godos fijaron sus ojos en las fértiles y ricas llanuras de Dacia, la eligieron para teatro de sus primeras hazañas y conquistas. Pronto penetraron por la fuerza de las armas y á guisa de señores, en las principales ciudades de la Mesia, cuya capital, amedrentada y vacilante, lejos de apercibirse á la defensa, se declaró desde luego vencida y procuró comprar su salvacion á costa de un crecido rescate. Cúpole peor suerte, si es posible, á Filipopolis, que cayó despues en poder de los invasores. Nada pudo preservarla del saqueo, de la servidumbre y de las violencias de una soldadesca ébria de sangre y oro. El Emperador Decio, que, á fuer de Monarca y capitan, quiso en persona escarmentarlos, á la cabeza de un grueso ejército, perdió allí la vida, despues de haber presenciado la vergonzosa derrota de sus tropas y la completa disolucion de su campamento.

Envalentonados los Godos con tan señaladas victorias, lejos de retirarse, se abren paso á viva fuerza, penetran en el Bósforo, se apoderan de

(1) Veregothi... occidui Soli cultores.—Jorn. R. Get.

Sarmacia y de Tracia, cruzan las islas del mar Egeo, disputan el Mein, provocan en todas partes al águila del Imperio y arrancan del sucesor de Decio la promesa de una subvencion anual. Desde entonces, unas veces vencedores y otras vencidos, pero siempre infatigables, si acaso se ven obligados á huir por un momento, vuelven pronto á la carga, y como quien confía en sus fuerzas, repiten un dia y otro sus ataques e invasiones, llegando á enseñorearse de toda la Dacia hasta el Danubio, frontera y baluarte del Imperio romano que por algun tiempo contuvo sus incesantes tentativas.

Los Ostrogodos eligieron sus reyes en la noble familia de los Amales, los Visigodos en la de los Baltos (1). Animados de un mismo espíritu belicoso que les hacía aborrecer la paz, los primeros ejercitaron sin tregua su valor contra otras tribus mas incultas y bárbaras de raza eslava, á quienes sometieron; los segundos midieron sus armas con los romanos, tomando parte activa en sus contiendas y vicisitudes, unas veces bajo el concepto de auxiliares, otras como enemigos, con lo cual tuvieron motivo y ocasion de adquirir las primeras nociones del Evangelio y prepararse temprano para la grande obra á que estaban destinados.

Sus frecuentes comunicaciones con los Romanos hicieron poco á poco caer en el descrédito á sus dioses nacionales y prepararon su alma para convertirse á la verdadera religion. Encargóse de tan meritoria empresa, hácia el año 375, el célebre obispo Ulfilas, á quien sus compatriotas agradecidos dieron el nombre de nuevo Moisés (2). Desplegó en ella la solicitud de un pastor misericordioso, el entusiasmo de un profeta y la resignacion de un mártir. Aunque nacido en la Gotia, era hijo de padres romanos, que habian sido hechos cautivos por los Godos en una de aquellas frecuentes y asoladoras irrupciones que ponian en fructífero contacto al mundo bárbaro con el mundo civilizado (3). ¡Estraño fenómeno! La guerra y la conquista servian entonces de agentes á la moral evangélica y á la cultura.

Distinguíase Ulfilas por su celo, por su buena fé, por cierto candor bíblico que le hacía parecerse en muchas cosas á los antiguos patriarcas. Godo por nacimiento, romano por educacion, hubiera querido confundir en uno solo estos dos pueblos de su afecto. Ardiente partidario del cristianismo, se propuso estirpar á toda costa de su patria, con el ejemplo y la predicacion,

(1) Jorn.—R. Get.
(2) Notis temporis Moses.... Philos torg... Histor. ecles...
(3) Philostorg —II.—5.

las bárbaras prácticas de una idolatría fantástica y sanguinaria. Animado de estos sentimientos y con el laudable propósito de hacer á sus conciudadanos dos grandes beneficios, les enseñó el Evangelio y la escritura. Al efecto compuso para ellos un alfabeto con caractéres griegos y romanos, y tradujo la Biblia en lengua gótica, consagrándose así á la salud de su alma y al cultivo de su entendimiento (1). Guardóse, sin embargo, de traducir del Antiguo Testamento el libro de los Reyes, por temor de que la lectura de sus inspiradas hazañas fomentase el ardor guerrero de los Godos, que era de todas sus pasiones, la primera y mas vehemente (2).

Antes de conocer las letras Ulfilanas, poseian los Godos, segun suponen algunos eruditos, ciertos caractéres *rúnicos*, de que sin dudase servian para sus inscripciones; y en tiempos mas remotos tenian la costumbre de perpetuar su nombre y la memoria de sus hechos con montones de gruesas piedras que colocaban unas sobre otras en forma de pirámides y obeliscos (3). La tosca mano de improvisados arquitectos suplia la pluma del cronista. En estos libros de piedra escribian su historia. Así hablaban á los ojos de sus contemporáneos y transmitian á las generaciones futuras el recuerdo de sus hazañas.

La Biblia y la escritura causaron una verdadera revolucion entre los Godos, precursora de una nueva existencia (4). Pero no todos ellos se pres-

(1) Philostorg. II.—6.
San Gerónimo.—Epis. ad. Sum.—Sócrat.; IV, 33, pág. 626.
Lozom; VI. 37.
Jornandés.—De Getarum, sive Gothorum origine et rebus gestis.
Francisco Junio.
Locenio.

(2) In eorum linguam totam scripturam transtulit, excepto libro qui *dicitur* Regum.
Philostorg.
Era tal su amor á las armas, dice Olao Magno, que comparado con ellas todo lo demas tenia á sus ojos poquísima importancia.
Olaus Magnus.—De Gentibus Septentrion.
Aschbach.—Historia de los Visigodos.

(3) Olaus Magnus.—De Gentibus Sept.; lib. 1, cap. 21.

(4) La traduccion de la Biblia por Ulfilas es un códice del siglo VI escrito probablemente en Italia, con caracteres plateados, descubierto luego en Werden y llevado á Praga de donde fué estraido por los Suecos y depositado en la biblioteca de Upsal. Contiene este manuscrito los Evangelios, traducidos en gótico por Ulfilas, y ademas algunos fragmentos poco numerosos que han sido completados posteriormente, con nuevos descubrimientos, hechos en Walfenbuttel y Milan. De modo que la obra de Ulfilas comprendia los Evangelios, las Epístolas de San Pablo y algunos trozos de Nehemias y Esdras. Para que se forme idea de esta traduccion y del importante idioma en que se hizo, me ha parecido conveniente reproducir aquí el testo de la oracion Dominical. Dice así:

taron de buen grado á recibir las aguas del bautismo. Gran parte las rechazó, por el contrario, con tenaz violencia, y si bien algunos de sus jefes y caudillos siguieron el ejemplo de Constantino el Grande, otros, secundados por aquellos de sus parciales mas contumaces y aferrados á sus antiguas creencias y paganas tradiciones, reprodujeron en los bosques germánicos y á orillas del Dniester las sacrílegas persecuciones de Neron y Diocleciano. A imitacion del gentilismo romano, el gentilismo godo inventó crueles suplicios para destruir á los prosélitos del divino Maestro. Ya hacia sufrir á unos el martirio de los azotes; ya mandaba clavar á otros en enormes maderos para precipitarlos al fondo de los rios; y ya se complacia en descuartizar á estos; ya quemaba vivos á aquellos y ofrecia sus calcinados despojos en holocausto á impías y fabulosas divinidades (1).

El mismo Ulfilas, perseguido y maltratado, solo debió su salvacion á la hospitalidad de los romanos de Mesia, que le acogieron y libraron de sus verdugos (2).

Los Ostrogodos, por su parte, se derramaron por la Sarmacia y la Escitia, y una vez dueños de tan dilatadas comarcas, prolongaron sus victorias y conquistas hasta el Tanais, por el lado del Norte, y hasta las márgenes del Báltico, por el de Occidente. De todos sus reyes, fue sin disputa el mas célebre, Ermanrico, que vivió sobre ciento veinte años (3). Puede considerarse este monarca como el Licurgo y el Alejandro ostrogodo (4). Dotado de gran valor y pericia, guerrero y legislador, sometió en medio de su rudeza, á las razas eslavas, á las tribus germánicas, á los Gépidos y á los mismos Visigodos, su hermanos (5).

Su larga prosperidad le hizo odioso á ciertos caciques de los pueblos

«Atta umsar thu in himinam, weibnai uams theins slve in himina jah ana air thai; hlaif unsarana thana sinteinan gif uns himmadaga; jalo affet uns thatei skulans sijaima owaswe jahweis afletan thaim skulam unsaraim; jah ui briggois uns in frais tubujai, ak lausei uns af thamma ubilin, unte theina ist. Thiudagardi, jah maths jah wulthus in acwius.»

(1) Sócrat.; IV, 53.
Sozom.; V, 37.
Epiph.—Hares; 70.—Acta.
S. Sabæ Goth. ap. Balland. 12 April.
Giescler.—Doctrinal de la historia eclesiástica.
Hase.—Historia eclesiástica.
(2) Sozom ; VI, 37.
(3) Ermanaricus.—Jorn.—R. Get.
J. Ermenrichus.—Amm. Marc... XXXI, 3.
(4) Quem merito nonnulli Alexandro Magno comparavere majores.—Jorn. R. Get.
Boun.—Historia sui temporis et historia arcana.
(5) Jorn.—De rebus Gestis.

á quienes habia vencido y domeñado. Harto de sufrir su yugo y con objeto de suscitarle nuevos enemigos, un jefe de los Rojolanos, llamó secretamente á los Hunnos, á esos hombres de monstruosa fealdad y raza mongólica, que habian salido del fondo de la Tartaria. Descubierta la conspiracion, Ermanrico se mostró terrible, inexorable con los culpados, y como quiera que el principal autor de la trama hubiera conseguido con la fuga sustraerse del castigo que le esperaba, el monarca centenario, á quien la mucha edad no habia dulcificado el carácter, quiso castigar al traidor en la persona de su mujer. Sordo á la voz de la compasion, hizo moler y descuartizar por unos potros indómitos á esta desgraciada, que se llamaba Sanielh (1).

Los hermanos de Sanielh juraron vengarla. Para conseguirlo atrajeron al rey á una emboscada y le dieron de puñaladas, porque la sangre de la víctima pedia, por la ley del Talion, la sangre del verdugo (2). Pero no murió. Entonces los conjurados y descontentos volvieron de nuevo sus ojos á los Hunnos, y les prometieron una fácil victoria si les ayudaban á deshacerse del aborrecido Ermanrico. Al cabo se decidieron estos á probar fortuna, y á las órdenes de Balamiro cayeron de improviso sobre el vasto Imperio Ostrogodo (3).

El rey, cuyas heridas no estaban aun cicatrizadas, acudió presuroso á contener con las armas aquel nuevo diluvio de bárbaros que esparcian el espanto y la consternacion. Vencido en el primer encuentro, volvió á la lid, confiado en su buena estrella, pero sufrió con una nueva derrota, el mas amargo de los desengaños y perdió en pocas jornadas los laureles que habia amontonado durante medio siglo de batallas, triunfos y conquistas. Batido por una raza de mónstruos con figura humana, gemia de dolor, vergüenza y desesperacion. La vida se le hizo odiosa, y para no ver su deshonra, al cabo de tan larga prosperidad, ni caer vivo en manos de semejantes enemigos, se atravesó el corazon con su propia espada (4). Su sucesor Vitimiro pereció tambien en otra batalla decisiva. El dia de su

(1) Dicunt enim quamdam mulierem Sanielh nomine ex gente memorata, pro mariti fraudulento discessu, rex furore commotus equis ferocissimis illigatam incitatisque cursibus, per diversa divelli præcepisset...
Jornandés.—De Getarum, sive Gothorum, origine et rebus Gestis; cap. XXIV.
(2) Jornandés.—De Get. sive Gothorum origine et rebus Gestis: cap. XXIV.
(3) Orosio.
Jornandés.—D. G sive G. O. et G.
(4) Magnorum discriminum metu voluntaria morte se devit.—Amm. Marc.

coronacion no fue mas que el anuncio de sus funerales. Vencidos los Ostrogodos cuantas veces trataron de medir sus armas con los Hunnos, tuvieron que humillarse y someterse á tan formidables antagonistas.

En su desgracia tuvo no poca parte la superstición. La presencia de los Hunnos causó en los Ostrogodos un fatídico terror que preparó notablemente sus derrotas. Creian ver en ellos á espíritus malignos, á mónstruos dotados de un poder misterioso y sobrenatural. Verdad es que su figura, sus prácticas, todo contribuia á favorecer esta preocupacion. Vivian en el estado de los animales. Sustentábanse con frutas silvestres y trozos de carne medio cruda que tenian cuidado de colocar debajo de la silla del caballo, antes de comerlos, para que se macerasen y reblandeciesen con el sudor de este y el machaqueo de las asentaderas del ginete (1). Desdeñaban el cultivo de la tierra. Nunca habian vivido bajo techado, porque todo recinto cercado de paredes les parecia un sepulcro. Errantes por montes y selvas, sin patria ni hogar, se endurecian desde la infancia, acostumbrándose á sufrir los rigores del frio, del hambre y de la sed. Viajaban en compañía de sus rebaños y se hacian escoltar por convoyes de carros donde iba toda su familia. Era su traje una especie de saco de jerga oscura y un gaban de piel de rata salvaje. Nunca se mudaban de vestido y únicamente lo hacian, cuando el que usaban se pudria sobre su cuerpo y se caia á pedazos. Completaba su equipo un casco ó bonete que les defendia la cabeza y unos botines de piel de carnero que apenas cubrian la mitad de sus velludas piernas (2). El calzado toscamente hecho, sin regla ni medida, les estorbaba tanto, que les impedia combatir á pie como tropa de infantería. En cambio cualquiera hubiera dicho al verlos, que iban clavados sobre el lomo de sus caballos, brutos feos y pequeños, pero infatigables y mas veloces que el relámpago. A caballo pasaban su vida, tan pronto sentados á mujeriegas, tan pronto á horcajadas. Sin apearse celebraban sus juntas, compraban y vendian, comian y bebian: hasta dormian abrazados al cuello de su montura (3).

En las batallas embestian al enemigo sin órden, plan ni concierto, dando aterradores y furibundos alaridos. Si por acaso encontraban resistencia al punto retrocedian y se dispersaban, pero para volver á la carga

(1) Amm. Marc.
(2) Amm. Marc.—Historia de Roma.
San Gerónimo.
(3) Amm. Marc.—XXXV, 2.

con mayor impetuosidad. Escedian á toda ponderacion la fuerza y destreza con que disparaban sus flechas, que remataban en un hueso puntiagudo tan duro y penetrante como el hierro. Solian pelear de cerca, llevando una espada en la diestra y una red en la siniestra, con la cual procuraban maño-samente envolver y aprisionar al enemigo, mientras acudia á parar sus furibundos golpes. Carecian de toda religion : no practicaban ningun culto. El amor al oro era su pasion dominante (1).

Los Visigodos á su vez asustados tambien con la presencia de estos nuevos bárbaros, y temerosos de sufrir la suerte de sus hermanos, acometidos de improviso y derrotados en la primera refriega, buscaron precipitadamente un refugio entre el Pruth y los montes Krápatos (2).

Allí en vista del peligro, dividiéronse las opiniones acerca del partido que convenia adoptar para la comun seguridad. La diferencia de religion que habia dado márgen á profundas disidencias entre los Visigodos, no pudo menos de influir entonces para que cada uno apreciase de diversa manera la gravedad de las circunstancias y se introdujese la discordia cuando mas falta hacia la conformidad de pareceres.

Athanarico, uno de los jefes paganos, hombre díscolo, á quien Valente detestaba por haber dado auxilios á Procopio, queria que los Godos, caso de verse espulsados de sus atrincheramientos, se replegasen é hiciesen fuertes en las inaccesibles grutas de los montes Krápatos (3), al paso que Fridigerno y Alarico, cabezas y patronos de la grey cristiana, sostenian con ardor la opinion de que debia pedirse en tal apuro un asilo al Emperador Valente, allende el Danubio y en el territorio romano (4).

El pensamiento de los últimos, sostenido y apoyado por el venerable Ulfilas, quien entre sus buenas cualidades, tenia el defecto de ser en estremo crédulo é imprevisor, prevaleció al cabo y fue acogido no solo por los Godos convertidos, sino hasta por la mayoría de los que aun persistian en sus antiguas creencias. Athanarico, abandonado de casi todos los suyos, pero no vencido, fue á situarse en los desfiladeros de los montes Krápatos.

Tomó entonces el camino del Danubio la gente de Fridigerno y de Alarico. Abrian la marcha los varones en estado de llevar las armas ; venian despues las mujeres, niños, ganados y carros de transporte. Ulfilas á

(1) Amm. Marc.
(2) Amm. Marc.
(3) Amm. Marc.
(4) Sócrt.
Sozom.

la cabeza del clero, á guisa de Pontífice y peregrino, cerraba la comitiva y servia de custodio á la Iglesia ambulante, que consistia en una gran tienda portátil, clavada en un tablon con ruedas; dentro de la cual iban el Tabernáculo, los libros litúrgicos y los atributos pontificales (1).

Tan vehementes en su audacia como en su temor, al llegar á las márgenes del Danubio, los fugitivos cayeron de rodillas por un movimiento indeliberado, y despues de haber hecho una ferviente oracion, tendieron los brazos en ademan de súplica hácia la orilla opuesta, defendida por los reductos y las trincheras romanas (2).

Comprendió su deseo el comandante militar de aquel puesto fortificado, pero se negó á permitir el paso del río sin órden superior. Entonces nombraron una diputacion, compuesta de Ulfilas y varios godos principales, para esponer el objeto de sus pretensiones al Emperador Valente, príncipe supersticioso y tiránico, mejor soldado que capitan y político, en quien habia recaido con el legado de los vicios de sus antecesores, parte de la herencia de Constantino (3). Residia este á la sazon en Antioquía. Allí recibió el mensaje de los Visigodos. Averiguado el caso, lo consultó con sus favoritos, teológos y consejeros. Los mas previsores se mostraron opuestos á la admision de aquellos fugitivos, por temor de que tan indómitos huéspedes llegasen con el tiempo á convertirse en señores, y los ahora mansos corderos, en lobos sanguinarios (4). Otros por el contrario, veian en este suceso una buena ocasion para hacer soldados y custodios del Imperio á los que hasta entonces habian sido sus implacables enemigos (5). Pesadas todas estas razones, Valente consintió en admitirlos, pero bajo la precisa condicion de que apenas pusiesen los pies en el territorio romano, habrian de abrazar el arrianismo, cuya secta seguia, y de que se ostentaba ser, con pueril vanidad, doctor, pontífice y campeon.

Supo Ulfilas, entre dudas y mortales angustias, esta resolucion, que bien pudiera llamarse sentencia. Compelido por la fuerza de las circunstancias, tuvo que resignarse, mal de su grado, y bajar la cabeza encanecida por los años no menos que por las desgracias (6). Mucho afectó á los

(1) Hieron.—Epist. ad læt. IV, p. 591.—Pelliti gentes pellitæ.
(2) Zosim W.; 20.
(3) Amm. Marc.
Zosim.; IV, 20.
Jorn.—Rob. Get.; 23.
(4) Synes.—De regno; p. 25.
(5) Amm. Marc.—Hist. de Roma; lib. XXI.
(6) Sozom; VI, 37.

Visigodos semejante exigencia, porque se preciaban de buenos católicos, y cualesquiera que fuesen sus resabios gentílicos, habian mostrado siempre una profunda adversion por el arrianismo, pues que rebajaba al Hijo de Dios hasta el punto de igualarle á una criatura mortal. Pero colocados entre las garras de los Hunnos y la heregía, optaron por esta, y compraron á costa de su fe la hospitalidad romana.

Hízose confusa y tumultuosamente la travesía en los buques de una escuadrilla, destinada al efecto, en canoas y en balsas, bajo la inspeccion de dos comisionados del Imperio, Lupicino, conde de Tracia, y Máximo (1). Algunos pasaron el rio á nado, y otros en troncos de árbol, porque era mucha la prisa de los emigrados, é insuficiente el número de los barcos disponibles para tan considerable muchedumbre, cuyo recuento parecia á Ammiano Marcelino mas difícil que contar los granos de arena de los desiertos de la Libia (2).

Valente, al imponerles á todo trance sus creencias con el auxilio de falsos doctores y teólogos de su confianza (3), creyó que adquiria nuevos prosélitos, pero solo se hizo nuevos enemigos. En vano, como medida de precaucion y con el fin de tener sujetos á los belicosos forasteros que admitia en sus Estados, á tan duro precio, exigió, despues de haberlos humillado, que las mujeres é hijos de sus principales familias fuesen enviados á las ciudades de lo interior para servir de rehenes y caucion (4); en vano dispuso que á ningun hombre se le permitiese atravesar el rio sin haber dejado antes las armas (5). Todo fue inútil: pronto recibió el castigo de su mala fe y de su culpable imprevision (6).

Mucho contribuyó al efecto, anticipando la hora de la venganza, el cúmulo de insultos y vejaciones que recibieron los Godos en la orilla romana del Danubio, donde engreidos por el deseo, esperaban confiadamente encontrar la tierra de promision. Apenas las esposas é hijas de estos fueron separadas de sus maridos y padres para su internacion, en cumplimiento de las órdenes del Emperador, los comisionados romanos, los tribunos y los centuriones se abalanzaron á ellas á impulsos de su codicia y de sus li-

(1) Amm. Marcelino.—Hist. de Roma.
(2) Amm. Marcelino.—Hst. de Roma; lib. XXXI.
(3) Sozomeno; V; 37.
(4) Amm. Marc.—Hist. de Roma.
(5) Amm. Marc.—Hist. de Roma.
(6) Orosio.—Historiarum adversus paganos.
Sócrates.—Historias eclesiásticas.

cenciosos apetitos. Vióse entonces un mercado vergonzoso. Perdido todo pudor, procedieron á repartírselas como si fuesen sus prisioneras y cautivas. Cada cual se adjudicó la parte del botin que mejor le cuadraba y escogió á medida de su gusto y segun sus miras y designios (1). Quién se apoderaba de una matrona corpulenta y lozana; quién elegia una tímida vírgen de azules ojos y rubios cabellos. De aquí orignáronse disgustos y contiendas. El ánsia de obtener la preferencia en tan odioso reparto, puso mas de una vez la blasfemia en los labios y la espada en las manos de aquellos indignos satélites del Emperador. Tambien aprovecharon la oportunidad varios traficantes que esplotaban los atractivos del bello sexo para aumentar con hermosas doncellas de raza goda, el número de las meretrices destinadas en los burdeles romanos al culto de la prostitucion. Y como si tales atentados fuesen poco, eran arrebatados por el derecho de la fuerza los niños de mejor traza para reducirlos y acostumbrarlos desde temprano á la esclavitud (2). Algunos propietarios compraban á vil precio los jóvenes que les parecian mas á propósito para el servicio doméstico; otros que poseian tierras de labranza obtenian hombres hechos y vigorosos que enviaban á sus haciendas en calidad de siervos y colonos (3).

En medio de tan escandalosos actos, que ponian de manifiesto con los mas vivos colores el libertinaje y la inmoralidad de los Romanos, la órden de desarmar á los Godos quedó sin la debida ejecucion. Los encargados de cumplirla, satélites venales y corrompidos, no tuvieron reparo en dejárselas á cuantos compraban con dinero esta peligrosa condescendencia (4). No menos reprensible fue la conducta de los proveedores y asentistas que tenian el encargo de proporcionar y repartir víveres á los emigrados. Fuera de que eran de pésima calidad y estaban averiados, apenas bastaban para una mínima parte de aquellos desgraciados, cuyo número ascendia á doscientos mil hombres en estado de llevar las armas (5). Semejante escasez fue otro motivo de granjeria y especulacion. Vendíanse á peso de oro á los mas acosados por el hambre, hasta los despojos y carnes putrefactas de animales inmundos, subiendo ó bajando la tara, segun el peculio que cada uno de ellos poseía, á juicio de los sórdidos abastece-

(1) Ennap.—Hist. 6.
Zosimo; IV. 20.
(2) Ennap.—Zosimo.
(3) Ennap.—Hist. 6.
(4) Ennap.—Hist.
(5) Ennap: 6.

dores (1). Por cada perro muerto se les exigia en pago un esclavo. Algunos llegaron á vender hasta sus propios hijos por una libra de pan (2). Entretanto, llevadas sus mujeres á lo interior y espuestas sin defensa ni preservativo á las torpes seducciones de tan infames patronos, respiraban con el aire pestilente del Imperio, el virus de la corrupcion (3). De modo que los beneficios de la hospitalidad que debieron á los Romanos fueron el insulto y la esclavitud para sus héroes; el cautiverio y la deshonra para sus mujeres; la miseria y la orfandad para sus hijos.

Tantos atropellos, tantos ultrajes exasperaron á los Godos. Colmada la medida del sufrimiento, hizo estallar su indignacion, que á duras penas contenian, la pérfida asechanza que el conde Lupicino preparó en cierto festin á los dos jefes bajo cuyos auspicios habian recibido la hospitalidad romana (4). Sobre haber prohibido á sus gentes la entrada en la ciudad de Marcianópolis, donde se celebraba el convite, á pesar de que necesitaban proveerse allí de víveres, medida que ocasionó una violenta colision entre godos y soldados romanos, mandó degollar á los guardias de la escolta que acompañaba á Fridigerno y Alarico. Poseidos de justo furor los Godos, convocan á los suyos con las bélicas trompas, cuyo ronco y triste sonido anuncia la hora de la rebelion y de la venganza (5); franquean ya por industria, ya á viva fuerza, el paso del Danubio á otras hordas de bárbaros; pónense de acuerdo con Athanarico; acuden á recoger las armas que tenian ocultas, y se proporcionan las demas que necesitan; se organizan á la vista misma de sus verdugos, y se desencadenan al cabo, entregándose al pillage, y llevando por todas partes la muerte y la devastacion. Pronto devuelven á sus opresores insulto por insulto, robo por robo, golpe por golpe, asesinato por asesinato. Rara vez el abuso de la fuerza deja de traer el abuso del derecho.

La odiosa conducta observada por los Romanos con los Godos causó su perdicion. Las vergonzosas pasiones de que estaban poseidos, dieron á estos últimos motivo para convertirse en sus irreconciliables enemigos, y les proporcionaron ademas medios eficaces de insurreccionarse contra el Imperio. Cegados por su rapacidad y dispuestos á la prevaricacion, vendieron

(1) Amm. Marc.
(2) Amm. Marc.; lib. XXXI.
(3) Ennap.—Hist. 6.
(4) Jornandés.
Amm. Marc.
(5) *Etduuistisque triste sonantibus cornuis.*—Amm. Marc.—Historia de Roma.

á cuantos de los entonces refugiados y antes enemigos quisieron comprarlo, el derecho fraudulento de conservar las armas con que habian de hacerles la guerra mas tarde. Al querer especular con el hambre de los estenuados fugitivos que se acogian á su amparo, les inspiraron el valor de la desesperacion. El medio inícuo con que, á impulsos de su desenfrenada lascivia, se apoderaron de las mujeres de sus austeros huéspedes para prostituirlas, puso el colmo á su resentimiento y aversion, porque el hombre perdona mas fácilmente los daños que se le hacen que las afrentas que recibe. Por efecto de ese ódio, el nombre de romano vino á significar para ellos el sér mas infame, mas pérfido, mas vicioso (1).

Envió el César un ejército bajo las órdenes de Lupicino para reprimir y castigar á los rebeldes. Derrotado cerca de Marcianópolis, capital de la baja Escitia, tuvo que retirarse. Obedeciendo á la consigna de Fridigerno, su jefe, los godos se abstenian de atacar las plazas fuertes y ciudades muradas, para no consumir un tiempo precioso en las pesadas maniobras de sitios y asaltos á que estaban poco acostumbrados (2). En cambio caian sobre las poblaciones abiertas y todo lo asolaban. La tempestad que habian suscitado inauditas violencias, lejos de apaciguarse, arreciaba mas y mas. Al oir el estampido de los truenos, Valente se despertó al fin de su letargo, y perdió su imprudente confianza, pero no su natural osadia. La inminencia del peligro le hizo abandonar las aulas teológicas por el campo de batalla. A la cabeza de un ejército, reunido apresuradamente, corrió al encuentro de sus ultrajados huéspedes, convertidos en implacables agresores. Avistáronse las fuerzas beligerantes entre Andrinópolis y Nocea. Era el 5 de Agosto del año 328. Allí dióse la batalla bajo los ardientes rayos del sol de la canícula, que parecian multiplicarse y despedir saetas de fuego con el reflejo y la reverberacion de las armas. Los Godos, mejor situados que los Romanos, para aumentar el calor que á estos abrasaba y sofocarlos, habian prendido fuego por varias partes á un bosque de espesas retamas de que estaba cercado su campamento. Envueltos en llamas, acometidos en todas direcciones con estrepitosos alaridos, cegados por espesos remolinos de polvo y humo, que formaban á su alrededor una atmósfera tenebrosa y abrasadora, rendidos de cansancio, atormentados por el hambre y la sed, cubiertos de propia y estraña sangre, no tardaron en verse deshechos y rotos por el ímpetu de los bárba-

(1) Véase á Muratori y á Luitprandi.
(2) Pacem sibi esse cum parietibus.—Amm. Marcelino.

ros, á quienes animaban el amor á la independencia y un justo resentimiento (1). El mismo Valente cayó herido de una saeta. Transportáronle varios de sus soldados á una choza inmediata, donde aun antes de que pudieran vendarle las heridas, fue sorprendido por una turba de Godos que recorrian á la desbandada el campo de batalla para despojar á los muertos y cebarse en los fugitivos. Encontrando cerradas y defendidas las puertas de la choza, la incendiaron. Valente murió abrasado con todos sus compañeros, despues de haber perdido la flor de sus guerreros, cuyos cadáveres insepultos fueron pasto de las aves de rapiña (2). Así pereció en una miserable barraca el monarca presuntuoso, el heresiarca fanático, el sórdido y ciego trastornador que desde los magníficos palacios de Constantinopla, puestos un pie sobre Asia y el otro sobre Europa, aspiraba á ser dueño, no solo del cuerpo, sino del alma de sus vasallos. Tan profunda impresion causó su muerte, que se atribuyó esta á la cólera divina. Refieren las antiguas crónicas, en que no pocas veces la supersticion usaba el lenguaje de la piedad, que al salir de Constantinopla contra los Godos, un ermitaño llamado Isaac, abandonó al verle su austera celda, poco distante de la capital del Imperio, y atajándole el paso le dijo entre otras cosas: «¿A dónde determinas ir? ¿No adviertes que te falta el socorro de Dios, contra quien te has rebelado? Restituye los pastores á sus rebaños y conseguirás la victoria. Pero si desprecias mis avisos no ha de tardar el escarmiento, porque perdiendo el ejército y el Imperio, no volverás á Constantinopla.» Airado el Emperador le contestó: «Sí, volveré, y te daré muerte en pena de tu falso aviso.» Entonces sin alterarse y con gran reposo replicó el santo varon: «Ejecuta tu intento, si vieses que en algo te he mentido (3).»

Victoriosos los Godos, se abandonaron á todo género de violencias, poniendo en grande apuro y no escasa consternacion á la misma Constantinopla (4), y continuaron sus hostilidades hasta que Teodosio, natural

(1) Amm. Marcelino.—Historia de Roma.
(2) Amm. Marc.—Sócrat.
Teodoret.
Sozom.
Philostorg.
Zosím.
(3) Teod.; lib. IV, cap. 30.
(4) Ruf.; lib. II.
Sócrat.
Sozomeno.
Hieron.
Orosio.

tero é infatigable. Godo por su origen y aun mas por sus cualidades, reunia al fervor del hombre primitivo, el cálculo del hombre civilizado. Conocia á fondo el carácter fogoso de sus compatriotas, de cuyas pasiones participaba. Piadoso, á pesar de ser arriano, pero algun tanto fanático, se suponia, ó quizás se imaginaba de buena fé conducido por una secreta é irresistible predestinacion. Aunque bárbaro, poseia la espera y perseverancia de los grandes hombres. En mejor época y con súbditos mas civilizados, hubiera sido un conquistador como Alejandro, un capitan como César, un monarca como Carlo Magno.

Dióse Gaina por sentido de este nombramiento, y juzgándose desairado, no solo prefirió quedarse al servicio de Arcadio con algunos de sus parciales, sino que propuso y consiguió se quitase á los Visigodos de Alarico, su favorecido antagonista, el sueldo de que habian hasta entonces disfrutado (1).

Aprovecharon este y los suyos el pretesto que tan oportunamente se les presentaba para romper los pactos de alianza ofensiva y defensiva que tenian ajustados con el Imperio y considerarse libres de todo compromiso. Pronto, aparentando hallarse arrebatados de un justo despecho, como quienes habian recibido imperdonable ofensa, abandonaron la actitud de aliados para tomar la de enemigos.

Noticioso por su parte Rufino, del disgusto y de las disposiciones hostiles de los Godos, lejos de procurar aplacarlos ó aprestarse á reprimir su rebeldía, se concertó secretamente con ellos, y dando pábulo á su ardor belicoso con el aliciente y la esperanza de nuevas victorias, les allanó el camino para que sorprendiesen y talaran impunemente, por vía de represalias, la Iliria, la Macedonia y la Tracia. Luego, á mayor abundamiento, con ánimo de distraer las fuerzas de los ejércitos imperiales y resuelto á consumar su traicion, se propuso y logró que los Hunnos, Alanos, Masagetas y otros bárbaros que iban aglomerándose en son de guerra al rededor del dividido trono de los Césares, invadiesen al mismo tiempo por un lado la Alemania, y por otro las demas provincias del imperio de Oriente, libres aun de sus estragos.

Los Visigodos, por su parte, exaltados con el feliz éxito de sus primeras tentativas, sienten redoblar su aliento y natural audacia. Una

(1) San Amb.; ep. 5.
Procopio.—De *Bello Goth.*

vez entrados en campaña ¿quién podria refrenar su espíritu aventureró y poner un díque al arrebatado curso de sus hazañas? Bajo los estandartes de Alarico, acometen y recorren la Dalmacia, donde dejan tras sí ruinas y escombros; someten por la fuerza de las armas á la Tracia, atónita y espantada; se enseñorean de la Macedonia, á quien faltaba otro Alejandro, en tan duro y aflictivo trance. Cargados de botin y despojos atraviesan luego las Termópilas, cuyo paso les franquea la traicion de Antioco y Gemicio que las guardaban, profanando la memoria de Leonidas y de los trescientos Espartanos, mártires de su patriotismo, y se derraman con universal terror por toda Grecia, tratándola como un pais de conquista. La Arcadia los reconoce por señores; Lacedemonia se rinde; Corinto les abre las puertas. Nada se les resiste. Atenas, la misma Atenas, la ciudad de Minerva, la cuna de las ciencias y las artes, se postra ante unos bárbaros que desprecian su sabiduría, y permite que sus aulas, escuelas y liceos sirvan de cuarteles á los soldados de Álarico. Menos á propósito para las armas, en aquellos dias de decadencia, que para las controversias escolásticas, sufre la ley del vencido (1).

Entretanto, Arcadio, digno colega de su hermano, rodeado de esclavos, favoritos y cortesanos, ejercia á su sabor el despotismo asiático y ostentaba todas las estravagancias del lujo oriental. Inminente era el peligro cuando el ruido de las armas godas llegó hasta el suntuoso palacio del hijo de Teodosio, donde realizaban las maravillas de los Cuentos árabes, espaciosos salones con sus paredes de pórfido, su pavimento enarenado con polvos de oro y sus colgaduras de Persia (2). En tal conflicto, un eunuco, un camarero, un esclavo, vendido y revendido muchas veces, Eutropio, en fin, nuevo favorito de Honorio, salvó el Imperio de Oriente, que perdian generales y ministros traidores, pero para deshonrarle luego con su privanza, sinónima de granjería vergonzosa, durante la cual prostituyó la autoridad pública, vendió los primeros cargos del Estado y traficó con la justicia (3). Habiendo descubierto las tramas de Rufino, avisó de ello á

(1) San Gerónimo; ep. 3.
(2) San Juan Crisóstomo.
(3) Claudiano.—In Eutropio, 1.
San Próspero.
San Juan Crisóstomo.
Sócrates.
Zosimo.
Sozomeno.

Estelicon, y puestos ambos de acuerdo, dieron muerte al traidor doméstico cuando mas esperanza tenia de obligar al flojo y desprevenido Arcadio á compartir con él la autoridad soberana (1). Cortáronle la cabeza en castigo de su felonía, y la clavaron en la punta de una lanza para ejemplo y escarmiento; pero el remedio era tardío, y la muerte de un hombre no podia impedir ni retardar siquiera las catástrofes que se preparaban. Cuando abundan los traidores, por efecto de los vicios y de la inmoralidad reinantes, el suplicio de cualquiera de ellos no contiene á los demas; antes bien parece como que les incita y estimula á tentar fortuna, en la persuasion de que en las naciones corrompidas y depravadas tienen al cabo mayores probabilidades de triunfo la perfidia que la lealtad, el crímen que la virtud.

Así lo acreditan la conducta y el trágico fin de Gaina en Oriente, y de y de Estelicon en Occidente. En premio de sus servicios Gaina fue nombrado prefecto de la milicia y se le concedió una iglesia en Constantinopla para él y los suyos de la secta arriana. No obstante estos y otros favores á cual mas lisongero, de que le habia profusamente colmado Arcadio, sobre todo despues de la muerte de Eutropio, que espió los crímenes de su privanza en el cadalso (2), volvió las armas contra su bienhechor y se creyó con derecho á disponer del Imperio, segun convenia á sus intereses y designios. Valido del mando que ejercia, hizo salir bajo fútiles pretestos á las tropas romanas de la corte imperial é introdujo las de sus turbulentos Godos, que de mala gana y con notoria impaciencia permanecian al servicio del Emperador. Con ellas por tres veces intentó apoderarse del palacio de Arcadio y quemarlo; pero rechazados y otras tantas fuertemente combatidos por el pueblo, se vieron obligados á fugarse y abandonar la ciudad, despues de haber perdido siete mil hombres, de los cuales unos murieron á manos de la guardia imperial, que aun quedaba, y otros abrasados en el oratorio donde solian celebrar las ceremonias de su culto. Enfurecido, mas que escarmentado, Gaina por este merecido descalabro, reunió apresuradamente

(1) San Prósp.—In Chron.
Zosimo.
(2) Claudiano.—In Eutropio.
San Juan Crisóstomo.—In Eutropio.
Sócrat.; lib. VI, cap. 5.
Zosimo; lib V.
Sozomeno; I, VIII, cap. 6.
San Próspero.—*De credidisti.*

nuevas fuerzas y trató de volver contra Constantinopla para vengarse. Desistió, sin embargo, de su intento, á ruego de San Crisóstomo, que le fue enviado por Arcadio, en calidad de mensajero, y cuya eficaz elocuencia logró, cuando no aplacar, contener á lo menos, al bárbaro irritado. Gaina quiso pasar entonces á las regiones de Asia. El mar se opuso á sus designios. Un naufragio le precisó á tomar tierra en Tracia donde pereció con el resto de los suyos en un encuentro con las tropas imperiales. Cortáronle, como á Rufino, la cabeza, que fue llevada á Constantinopla al modo de trofeo (1).

En cuanto á Estelicon, el orgullo y la ambicion causaron tambien su pérdida. No contento con haber elevado al tálamo imperial, una tras otra, á dos hijas suyas, Maria y Termancia, que no por adquirir el título de esposas de Honorio, dejaron de permanecer vírgenes (2), aspiró á mayores privilegios todavía y se condujo de modo, que dió pretesto á sus émulos y enemigos para atribuirle el designio de sentar á su hijo Euchario en el trono de Occidente. Vencedor de Alarico en las faldas del Apenino; vencedor de Radagaso, Rey de los Ostrogodos, que atravesando los Alpes habia puesto cerco á Florencia, cuya empresa le costó la vida (3), preponderante en los campos de batalla, temido y respetado en la corte, pensaba que la fortuna habia de serle siempre propicia. Deseando debilitar al Imperio para dominarlo mas fácilmente y constituirse en árbitro de sus destinos, cuando nada tenia que temer de los Ostrogodos, y le hubiera sido fácil anonadar á los Visigodos, hizo paces y celebró nuevos pactos con el terrible monarca de estos últimos, quien en su virtud, se comprometió á concurrir con sus tropas al servicio del Imperio, mediante un crecido sueldo (4).

(1) San Juan Crisóstomo.—Homil. de *Abatis*.
Sócrates: lib. VI, cap. 6.
Sozomeno; lib. VIII, cap. 4.
(2) Jornandés.
Amm. Marcelino.—Hist. de Roma.
(3) San Agustin.
Orosio.
San Isidoro.
(4) Olimpiódoro.—In Fragmentis.
Prudencio; lib. II.
Claudiano.—De Bello-Getico.
Orosio; lib. VII, cap. 37.
Sozomeno; lib. IX, cap. 4.
San Isidoro.—In Chron.
San Próspero.—In Chron.

Conducta tan benévola, que fue reputada por una prueba de flaqueza, alentó á las demas Naciones bárbaras y les dispuso á rebelarse contra el Imperio, pues no parece verosímil que á ello les indugese el mismo Estelicon, segun presumen algunos historiadores. Como á una señal convenida, toman sus armas de comun acuerdo, los Suevos, Vándalos, Alanos y Silingos, bajo las órdenes de sus respectivos Reyes, Atanarico, Gundérico, Ataces y Cerpendial. Divididas estas cuatro Naciones en ejércitos espedicionarios, invadieron en el espacio de dos años todas las Galias; talaron los campos, devastaron sus provincias, saquearon sus principales ciudades, redugeron una parte de sus infelices moradores á la esclavitud, pasaron la otra al filo de la espada (1), y no cesaron de señalar su presencia con repetidos atentados, hasta que sobrecogido Honorio y viendo desmoronarse su Imperio, se degradó hasta el punto de hacer con ellos un ajuste vergonzoso, en cuya virtud se obligaba á cederles las Españas bajo la condicion de que habian de restituirle el territorio que ocupaban. La triste suerte de Maguncia y la ruina de otras poblaciones, presa de los bárbaros, arrancaron dolorosos lamentos á San Gerónimo y Salviano.

Tan repetidas conquistas alarmaron á los pueblos y ejércitos del Imperio. Como el torrente desbordado iba engrosando en su curso devastador, todas temian por su seguridad. El carácter de un príncipe absoluto se refleja siempre en los actos públicos y sucesos políticos de su reinado. Lo inminente del riesgo puso mas en evidencia, por lo tanto, el apocamiento y la ineptitud de Honorio, que no daba señales de vida, y al ver que los bárbaros habian llegado en sus correrías hasta Calés, sin que se tratase de contenerles, las legiones romanas que guarnecian las costas de Inglaterra, levantaron por Emperador á uno de sus capitanes llamado Marcos (2). Pero descontentos de su obra ó estraviados por el temor, pronto le dieron muerte, eligiendo en su lugar á otro, cuyo nombre era Graciano, de quien con no menos prontitud se deshicieron tambien á los pocos dias. En este trabajo sangriento de erigir y degollar Emperadores, hubieron de hacer alto en un soldado raso que casualmente se llamaba Constantino, y aun cuando no tenia méritos ni servicios conocidos, parecióles su nombre de feliz agüero; y por si al recibirlo en la pila bautismal, habia heredado la for-

(1) San Próspero.—In Chron.
Zosimo; I, 6.
Casiodoro.—In Chron.
Orosio; lib. VII, cap. 32.
(2) Zosimo.

tuna del célebre vencedor de Magencio, le adjudicaron sin empacho la púrpura de los Césares. El agraciado, desvanecido por tan inesperado nombramiento, se creyó de buena fé otro Constantino. Para imitar á este, dió el nombre de Constante á cierto hijo suyo, que estaba sumido en un monasterio, le condecoró con el título de César, y puso en su cabeza tonsurada un fragmento de la corona imperial.

Impaciente el nuevo electo por tomar posesion del Imperio, embarcó sus legiones y pasó á Bretaña. Engrosado su ejército con los jefes y oficiales descontentos de las tropas residéntes en las Galias, derrotó á los Suevos, Alanos, Vándalos y otros bárbaros que las devastaban, pero con el designio de aumentar sus fuerzas, no solo dió libertad á los prisioneros que habia hecho en el campo de batalla, sino que los admitió bajo sus banderas, concediéndoles el honor de soldados romanos, por lo cual se llamaron luego Honoriacos. Desde entonces no pensó mas que en quitar á Honorio, su rival, todos los medios de perjudicarle. Al efecto pasó en persona á ocupar las estrechuras de los Alpes, y con objeto de tener asegurada á España para que le guardase las espaldas, envió á su hijo Constante con algunos tercios de sus legiones y todos los honoriacos, quienes de ella se hicieron dueños, no obstante el arrojo y la resistencia con que trataron de cerrarles el paso de los Pirineos, Dídimo y Veneciano, parientes del Emperador Honorio.

El vértigo no ha terminado. Poco fruto reportó Constantino de sus victorias, porque Genserico, á quien habia confiado el gobierno de España, repudió de pronto á su soberano, y proclamó un nuevo Emperador, á Máximo. ¡Tres Emperadores para un Imperio! El cetro de los Césares, hecho pedazos, pasaba de mano en mano como los dados en un juego de envite ó azar.

Entretanto, Alarico que residia en las provincias, aprovechando la oportunidad de estos desórdenes, é incitado secretamente por Estelicon, bajo el pretesto de que no se le pagaba el sueldo pactado, se dejó ver segunda vez en Italia, no menos terrible que la primera, amenazando al Emperador Honorio que si no le dejaba prontamente satisfecho, se cobraria con la espada. Cada vez mas soberbio y menos contenido, dejó con ánimo deliberado el tono de la súplica para tomar el de la intimacion, y añadió á esta imponente amenaza la nueva y poco apreciada demanda, de que Honorio le señalase provincia para la holgada y definitiva residencia de sus Godos. En vano el Senado romano y el Emperador aplazaron en tal apu-

ro la respuesta para el año siguiente, con propósito tal vez de eludir el compromiso : en vano trataron de ahuyentar al visigodo, con el ostentoso alarde de nuevas fuerzas. Al cabo tuvieron que acceder á sus irritantes exigencias, sinónimos de mandatos, y convinieron, á despecho suyo, en cederle las Galias y la España, á trueque de que las redimiese del yugo de los demas pueblos bárbaros y defendiera de cualquiera otro enemigo. Celebrado este convenio, Alarico, en cumplimiento de lo pactado, se puso sin demora en marcha para las Galias. Pero Estelicon, bien porque viese en este tratado una transaccion contraria á sus ocultos planes, bien porque le pareciese oportuna la ocasion para deshacerse de Alarico, envió secretamente á Saulo, general de toda su confianza, con un gran cuerpo de tropas romanas, para que ocupando las estrechuras de los Alpes, diese de golpe sobre los Godos y, ó los destruyese impunemente, ó los irritase con tan imprevista agresion (1). Atacó en efecto Saulo con sus fuerzas emboscadas, á los Visigodos. Era el tercer dia de Pascua. Alarico, aunque arriano, rehuyó el combate y pidió demora, por parecerle un acto de irreverencia y una verdadera profanacion toda lucha y todo derramamiento de sangre en tan solemne aniversario. Pero los Romanos, que si bien se preciaban de católicos puros, conservaban todavía no pocos achaques del gentilismo, burlándose de sus piadosos sentimientos, lejos de suspender las hostilidades, le provocaron y acometieron instantáneamente. Obligado á defenderse, aceptó la batalla y consiguió una señalada victoria. Irritado por el engaño que suponia de Honorio, volvió luego apresuradamente sus pasos hácia Italia. El ruido de su marcha era el trueno lejano que anunciaba la tempestad.

Esta catástrofe y el temor á las represalias de Alarico, encendieron repentinamente la mal segura cólera de Honorio contra Estelicon, á lo cual contribuyeron no poco las siniestras é interesadas sugestiones de Olimpio, entonces capitan de sus guardias con preeminencias de valido, y á quien luego, por sospechas mas ó menos fundadas, mandó cortar las orejas y condenó al ignominioso suplicio de los azotes. En la esfera de las privanzas no hay mas que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya. Sin pérdida de tiempo, Honorio dió órden de matar en Rávena, donde ocultaba su miedo, á Estelicon, despues de haber desde Milan decretado la confisca-

(1) Zosimo, lib. VI.
Jornandés.—Hist. Goth., cap. 30.

cion de sus bienes, declarándole enemigo público de la patria (1). De nada sirvió al general vándalo refugiarse en un templo y buscar dentro de tan sagrado asilo la proteccion de los altares. Arrancado de allí por los satélites de su yerno parricida, fue conducido al suplicio. Recibió el golpe mortal con intrépida serenidad, regando con su sangre, derramada por mano del verdugo, las águilas romanas que tantas veces habia conducido á la victoria (2).

Alarico no tiene ya adversarios dignos de inspirarle respeto, ni Roma generales capaces de reprimir su audacia. Muerto Estelicon, ¿cómo no ha de quedar el Imperio de Occidente á merced del monarca visigodo? El bárbaro no vacila. A la cabeza de su ejército y con aquella prodigiosa actividad, que Ciceron llamaba *horribilis diligentiæ monstrum activitatis*, se dirige á marchas forzadas contra Roma. ¿Y qué hace Honorio entretanto? Al saberlo, poseido de terror, y creyendo ver en cada víctima suya un partidario ó un cómplice de Alarico, se deshace de Euchario por medio del puñal de dos eunucos (3), y deja estrangular á Sevena, viuda de Estelicon (4). Pero despreciando el Rey visigodo aquella mezquina cólera que se ceba en mancebos indefensos y tímidas mujeres, prosigue sin descanso su precipitada marcha. «¡Detente!» le grita un ermitaño en su camino. «No puedo,» le contesta el bárbaro, oigo dentro de mí una voz misteriosa que me grita: «Apresúrate y no descanses hasta destruir á Roma (5).»

Llega el nuevo Breno á la vista de la ciudad imperial y arroja su espada en la fluctuante balanza donde se pesaban sus destinos. ¿Quién habrá de defenderla y salvarla? Nadie: en vano, desconfiando del auxilio de Dios, invocan sus moradores, por consejo de torpes hechiceros, el de las divinidades del gentilismo, en cuyos templos idolátricos les ofrecen nuevos é impíos sacrificios (6). Los oráculos enmudecen: Roma no produce ya héroes como Camilo, capaces de rescatarla con el acero, sino viles mercaderes, que ajustan su redencion y compran su libertad por cinco mil libras de oro, trece mil de plata, mil túnicas de seda, tres mil piezas de púrpura y otras tantas libras de pimienta. Mediante esta contribucion,

(1) Cod. Teod.
(2) Cr. Fr. Schulzce.
(3) Orosio; lib. VII, cap. 38.
(4) Zosimo; lib. VI.
(5) Sozomeno; lib. IX, cap. VII.
Sócrates; libro VII, cap. X.
(6) Sozomeno; lib. IX, cap. VII.

consintió Alarico en perdonar la vida á los habitantes de Roma, pero antes de levantar el asedio, recabó á mayor abundamiento del Senado la formal promesa de que mediaria con Honorio para que se le pagase todos los años, al modo de tributo, una suma de oro y cierta cantidad de trigo, se cediesen á los Visigodos las provincias de Istria y Venecia, Nórica y Dalmacia, y se le confiriese el mando y baston supremo de general de las tropas del Imperio.

El Senado cumplió su palabra; pero Honorio lejos de acceder, ya que no gustoso, resignado al menos, á las pretensiones de Alarico, hizo jurar con insensata jactancia á los oficiales de sus tropas que nunca transigirian con los Godos. Alarico contestó á tan imprudente desafio volviendo á presentarse delante de Roma. Intimó al Senado que le abriese sus puertas. Fué obedecido, y, por una mira política, penetró en la capital del mundo como amigo aun mas que como conquistador. Pudo entonces colocar en su cabeza la corona de Augusto; prefirió, sin embargo, hacer un nuevo César con la punta de su espada. En este ánimo obligó al Senado á proclamar Emperador al pusilánime Atalo, prefecto de la ciudad, quien apenas vistió la púrpura, usó de la autoridad que debia al capricho de un Rey bárbaro, confiriendo á su patrono el generalato de las armas de Occidente, y á su cuñado Ataulfo el mando de sus guardias, con el título de conde de los Domésticos. ¡Cuánta ignominia! ¡Cuánta degradacion! (1).

Pronto dió el improvisado César con su conducta sospechosa motivo ó pretesto á su descontentadizo protector para despojarle de la suprema autoridad. En castigo de haber dejado sufrir á Roma los tormentos del hambre y horrores de la peste por falta de granos y otras provisiones alimenticias, le arrancó ignominiosamente la púrpura de los hombros y se la envió á Honorio como una prueba de sus deseos de conciliacion (2). De esta suerte un Rey bárbaro se hallaba constituido en árbitro del Senado, de las legiones romanas, del mismo Imperio, y daba ó quitaba coronas, segun convenia á sus designios.

Es de presumir que Honorio viese en este presente una injuria, en vez de considerarlo como una prenda de reconciliacion, pues permitió en pago, aun cuando no se lo ordenase, á Saro, capitan de los hunnos, que milita-

(1) Zosimo; lib. V.
Sozomeno; lib. IX, cap. IX.
San Próspero.—En su Cronicon.
(2) Zosimo; libro VI.

ba á su sueldo, salir de Rávena con trescientos soldados y dar de pronto sobre los Visigodos. Semejante provocacion, añadida á otras tantas no menos alevosas, si bien mas embozadas, colmó la medida. Nada, nada puede ya contener los furibundos ímpetus de Alarico. ¡Ay de la capital de Occidente! Italia se estremece, Roma tiembla y el mundo antiguo presiente una terrible catástrofe.

¿Y acaso Honorio se prepara en vista del peligro á la defensa y arma el brazo para el combate? No. ¿Qué hacia el hijo de Teodosio, qué hacía cuando la cuchilla de los Godos derribaba las puertas de Roma y un enjambre de bárbaros penetraba á favor de las tinieblas de la noche en la señora del mundo? (1) Jugar dentro de Rávena con una gallina, á quien habia dado el nombre de Roma. ¡Digna ocupacion de tan indigno soberano! Este solo rasgo pinta con mucha exactitud y elocuencia á Honorio, á Roma y á su época.

Las águilas romanas se ven escarnecidas y holladas por los soldados de Alarico. El estandarte de los Godos ondea victorioso en lo alto del Capitolio y anuncia al mundo que la ciudad de Rómulo habia pasado á poder de otra raza, al dominio de otros señores. La que antes habia postrado á tantas Naciones, pide ahora perdon de rodillas á los pies de los afortunados vencedores; la que antes habia derrotado á tantos ejércitos, sucumbe ahora vencida y ultrajada; la que antes habia arrebatado tantos tesoros y riquezas, se vé ahora saqueada y desposeida. Palmira y Jerusalen van á ser vengadas. Para los pueblos usurpadores, lo mismo que para los déspotas de la tierra, llega al cabo el dia del castigo y de la espiacion.

Sufrió Roma tan duro trance, cayendo en la ignominia de ser escarnecida y abofeteada por aquellos mismos á quienes daba el nombre de bárbaros, en son de burla y menosprecio. Faltábale probar los rigores de un despotismo venido de las selvas, á la que habia sido víctima, bajo las apariencias de una soberanía ilimitada, de todos los otros géneros de despotismo: del despotismo teocrático, del despotismo de la aristocracia, del despotismo de las tribus, del despotismo dictatorial, del despotismo de los Emperadores, del despotismo de la soldadesca, del despotismo de los favoritos y de las concubinas.

Parecia que el incendio, el esterminio y la profanacion iban á señalar

(1) Entraron los visigodos por la puerta Salara.
San Gerónimo; ep. XVI.

la entrada de los Godos en Roma. Pero Alarico, á fuer de cristiano, dió órden de respetar los templos y á cuantos se refugiasen en tan sagrado asilo; á fuer de humano y clemente, prohibió á todos los suyos ensangrentar las espadas en el vencido (1). La voz de la religion, aunque contrariada por el grito de las pasiones, tuvo, sin embargo, poder bastante para moderar la ingénita fiereza de los bárbaros en medio de la exaltacion de los ánimos y parecia levantarse sobre el ruído de las armas como para recordarles aquellos preceptos del divino Maestro: «Los pacíficos serán llamados por Dios: todos los que tomaren espada á espada morirán.»

Unicamente permitió Alarico el saqueo como legítimo derecho de la conquista, y si hubo alguna mortandad, fué obra de los esclavos, que habiendo recobrado su libertad con la entrada de los Godos, aprovecharon aquella ocasion oportuna para vengarse con usura de cuanto habian sufrido en tan largos años de martirio y opresion.

Movidos por la sed de oro y botin, los soldados de Alarico se derraman por las calles y las plazas, asaltan los palacios, invaden los jardines, ocupan, registran y devastan las suntuosas moradas de los patricios romanos. Allí, sobre las mullidas alfombras que las adornan, donde dejan profundas huellas sus toscas y enlodazadas sandalias, se reparten las riquezas que caen en sus manos. Copas de oro, estátuas de plata, telas de brocado, joyas preciosas, todos los objetos, en fin, de algun valor son presa de su rapacidad. Lo que no pueden apropiarse desde luego fácilmente, lo cargan y amontonan en sus toscos carros de camino, que recorren al efecto con siniestro fragor las mismas calles por donde antes habian transitado tantas veces sobre alfombras de mirtos y laureles, las empavesadas carrozas de los héroes á quienes la patria agradecida concedia los honores del triunfo.

Poseidos los Romanos de terror y consternacion, unos huyen precipitadamente á los templos, otros se ocultan temblando en los sitios mas retirados de sus casas; quiénes procuran confundirse con los invasores; quiénes tratan de escaparse secretamente de la ciudad á favor del tumulto y de la confusion (2). Los señores de la tierra tiemblan y sudan de miedo bajo el armiño y la púrpura. Para escarnecer á Honorio nuevamen-

(1) Zosimo; lib. VI.
Orosio; lib. VII, cap. X.
Idacio.—In Chron.
San Isidoro.—In Chron. Gothor.
(2) San Gerónimo.

le, condecoró Alarico con las insignias imperiales al despreciable Atalo, que allí se hallaba, y le hizo pasearse con ellas por los sitios mas públicos y frecuentados.

Con todo, la sed de oro y los arrebatos de la licencia no estraviaron á los Visigodos hasta el punto de hacerles despojarse enteramente de toda pasion generosa, de todo afecto de humanidad. Como apreciaban mucho la castidad en las mujeres, sucedió que un soldado en vista de la porfiada resistencia, opuesta á sus deseos por una dama romana de estremada hermosura, á quien pretendia hacer fuerza, en términos de preferir la muerte á la deshonra, admirado de tanta fortaleza, no solo desistió de su propósito, sino que la puso bajo la custodia de los altares y se declaró su campeon (1). Igual triunfo consiguieron Marcela, la amiga de San Gerónimo, y su hija Principia, á quienes la virtud dió fuerzas para arrostrar los mas bárbaros tormentos (2). Menos felices otras matronas y vírgenes, se dieron una muerte voluntaria por el temor de ser atropelladas (3).

El sentimiento religioso, mas fuerte á veces en los Visigodos que los estímulos de la codicia, obligó á otro soldado á respetar unos vasos preciosos, pertenecientes al sagrario del apóstol San Pedro, que custodiaba en cierta casa de la ciudad una vírgen consagrada á Dios. «Tómalos, si á ello te atreves, le gritó esta, porque yo no puedo dárteles.» Al oir el visigodo el nombre del Apóstol se llenó de temor reverencial y abandonó la casa sin tocarlos (4).

Noticioso Alarico de este suceso, dió órden de que los vasos fuesen restituidos á la iglesia de San Pedro, diciendo: «Mi guerra es á los Romanos, no á los Apóstoles de Dios.» (5)

La piedad triunfa: el cristianismo sirve de escudo á los vencidos y obtiene su redencion á la vista de los falsos ídolos que vacilan sobre sus pedestales ó yacen en el suelo hechos pedazos por el hacha de los bárbaros. Suspéndese el saqueo, y el mundo católico presencia el espectáculo mas sorprendente, estraordinario y sublime de que hay memoria. Las tropas formadas en dos filas caminan en magestuosa procesion, dando escolta á los ministros del altar que llevan los vasos sagrados en las manos. Cierra

(1) Sozomeno; IX, cap. X.
(2) San Gerónimo; ep. XVI.
(3) San Agustin.—De civitate Dei.
(4) Orosio; lib. VII, cap. 39.
(5) San Isidoro.

la marcha Alarico con todos sus capitanes y numeroso acompañamiento. Alternan los bélicos instrumentos con las músicas religiosas, trocándose de repente el furioso clamoreo de los soldados y las tristes quejas de los ciudadanos en uniformes cantos de alabanza (1).

¿Dónde va esa comitiva en que, confundidos por el influjo de una idea fecunda, los vencedores y los vencidos, los verdugos y las víctimas concurren á un mismo fin? Al Vaticano á restituir los vasos sagrados, las reliquias y los emblemas de la fé que son objeto de la adoracion de los católicos, porque Alarico *hace la guerra á los Romanos, no á los Apóstoles de Dios.*

¡Elocuente leccion y precioso dato para la historia! (2) Los que por preocupacion ó falta de criterio filosófico se representan únicamente á los Godos como una horda de foragidos sanguinarios, pueden comparar para juzgarlos mejor, la conducta del Rey Alarico, á quien los latinos daban el nombre de bárbaro, de aquel aventurero arriano, que pertenecia á una secta herética, con la que observó once siglos despues el ejército del civilizado y muy católico Cárlos V, cuando á las órdenes del duque de Borbon tomó por asalto á Roma, degolló al penetrar en ella á ocho mil ciudadanos, incendió los templos, profanó los altares, destruyó las imágenes, holló el Santísimo Sacramento, vendió los vasos sagrados, hizo almoneda de los cardenales, puso á los obispos en venta, conduciéndoles al mercado con coronas de paja en la cabeza, como si fuesen manadas de bestias, y jugó las monjas á los dados entre una soldadesca desenfrenada (3).

Por espacio de tres dias ocupó Alarico con los suyos á Roma (4). Cargado de botin y despojos, llevándose á multitud de prisioneros y cautivos, y ostentando en sus manos los mas preciosos girones de la púrpura imperial, desocupó al cabo la ciudad, donde dejaba señales indelebles de su presencia. Entre las damas que cayeron en su poder, se distinguia Gala Placidia, á quien conservó en rehenes y como un trofeo de la victoria. La hija del gran Teodosio, la hermana de un Emperador, la princesa que habia nacido al lado del trono de los Césares, mísero juguete de la fortuna y

(1) San Isidoro.
(2) San Agustin, Orosio y Salviano no han vacilado en llamar á Alarico el mas humano de los Reyes.
San Agustin.—De Civit. Dei.
(3) Cantú acerca del saco de Roma; Códice CC., 59 de la Biblioteca nacional.
(4) Orosio; lib. VII, cap. 39.
El conde Marcelino dice que fueron seis los dias que los Godos se detuvieron en Roma, y San Isidoro afirma que cinco.

vivo testimonio de la decadencia del poder latino, se encontraba á merced de un Rey bárbaro y debia su vida á la generosidad del vencedor, y tal vez á la profunda impresion que en mal hora causaron sus muchos atractivos en el ánimo de Ataulfo, cuñado de Alarico. La casualidad la colocó entre el pueblo antiguo y el pueblo nuevo, entre Ataulfo y Honorio, para que fuese una prenda de reconciliacion, aunque momentánea, y el ángel custodio que preservase á Roma de su completa ruina.

Encaminóse Alarico hácia la Italia meridional por la vía Appia y recorrió triunfante las deliciosas provincias de aquella parte del Continente donde el cielo y la tierra brindan al hombre con todos los dones de la naturaleza. Su campamento atraia las miradas del público, pues contenia multitud de ciudadanos y matronas romanas de ilustres familias, que reducidas á la esclavitud por el derecho de la guerra, ofrecian un ejemplo elocuente de la instabilidad de las cosas humanas. El monarca visigodo por interés propio ó por un efecto de su generosidad, perdonó á varias ciudades fortificadas de la Campania que le cerraron sus puertas, y poseido del mismo espíritu religioso de que habia hecho alarde en el saco de Roma, desistió de tomar á Nola, despues de haberle puesto cerco, por respeto á su patrono San Félix (1).

Victorioso de Italia, y conociendo por una larga esperiencia la necesidad de dar con nuevas empresas, alimentó al espíritu aventurero de sus gentes, resolvió trasladarse á Sicilia, granero de Roma, y apoderarse luego de Africa, hácia cuyas playas volvia sus ojos, como si hubiera presentido que de allí saldrian aquellos árabes que destruyeron mas tarde la Monarquía fundada por sus sucesores. Con este objeto embarcó á parte de su ejército en el estrecho de Mesina, pero habiendo sido deshecha y dispersada la escuadra que le conducia por una terrible tempestad, se vió obligado á suspender la ejecucion de sus atrevidos proyectos, á lo cual contribuyó la aversion que semejante siniestro hizo tomar á los Visigodos por las espediciones marítimas. Revolvia, sin embargo, nuevos designios en su mente, cuando le sorprendió la muerte en Cosenza. Su ejército, profundamente consternado con esta pérdida, celebró con gran pompa y majestad sus exequias, y quiso que su apoteosis fuese digna de sus hazañas. El príncipe que los habia redimido, cual otro Moisés, del yugo de los Césares; el capitan bajo cuyo mando habian triunfado de tantos enemigos; el héroe

(1) San Agustin.—De Civ. Dei.—De Cura pro. mort.

que habia sabido enseñorearse de Roma y enarbolar en el Capitolio el estandarte godo, bien merecia á sus ojos un sepulcro en consonancia con sus estraordinarias proezas y diferente de los de otros grandes de la tierra. Para dárselo sacaron de madre el rio Basento y abrieron una profunda fosa en el alveo que habia quedado en seco, con triste y religioso recogimiento. Allí sepultaron los restos mortales de Alarico con muchos de los despojos, banderas y riquezas, adquiridas en los combates, y luego volvieron á echar el agua por su antigua corriente, dando muerte á cuantos esclavos habian empleado en aquel trabajo para evitar que descubriesen á nadie el sitio donde estaba enterrado el vencedor de Roma (1).

Muerto Alarico, los Visigodos eligieron y levantaron por Rey en Cosenza á su cuñado Ataulfo, movidos tanto por su hermosa presencia y por su notable semejanza con el difunto monarca, cosa que les pareció de buen agüero (2), como por pertenecer á la noble familia de los Baltos, y haberse granjeado fama de sesudo y esforzado capitan. Era Ataulfo de agradable aspecto y trato generoso. Aunque enemigo tradicional de los Romanos, esperimentaba hácia ellos menos antipatía desde que se habia enamorado de Gala Placidia, que tan grande y funesto ascendiente ejerció sobre su corazon. Cediendo á las súplicas de esta princesa, no menos que á otras consideraciones políticas, desistió del proyecto que habia concebido de destruir á Roma y fundar sobre sus ruinas un Imperio godo, cuyo esplendor oscureciese y eclipsase al del que habian heredado los sucesores de Augusto (3). Quizás contribuyese tambien á hacerle variar de propósito el temor de que sus belicosos súbditos no estuviesen aun bastante preparados para la ejecucion de tamaña empresa, ni dispuestos á soltar las armas para consagrarse á la agricultura, á la industria y á las artes de la paz.

Pero el resistible influjo de Placidia se descubria claramente en la conducta de Ataulfo, y fue, á no dudarlo, el principal motivo que le apartó de su primera intencion, porque no solo perdonó á la ciudad de Rómulo, despues de haberla maltratado con el hierro y el fuego, sino que cambiando repentinamente de resolucion, aspiró á restablecer el trono de los Césares, sobre el cual habia descargado tan recios golpes, como si le hubiera

(1) Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et rebus Gestis.
Paul.—Diacon. Misceel; lib. XIII.
(2) Jornandés.—De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis.
(3) Orosio; lib. VII, cap. 47.
Jornandés.—Historia de los Godos.
Othon Frinsingense.—In Chron.

parecido preferible el papel de protector al de enemigo. La intervencion de Placidia en favor del Imperio era muy natural. Princesa romana ¿cómo habia de ver con indiferencia la ruina de su patria? Hija del gran Teodosio, ¿cómo habia de desear que desapareciese el Imperio de su padre, en otro tiempo árbitro de los destinos del mundo? Hermana de Honorio, ¿cómo habia de consentir de buen grado que pasasen sus dominios al poder de unos inquietos y ásperos estranjeros de secta arriana, sobre los cuales ella misma no ejercia mas ascendiente que el efímero que le daba el amor de Ataulfo? Para llevar este á cabo sus nuevos planes, entró en negociaciones con Honorio, y despues de envainar la espada, le ofreció la oliva de la paz, obligándose á devolverle con fuerza de donacion las provincias que poseia en Italia por derecho de conquista, pero bajo la precisa condicion de que el hijo de Teodosio le cediese en cambio las Galias y la España.

Honorio, que á cualquier precio queria librarse de tan incómodos huéspedes, acogió con sumo júbilo la propuesta, y la consideró como la única abla de salvacion que le quedaba en el naufragio del Imperio. Sin vacilar uscribió el pacto que se le ofrecia y reclamó de Ataulfo su pronta y cabal ejecucion, no fuera que arrepentido este, ó se le antojase romperlo, ó lo adicionase con nuevas y mas onerosas pretensiones. Por su parte, Ataulfo, aunque conocia el carácter débil, suspicaz y voltario del Emperador, confiaba en que cumpliria las estipulaciones pactadas, ya por no esponerse á duras represalias, si las quebrantaba, ya por obligarle á ello la circunstancia de hallarse en poder de los Godos su hermana Placidia como prenda y garantía de su palabra, ya por los grandes apuros que le afligian é innumerables peligros que le amenazaban (4).

Pronto elude la mala fé ó rasga la punta del acero los tratos que dicta la mútua desconfianza. Indicio bien claro de esta verdad fueron los indirectos regocijos y las fiestas públicas que dispuso Honorio para celebrar la salida del Rey godo de Italia, donde habia dominado cinco años, así como el apresuramiento con que acudió á cerrarle todas las avenidas de Occidente, para hacer imposible su vuelta. A tan poco meditadas demostraciones, que descubrian sus recónditos sentimientos, añadió el desaire de negarse á darle por esposa á Placidia, cuya posesion ambicionaba, ó de eludir por lo menos su consentimiento á un matrimonio que debia unirle con los vínculos del parentesco al sucesor de Alarico. Mal aconsejado por sus vali-

(4) Olimpiódoro.—In Phoc.

dos y juguete de sus propias pasiones, prefirió dejar á su hermana cautiva y en la condicion de manceba de Ataulfo, á verla su esposa y compañera. Pero el monarca visigodo que pudo, á fuer de vencedor y en virtud de los derechos de la guerra, haber tenido en esta princesa una esclava, cifró toda su dicha en hacerla su reina y señora. Ella por su parte tampoco juzgó necesario el beneplácito de su hermano. El amor y el agradecimiento la obligaron á dar su mano y unir su suerte al hombre generoso á quien debia la honra y la vida.

Celebráronse las bodas en Narbona con la mayor pompa y magestad, dando este estraño suceso, que mezcló la sangre latina con la goda, ocasion y principio á la Monarquía española. El sitio destinado para la ceremonia fué el palacio de cierto noble, llamado Ingénuo, galo, de ilustre familia, que quiso honrar á sus régios huéspedes con espléndidos festejos. Contruyóse al efecto un anfiteatro donde tomaron asiento los esposos y se colocó la comitiva de Godos, Galos y Romanos confundidos, que habian sido convidados para presenciar los contratos matrimoniales.

Ya en aquel tiempo los bárbaros no debian asustar como antes á las matronas romanas, puesto que princesas de la sangre imperial consentian en compartir con ellos el sólio y el tálamo nuncial. Asi lo acreditaba el ejemplo de Placidia, cuyo regalo de boda fué parte de las riquezas robadas en el saco de Roma y de los despojos del Imperio. Ofreciéronselo á la novia cincuenta esclavos de notable hermosura, en grandes y preciosas bandejas de plata. Sentada en un trono de oro, prendido de los hombros un manto de púrpura y ceñida la cabeza con la diadema de Emperatriz, parecia una magnífica joya arrancada de la corona de los Césares y puesta en la de los monarcas Godos. A su lado y cerca de ella veíase al príncipe Ataulfo, no ya cubierto con tosca piel de fiera y calzado con polainas informes de piel de caballo, cual en otros tiempos y como entonces iba un gran número de sus rudos compatriotas (1), sino vestido al uso romano y vistosamente engalanado (2). ¡Quién hubiera dicho que al celebrar su matrimonio con Placidia, preparaba sus exequias! Su traje y apostura eran señales evidentes de que los Godos en sus luchas con el Imperio, no habian permanecido insensibles al oropel y á las frivolidades de la civilizacion latina. El continuo roce con los Romanos iba preparándolos para

(1) Olimpiodoro.—In Phoc.
(2) Sidonio Apolinar.—Penegírico del Scita.

dejarse contagiar poco á poco por la aficion al lujo, á los placeres sensuales y á los desórdenes que perdieron mas tarde á Vitiza y á Rodrigo.

Con objeto de hacer mas lucida la funcion, un coro entonaba himnos en honor de los esposos. Dirigíalo Atalo, aquel simulacro de César, que no obstante el modo con que Alarico le habia investido y despojado de las insignias imperiales, se prestó á ser padrino de la boda de su cuñado y director de la orquesta (1). Emblema de la degradacion del carácter romano, Atalo anunciaba á Augustulo, asi como Alarico fué el precursor de Odoacro y Teodorico.

Cuando Ataulfo, despues de sus esponsales, aspiraba quizás á constituir un reino bajo el nombre de Galia Gótica, que tuviese por límites los Alpes y el Océano, dos rebeldes, á guisa de Emperadores, se disputaban el trono de los Césares: Constantino en las Galias, Máximo en España, el uno apoyado por los Francos y Alemanes, el otro con el auxilio de los Suevos, Vándalos y Alanos, ambos tan pronto favorecidos, tan pronto abandonados por los bárbaros, que solian frecuentemente transformarse de aliados en enemigos. Mientras estos dos rivales luchaban entre sí, cayó de pronto sobre ellos Constancio, natural de la Iliria y á la sazon prefecto de las tropas imperiales, quien dotado de gran denuedo, consiguió acabar sucesivamente con todos los pretendientes y usurpadores que habian levantado frente al trono de Honorio, otros en Africa, en España, en Italia y en las Galias (2).

Geroncio, aquel gobernador de España, patrono de Máximo, que no contento con haber dado muerte al hijo del nuevo Constantino, tenia sitiado al padre en Arlés, se suicidó con su esposa por no caer vivo en manos de sus enemigos. Cogido prisionero y sentenciado á muerte, Constantino trocó en vano la púrpura por el sayal y se ordenó de sacerdote para hacer sagrada su persona. Máximo, entregado á Honorio, fué decapitado, despues de haberse visto espuesto con mengua suya, á la vergüenza pública y servir de espectáculo á la desapiadada muchedumbre.

Ataulfo secundó á Constancio en la tarea de servir á Honorio, de afirmarle en el trono y de ofrecerle como prenda de su amistad, los cadáveres de sus molestos competidores. Con este fin envió á su cuñado la cabeza de del galo Jovino, proclamado emperador por los Francos y Alemanes. Tam-

(1) Olimpiodoro.
(2) Orosio.
Jornandés.

bien mató á Saso, capitan godo que abandonó la causa de Honorio por abrazar la de Jovino, cuando iba á incorporarse en las huestes de su nuevo señor, victoria que le fué fácil conseguir, porque noticioso de que solo llevaba una escolta de diez y ocho hombres, le salió al encuentro en el camino con diez mil de los suyos. Desgraciadamente para Ataulfo, Saso dejó un vengador en el enano Bernulfo, su paje. Este en pequeño cuerpo abrigaba un corazon atrevido. Ataulfo le tuvo, sin embargo, tan en poco que le recibió en su servicio en calidad de bufon; pero los sucesos confirmaron mas tarde que es gran desacuerdo despreciar el resentimiento aun de aquellos reptiles menos temibles al parecer, pues su picadura puede causar la muerte (1).

Un ilirio y un visigodo concurrian de consuno á la obra de pacificar el Occidente. Proponíase el primero granjearse por este medio la tutela del hijo de Teodosio, que habia ejercido Estelicon. Pensaba el segundo asegurarse así mejor con la pacífica posesion de Placidia, la de las provincias que le habian sido adjudicadas. Deseoso de tener á estas sujetas, volvió desde luego sus armas contra cuantos competidores osaban disputarle el territorio de las Galias, y sometió á sus principales ciudades, no sin haberse visto antes obligado á incendiar á Burdeos para rendirlo, con lo cual consiguió que le obedeciesen, cuando no le reconocieran por Rey (2). No podia, sin embargo, gozar tranquilamente del fruto de sus campañas, por la desconfianza que le inspiraba la conducta de Honorio y la alarma en que le tenian las repetidas victorias de Constancio, en quien veia no solo un adversario, sino un rival, pues poco escrupuloso y mirado, aspiraba á robarle el amor y la posesion de Placidia, como medio de engrandecerse aun mas y llegar á sentarse un dia en el trono. Colocados frente á frente por este doble antagonismo Ataulfo y Constancio, el uno trató de suscitar nuevos enemigos á Honorio con el fin de tenerle distraido y ocupado en atender á su propia conservacion; el otro hizo todo lo posible para provocar un rompimiento entre el altivo monarca godo y su caprichoso cu-

(1) Zosimo; libro VIII.
Olimpiodoro.—En Phoc.
Jornandés supone que Ataulfo imitaba á este enano en las burlas que le hacia por su pequeña estatura *de cujus solitus erat ridere statura*.
(2) Othon Frinsingense.—In Chron.
Orosio; lib. VII.
Paul.
Jornandés.
Olimpiodoro.

ñado. Ataulfo se valia de Atalo para ejecutar sus designios, y al efecto le enmascaró por tercera vez con las insignias imperiales, á pesar de las súplicas y lágrimas de su esposa para impedirlo. Constancio á su vez reclamó la entrega de Atalo y la devolucion de Placidia en nombre Honorio.

Ataulfo no quiso acceder á ninguna de ambas pretensiones, pero mucho menos á la última, y acompañó su repulsa con alardes militares que le dieron el carácter de una verdadera provocacion. Aprovechando Constancio el pretesto que se le presentaba para hacer daño á su rival, escitó la cólera de Honorio y le indujo á obtener por fuerza de armas una cumplida satisfaccion. Obediente el Emperador á los consejos de su poderoso valido, le ordenó que con el ejército que tenia reunido en Arlés marchase contra Ataulfo y le redujese á la obediencia (1).

Encontróse este último encerrado cuando menos lo esperaba en Narbona, á cuya plaza puso estrecho cerco Constancio, decidido á no levantarlo hasta que lograse el objeto de su espedicion y quedasen plenamente satisfechas sus reclamaciones. Perdida la esperanza de obligarle á retirarse, Ataulfo resolvió abandonar aquella capital, y situarse á mayor distancia de su cuñado, de quien temia con razon nuevas asechanzas. Quizás volvió entonces los ojos al Africa, como lo habia hecho antes Alarico y lo hizo despues el cardenal Jimenez de Cisneros; pero al cabo le pareció mejor y mas fácil empresa la de pasar á España, á cuya conquista tenia derecho por el contrato celebrado con Honorio, y á donde le llamaban sus mismos naturales con la esperanza de que los libraria del yugo de los Romanos y pondria término á los estragos que hacian las naciones septentrionales que la habian invadido, por ser los Godos los menos incivilizados y feroces de cuantos bárbaros se repartieron los despojos del Imperio (2). No por eso renunció á la posesion de las Galias. Al contrario: reforzó con ánimo de conservarla, la guarnicion de Narbona, ó por lo menos la dejó presidiada, antes de atravesar las escabrosas cimas del Pirineo. Salvados estos y casi á la vista de Barcelona, sus Visigodos fatigados y pesarosos de haber abandonado á Italia, dieron muestras inequívocas de descontento é indisciplina, con cuyo motivo se vió en la necesidad de arengarles y de reanimar su valor, encareciéndoles con mas entusiasmo que fortuna las muchas

(1) Disertacion acerca de cuál fué el primer monarca godo en España.—Memorias de la Academia.
(2) Jornandés.
Amm. Marcelino.

ventajas que debian prometerse de la posesion de España, tanto por la maravillosa abundancia de su suelo, como por los tesoros que se encerraban en sus minas, célebres desde los mas remotos tiempos (1).

Fijó su residencia en Barcelona, desde donde hizo varias escursiones contra los Vándalos (2), por ser estos los enemigos que tenia mas cerca, y tal vez con objeto de ir estendiendo sus dominios hasta formar un poderoso reino de toda la Península. Pero no fueron estas escaramuzas ocupacion bastante para distraer y disuadir de otras empresas á sus inquietos súbditos, quienes mal avenidos con el sosiego y aguijoneados incesantemente por el odio que tenian á los Romanos, era natural que quisieran volverse á Italia y recomenzar allí la guerra de espoliacion y esterminio contra el Imperio que con tan buen éxito habian hecho bajo las órdenes de Alarico. Poseidos de estos sentimientos, parecíales un obstáculo para el logro de sus deseos la princesa Placidia, la cual valida del ascendiente que habia adquirido sobre su esposo, procuraba inculcarle la conveniencia de reconciliarse con Honorio, aun á costa de cualquiera sacrificio. Indignábanse al ver á su Rey esclavo de una mujer, de una romana, y su indignacion debió sin duda subir de punto cuando por complacerla abandonó la causa de Atalo, y para deshacerse de este, en otro tiempo padrino de su boda, le obligó á pasar al Africa, en cuya travesía cayó en poder de los satélites de Honorio. Llevado á presencia del Emperador, este se contentó con escarnecerle, mandarle cortar los dedos de la mano y desterrarle á Lippari (3).

Verosímil es que semejante suceso, traducido como una satisfaccion denigrante, dada al hermano de Placidia, y otros actos de Ataulfo en el mismo sentido, fuesen la causa determinante de su pérdida. El descontento general dió brios á los mas atrevidos y revoltosos para fraguar una conspiracion contra su vida. Figuraba al frente de la trama, Sigerico, soldado feroz, adversario personal de Ataulfo y enemigo irreconciliable de Roma. Tambien entró en ella Bernulfo, por el deseo de vengar á su amo (4). Los conjurados aprovecharon para cometer el regicidio, la ocasion en que descuidado Ataulfo estaba visitando sus caballerizas (5). A una señal convenida, cayó el enano sobre él y le asestó una puñalada; pero como quiera que

(1) Saavedra Fajardo.—Corona gótica.
(2) Jornandés; cap. XXXI.
(3) César Cantú.—Hist. Universal.
(4) Mariana.—Hist. de España.
(5) Mariana.—Historia de España.

no rendido se apercibiese á la defensa, secundaron el golpe Sigerico y los demás conjurados, dejándole difunto. No contentos con este sangriento homicidio, y á fin de que no quedara de Ataulfo ningun sucesor que pudiera disputar á Sigerico la corona, degollaron tambien en seguida á seis hijos suyos, habidos en primer matrimonio, pues de Placidia tuvo únicamente uno, llamado Teodosio, que murió en temprana edad. En vano estas desgraciadas víctimas se acogieron para libr arse de la muerte, al obispo Sigesaro, quien les amparó solícito y cubrió con sus vestiduras sacerdotales para hacer inviolable su persona. De allí fueron arrancados por sus verdugos con inhumana profanacion (1).

Entonces se manifestó claramente cuán odiosa era para los Godos la influencia de Placidia, y hasta qué punto habia sido fatal á su esposo. Sigerico, para humillarla y halagar las malas pasiones de sus súbditos, la obligó con las manos todavía teñidas en la sangre de su esposo, á caminar á pié, y no sabemos si descalza, por espacio de doce millas delante de su caballo entre una turba de esclavas y cautivas. Asi pensaba deprimir á Honorio en la persona de su hermana ; asi hacia alarde de insultar el poder romano, en una princesa de sangre imperial.

De modo que la Monarquía Visigoda de España empezó con un regicidio y se fundó sobre los despojos del Imperio. Estos dos hechos, de suyo bien significativos, pueden servir de datos para conocer la primitiva condicion de los conquistadores que reemplazaron á los Romanos en nuestra patria. Ademas la conducta de los Godos, sus espediciones y victorias desde que abandonaron la Escandinavia, reseñadas en este capítulo, ponen de manifiesto las buenas y malas cualidades que poseian cuando pasaron á España y tomaron posesion de ella por derecho de conquista.

Tenian los Visigodos amor á la justicia, en cuanto lo permitian las imperfectas nociones del derecho conocidas, la rudeza de sus costumbres y la inmoralidad de los tiempos. Por eso dieron á sus Reyes el nombre de jueces, con cuyo título quisieron designar, sin duda, á ejemplo de los hebreos, al supremo magistrado de la República, segun derecho, viva representacion de la justicia. Considerándole principalmente bajo este con-

(1) Orosio; lib. VII, cap. 49.
San Próspero.
San Isidoro.
Jornandés.
Baronio.—Anales.
Saavedra Fajardo.—Corona gótica.

cepto, no parecerá estraño que solo concedieran aptitud para ser Rey á los que hiciesen justicia. Asi puede esplicarse la célebre fórmula que se halla consignada en el título preliminar del *Fuero Juzgo*, relativo á la eleccion de los Reyes, como una de las máximas traidas del fondo de la Escandinavia ó de los bosques del Danubio. *Rex ejus eris si recta facis, si autem non facis, non eris.*»

De aquí que los monarcas Visigodos invocasen siempre el principio de la justicia en los concilios nacionales, aunque muchos de ellos no la practicasen y fuesen dignos de la mas dura reprobacion por su conducta. Dígalo, entre otros, el ejemplo de Sisenando, y sobre todo el de Ervigio. En el Concilio Toledano duodécimo, este príncipe, aunque habia arrebatado el cetro á Wamba, á beneficio de una indigna supercheria, consignaba la siguiente máxima, al entregar el tomo régio á los reverendos padres sacerdotes de los ministerios celestes y señores de la nobleza congregados: «*La justicia levanta á la Nacion*, más el pecado hace miserables á los pueblos.» *Justitia levat gentem, miseros facit populos peccatum.*

Tambien se distinguian los Visigodos por su espíritu religioso, que templaba de vez en cuando la fiereza de su condicion, como lo acreditan el solemne homenaje que tributaron á los templos, reliquias y vasos sagrados en el saco de Roma, y la circunstancia de no haber querido aceptar la batalla cuando fueron acometidos por Saulo en el paso de los Alpes, en consideracion á ser el tercer dia de Pascua.

En el respeto y la obediencia á sus Reyes, compatibles con su existencia belicosa y aventurera, se descubre aquella tendencia monárquica que Tácito notó en los Gotones, de cuyo pueblo procedian.

De su continencia no debe dudarse, si algun crédito merece el testimonio de Juan Magno, que nos los ha pintado como modelos de fé conyugal, y parecen datos suficientes, entre otros, el hecho de haber respetado las gentes de Alarico el pudor de algunas vírgenes romanas cuando se apoderaron de Roma, no obstante hallarse como embriagados por la exaltacion de las pasiones, y la conducta misma observada por Ataulfo con Gala Placidia.

Tenian una comprension rápida, un talento organizador y un carácter á propósito para apropiarse todo aquello qué les parecia bueno ó digno de imitacion. Sus leyes y sus instituciones lo confirman. Poseian además tres prendas muy principales, á saber: valor, constancia é independencia personal, de que dieron repetidas pruebas en sus casi fabulosas empresas y es-

pediciones. Llegaron á poseer un idioma rico, que prevaleció casi en todo el mundo bárbaro. Con la poderosa influencia debida á sus conquistas, inspiraron y dieron asuntos para la poesía, la arquitectura y las artes. Pero en cambio de tan buenas cualidades, eran soberbios, supersticiosos, turbulentos, tenaces, implacables, espoliadores y amigos de aventuras. Movidos alternativamente por estos vicios y virtudes, han señalado su carrera en la tierra con rasgos heróicos y grandes catástrofes que atestiguan cuán superiores fueron á los demás pueblos bárbaros que fundaron Estados y Monarquías independientes sobre las ruinas del Imperio romano.

Ya se conocen las buenas y malas cualidades que trageron los Visigodos á España. Falta ahora conocer, para apreciar debidamente el influjo que unos y otros tuvieron sobre ella, cuál era su situacion moral, civil, política y económica, cuando Ataulfo atravesó los Pirineos y fijó su residencia en Barcelona.

FIN DEL PROLOGO.